LA REVOLUCIÓN EN LAS AULAS

MANIFIESTO POR UNA EDUCACIÓN CONSCIENTE



PEDRO VALENZUELA

RBA

LA REVOLUCIÓN EN LAS AULAS

MANIFIESTO POR UNA EDUCACIÓN CONSCIENTE



PEDRO VALENZUELA

RBA

LA REVOLUCIÓN EN LAS AULAS

MANIFIESTO POR UNA EDUCACIÓN CONSCIENTE

PEDRO
VALENZUELA

RBA

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: marzo de 2022.

REF.: ODBO021

ISBN: 978-84-1132-013-9

EL TALLER DEL LLIBRE, S. L. • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

A quienes, un día, la institución educativa les hizo sentir que no eran aptos para alcanzar sus sueños...

A quienes, día tras día, toman la valiente decisión de educar respetando la dignidad de niñas y niños por encima de todas las cosas...

A Alaia, porque ella representa hoy el amor de una familia que ha hecho posible este libro...

NOTA DEL AUTOR

CRONOLOGÍA DE UN SUEÑO PROFUNDO

Hace unos 100.000 años aproximadamente, nuestra especie, el Homo sapiens, sube a la cima de la cadena alimentaria sin estar preparado para ello. Mientras otras especies lo hacen siguiendo un desarrollo en armonía con el ecosistema en el que viven, nosotros no, y desde ese momento el miedo y el deseo comienzan a formar parte de nuestras vidas al no estar preparados para asumir en ese momento ese papel evolutivo. Nos convertimos en seres temerosos y ansiosos, y una de nuestras formas de actuar desde este momento es modificando por completo y bruscamente el entorno en el que vivimos.

Hace unos 70.000 años aproximadamente, aparecen nuevas formas de comunicarnos entre miembros de nuestra especie, lo que se conoce como la revolución cognitiva. Es en ese momento donde inventamos el lenguaje bajo una necesidad de comunicar las cosas que pasan en nuestra vida. Pero también comenzamos a interpretar lo que otros expresan, y es en este instante cuando comenzamos a fiarnos más de lo que nos cuentan otros sin haberlo comprobado que de lo que podemos sentir o ver con nuestros propios ojos. El ser humano cultural comienza a desbancar al ser humano biológico.

Hace unos 12.000 años aproximadamente, la realidad del momento le muestra al Homo sapiens que ya no necesita ir de un lugar a otro en busca de hogar, alimento o comida. La ganadería y la agricultura comienzan a formar parte de las labores diarias de nuestros antepasados cazadores-recolectores, y es entonces cuando nace la revolución agrícola. Comienzan a crearse lo que hoy conocemos como núcleos urbanos. En este momento nace en nosotros la necesidad de crear entidades que nos representen como comunidad, pues es más sencillo vivir en comunidad si nos relacionamos bajo una creencia común que si somos seres independientes los unos de los otros. Hay que recordar que esto lo hacemos en este momento evolutivo viniendo de ser seres temerosos, deseosos de lo que no tenemos, fiándonos más de lo que nos cuentan que de lo que vemos o sentimos, y sin tener ni idea de quiénes somos realmente tras miles de años de evolución.

Hace unos 500 años, tan solo 500 años, en lo que hoy conocemos como

revolución científica, un señor llamado Galileo Galilei fue una de las primeras personas que comenzó a decir que «quizás» todo lo que estábamos creyendo desde hacía tanto tiempo sin haberlo experimentado podría ser una invención humana, algo ficticio, pues su dedicación de horas y horas en la observación del universo a través de sus instrumentos de observación le estaba diciendo que la realidad de lo que sucedía era muy diferente a aquello que la humanidad llevaba creyendo desde hacía mucho tiempo por el simple hecho de que otros lo habían estado contando a través del paso de los años. Por hablar de lo que veían sus ojos, fue llevado a juicio por las autoridades religiosas del momento, culpándole de estar infringiendo y entrometiéndose en aspectos sagrados y culturales del momento, los cuales no podían ser cuestionados por nadie.

Hace unos 250 años, en la antigua Prusia, hubo un periodo donde se sucedían continuas guerras. Hablamos del despotismo ilustrado. Aquellos déspotas consideraron que la vía más directa y efectiva de tener «organizado» al pueblo era a través de un sistema educativo que trasladase el mensaje que unos pocos pretendían que muchos supieran. Es entonces cuando nace el sistema educativo público, gratuito y obligatorio, el mismo en estructura que impera aún en nuestros días. Si ya veníamos evolutivamente siendo seres miedosos y deseosos, creyéndonos todo lo que nos contaban sin haberlo comprobado, imaginad qué pasará ahora cuando a toda esa estructura social y cultural inventada se le sume la institucionalización y regularización estatal, y acabemos creyendo que todo esto es la realidad de la vida que vivimos.

Hace unos 150 años, las personas que viven en núcleos urbanos pequeños, y tras la escasez de trabajo en los entornos agrícolas, tienen que trasladarse a las grandes ciudades en busca de trabajo. Estas familias se trasladan con todo, también con sus hijas e hijos, y hay que buscar un lugar donde estos puedan estar mientras los adultos estén trabajando. Nace entonces la escuela industrial, y a esa escuela que se creó para hacer ciudadanos dóciles, se le suma ahora que niñas y niños sean educados para que formen parte de una cadena de montaje, pues es la exigencia y la necesidad del momento.

Hoy, ya en la segunda década del siglo XXI, los seres humanos tenemos la sensación de creer estar viviendo en una era de pleno desarrollo. Dicen que transitamos por una nueva revolución para nuestra especie, la revolución tecnológica. La era de la tecnología en la que nos encontramos nos vuelve a ofrecer una falsa sensación de bienestar y avance; de creer que estamos evolucionando cuando la realidad evolutiva nos dice que seguimos siendo los

mismos seres miedosos y ansiosos de hace miles de años, sumado a que seguimos creyendo cosas que nunca hemos visto ni sentido; y todo ello muy bien organizado en un sistema educativo estructurado bajo las premisas de hacernos fieles soldados que nunca cuestionen nada de lo establecido, para que se crean todo lo que les cuentan, y que además dediquen su vida por completo al trabajo, de tal manera que nunca tengan tiempo para detenerse, para mirarse, conocerse o sentirse. ¿Te resuena todo esto en tu vida?

Por eso quiero invitarte a que cuando leas este libro lo hagas cuestionando y reflexionando sobre todo lo que aquí se escribe. Nuestra evolución como especie y la historia de nuestro sistema educativo nos da muestras más que evidentes de que vivimos en un sueño profundo; de que llevamos miles de años con nuestra verdadera esencia secuestrada por otros, creyendo lo que otros nos cuentan sin haberlo experimentado, y este es el inicio de muchos de nuestros problemas. Yo no quiero formar parte de esa cadena. Es más, ojalá este libro te ayude a romperla tal y como me ha ocurrido a mí al escribirlo. Es el momento de comenzar a vivir desde el sentir o la experimentación y no tanto desde el pensar o la creencia.

Disfruta de esta lectura desde un lugar hasta ahora inexplorado por cada uno de nosotros; un lugar fuera de tu personalidad humana; ese lugar que cuando te detienes por un instante a escucharlo y sentirlo te guía, diciéndote clara y precisamente lo que debes hacer.

Despertar de ese sueño y encontrar el verdadero significado y sentido de nuestra vida es, por lo tanto, la tarea más importante que podemos hacer en días como hoy si de verdad queremos sentirnos realizados en nuestra experiencia de vida.

Que disfrutes de la lectura.

PEDRO VALENZUELA

• UNA LUZ ESPECIAL EN TU MIRADA •

Si tienes este libro entre tus manos es porque dentro de ti yace una llamada que está empezando a ser atendida. Ser partícipes de una educación consciente, tanto en la familia como en la escuela, es posible; este libro ha sido escrito para quienes sentimos que detrás del niño se esconde algo inconmensurable, algo único e irrepetible, una semilla cuya esencia aún hoy espera ser atendida.

Suele ocurrir que quien siente por primera vez esta llamada tiene un brillo especial en su mirada y un gesto de felicidad y paz constante en su rostro. Es algo así como si la vida volviera a tener sentido; como si un despertar eclosionara y nuestra misión como seres humanos recobrara el sentido que únicamente un adoctrinamiento inoculado desde la infancia intentó ocultar.

Hemos llegado a un punto en el que nos vemos en la necesidad de liberar las potencialidades que aún están ocultas en el niño. Sacar a la luz nuestros condicionamientos psicológicos es la única manera de liberar al niño de su opresión. En el ser humano yacen ocultos muchos potenciales que aún no hemos descubierto, esperando a ser liberados y activados en el transcurso del desarrollo futuro de nuestra consciencia. Si nuestra experiencia de vida como seres humanos ha sido desde siempre condicionada desde fuera, imagina qué pasará cuando —como los volcanes— experimentemos nuestra existencia como una irrupción de la vida desde el interior.

Un nuevo paradigma educativo en el que el niño es el principal protagonista ya se está abriendo paso. Pasar de una educación de creencias a una educación de experiencias es uno de los retos de la educación del presente; y hoy y ahora es el momento soñado. Así que bienvenida o bienvenido. No tengas prisa. Vivirás, sentirás y transitarás por un camino repleto de contrastes. No los evites, atiéndelos, pues forman parte del aprendizaje. Iniciar tu propio camino supone descubrir que es el amor aquello que mueve y da sentido al ser humano.

INTRODUCCIÓN

¿Qué es la escuela? ¿Y la educación? ¿Alguna vez te has hecho esta pregunta? ¿Por qué enviamos diariamente a los niños a las escuelas? ¿A recibir educación? ¿Pero qué clase de educación?

Los orígenes latinos de ambas palabras distan mucho de lo que hoy podríamos entender por educación. Escuela, del latín schola, significa tranquilidad y tiempo libre. Y educación, del latín educere, significa desarrollar el intelecto desde las propias potencialidades del educando, es decir, sacar o extraer lo mejor que el niño lleva dentro como potencialidad humana. Entonces ¿qué ha pasado para que hoy en las escuelas se eduque justamente en lo contrario?

¿A qué vamos a la escuela? ¿A formarnos como personas, como seres humanos que somos? ¿O vamos únicamente a que nos llenen la cabeza de contenidos? La educación debe ser mucho más que la simple transmisión de conocimientos; la escuela debe atender al individuo como ser humano único e irrepetible que es. La educación de hoy está más comprometida con el sistema que con el niño. Por todo ello, nos reafirmamos en la idea de que la educación existe cuando hay una relación y un compromiso real entre el maestro y el estudiante, y no solo con el sistema. Es una cuestión que toda persona que se dedica —o quiere dedicarse— a la educación debe cuestionarse constantemente, y muy pocos se plantean.

El sistema educativo tiene el objetivo de crear un modelo de ciudadano determinado. Una sociedad es el reflejo perfecto de la educación y los valores que en ella se transmiten. Nuestra educación fomenta la competitividad, la dependencia o el individualismo, tres características basadas en el miedo. Si tenemos tan claro que vivimos en una sociedad sumida en las guerras, el hambre o la desdicha, tal vez va siendo hora de cambiar nuestro modelo educativo y crear un tipo de individuo con otras características, con otros valores. Queremos una sociedad mejor, nos quejamos diariamente de la desdicha del mundo, de las guerras, del hambre o de la miseria humana, pero somos incapaces de entender que —para que se pueda producir un cambio, un nuevo paradigma— hay que crear un ser humano diferente, con otros valores. Hay que educar de otra manera, sin miedo, desde el respeto al ser humano, porque únicamente un ser humano

educado en la paz será capaz de llevar la paz a los hombres.

Necesitamos escuelas que atiendan y respeten al niño; escuelas creadas para atender sus necesidades atendiendo a la etapa de desarrollo en que se encuentren; escuelas conectadas con la sociedad en la que vive; con adultos responsables que conozcan las necesidades de los niños y sus características de desarrollo, con responsables educativos que conozcan las necesidades de los profesionales de la educación. Necesitamos humanizar la educación, porque está más que demostrado que el sistema actual no funciona. Necesitamos una educación que no se base en crear individuos dependientes. Hoy, niñas y niños ya no necesitan ir a una escuela que fundamenta sus pilares en una educación del siglo XVIII con el único objetivo de formar parte de una cadena de montaje industrial; hoy, niñas y niños necesitan recibir una educación que les permita descubrir sus potencialidades desde muy pequeños. Si hoy rechazarías recibir una intervención quirúrgica con métodos utilizados hace dos siglos, ¿por qué aceptas que niñas y niños acudan a una escuela con una estructura y un método educativo del siglo XVIII?

Desde pequeños, la educación recibida basada en la dependencia nos hace invisibles a nosotros mismos. La tradición nos dice qué hacer; los libros y la televisión nos dicen qué hacer; la religión y la sociedad nos dicen qué hacer; y entonces, ¿qué hacemos aquí? ¿Es únicamente la misión del ser humano la de reproducir modelos ya impuestos? De ahí nuestra continua infelicidad, nuestros problemas. Porque no estamos siendo quienes realmente somos; porque con tanto adoctrinamiento, no tenemos tiempo para escucharnos, ni para mirarnos, ni para sentirnos...; en definitiva, para saber quiénes somos. Nada ni nadie puede realizar el proceso de autoconstrucción sino es uno mismo.

Un sincero, serio y respetuoso proyecto educativo deberá favorecer siempre espacios donde se pueda pensar, donde se pueda crear. No es una utopía, es real, porque afortunadamente ya está ocurriendo en muchos lugares. Pero necesitamos que el adulto entienda de verdad el significado de la educación, el significado de la vida y el arte de vivir. Solo los niños que sean educados de una manera diferente podrán crear un mundo diferente, y los adultos tenemos mucho que decir en dicho proceso. Los educadores somos grandes responsables del futuro de la vida de una persona —y eso es mucho decir—, pero apenas si socialmente no somos conscientes del daño que un educador o la escuela puede hacerle.

Para que un niño pueda comprender, necesita que respeten sus ritmos de

aprendizaje, necesita ver la verdad de las cosas por él mismo y, para todo eso, necesita tiempo; tiempo para observar, para analizar, para incorporar y para actuar. No somos números, somos personas, somos seres humanos avalados por millones de años de evolución. La educación no pertenece a nadie. Educar es mucho más que la simple transmisión de conocimientos. Educar es crear un ciudadano libre y responsable; la educación debe ayudar al individuo a resolver preguntas tales como ¿quién soy? o ¿qué puedo hacer yo para mejorar el mundo en el que vivo?

Ofrezcamos, pues, una educación comprometida, no de ricos y pobres, no de orientales y occidentales, no de católicos y musulmanes, no del hombre contra el hombre. Ofrezcamos una educación de igual a igual con el ser humano, con el mundo en el que vivimos y con el universo que compartimos.

Bienvenidas y bienvenidos a este recorrido por una escuela que nunca nadie te ha contado y de la que, curiosamente, formaste parte. En este viaje descubrirás que quizás tu problema no fue que no te interesara el aprendizaje, sino más bien que no te amoldaste a un sistema antinatural que nunca respetó tus ritmos naturales de desarrollo como ser humano que eres.

PARTE 1

UN SISTEMA

EDUCATIVO

OBSOLETO

1

EDUCAR NO ES ADOCTRINAR

¿A QUÉ ESTAMOS LLAMANDO «EDUCACIÓN»?

Los seres humanos hemos interiorizado conductas antinaturales en nuestro día a día y hemos sido educados en la idea de que hemos nacido para ganarnos la vida y no para vivir; que vivir «en lo conocido» es una de las máximas de la totalidad de nuestra existencia. Esta mentira existencial supone el inicio de todos nuestros problemas.

Desde pequeños se nos prepara para ser competitivos y ambiciosos. Muy pronto nos olvidamos de la importancia que tiene para la infancia vivir esta etapa de la vida como realmente se merece; y dirigimos sus acciones, dirigimos sus vidas, anulando por completo sus experiencias de vida, invitándolos «sin querer» a un proceso vital ficticio.

Somos la única especie sobre el planeta con una experiencia de vida basada en una realidad inventada. Nos da miedo el verdadero sentido de la vida; nos da miedo vivir, así que abortamos cualquier conato de experiencia real de vida. Todo el sufrimiento humano lo genera, curiosamente, el ser humano. Todos esos condicionamientos que nos meten en la cabeza desde pequeños limitan y condicionan nuestras vidas, hasta el punto que es muy probable que nos vayamos de este mundo sin haber tenido ni tan siquiera un segundo real de esa experiencia vital a la que fuimos llamados. De nosotros depende en gran parte cambiar esta conducta.

Desde muy pequeñitos nos sumergen en el mundo de la tradición; costumbres que pasan de generación en generación y que limitan el cultivo de nuestra mente. A los adultos nos cuesta hablar sobre el peso de la tradición, sobre los condicionamientos que nos han impuesto desde muy jóvenes, pero es mucho más simple que todo eso. Necesitamos entender cómo el pasado —la tradición— ha conformado nuestras mentes y nuestros corazones. Profundizar en ese entendimiento será lo que poco a poco nos vaya llevando a la libertad de pensamiento. No puede existir libertad de pensamiento si no hay libertad de expresión.

La tradición tiene un peso inmenso en nuestras vidas. La palabra tradición significa «rendir o entregar». Dicho con otras palabras, una sociedad que fundamenta sus pilares basándose en la tradición está constantemente mirando al pasado y olvida el presente. Se rinde y entrega su presente a expensas de lo que dicte su pasado. En otras palabras, podríamos decir que, al perder ese contacto con el mundo, al ser extirpada nuestra experiencia de vida fruto de tanto condicionamiento desde la infancia, también perdemos la relación con el mundo que nos rodea, por lo que aumenta la distancia abismal entre nosotros y el mundo en una serie infinita de conflictos.

La comunidad educativa sigue instalada en la amnesia de no ser consciente de cuál es el verdadero sentido de la educación. Educar no es aprobar exámenes. Educar significa que debemos cuestionar y ser críticos, no aceptando jamás aquello que no hayamos visto con nuestros propios ojos; sin caer en la ignorancia que supone instalarse en repetir lo que otros dicen, sin experimentarlo, simplemente porque otros lo dicen. Hoy, al igual que entonces, el pensamiento no se cultiva en la escuela, más bien se condiciona, y este es el punto de partida que los adultos no nos atrevemos a cambiar.

En el nacimiento de una nueva cultura, donde todos estamos inmersos, el nuevo paradigma educativo no se proyecta como una empresa fácil. Sentir el vértigo de un vacío insoportable, con las incertidumbres que los cambios conllevan, hacen que la educación del presente se convierta en un auténtico oficio de valientes.

LAS VERDADERAS INTENCIONES QUE ESCONDE EL SISTEMA EDUCATIVO

Dicen que somos un pequeño y minúsculo granito de arena en medio de un universo inmenso; dicen que somos una más de las aproximadamente doscientas cincuenta mil millones de galaxias existentes. Apenas si somos conscientes de que el ser humano es una manifestación más de un proceso evolutivo llevado a cabo durante más de dieciséis mil millones de años. Los tres millones de años de nuestra existencia no nos dan el valor suficiente para creer que podemos vivir a expensas de las leyes que dicta el universo.

Todo esto, que ya sabemos hoy, encaja poco o nada con los planteamientos que los diferentes sistemas educativos han estado impartiendo desde hace siglos. Hoy, muchos docentes, madres y padres, y personas relacionadas directa o indirectamente con la comunidad educativa, ya no encuentran sentido alguno en su entorno educativo tradicional, creado en un momento en el que justificar lo evidente era algo así como implorar al demonio.

Desde hace cientos de años, los seres humanos han tenido miedo de atenderse, de mirar y de saber quiénes son realmente. Un sistema de creencias preestablecido ha hecho que el ser humano viva en contradicción con sus verdaderos ritmos de desarrollo naturales. Los seres humanos hemos sido auténticos dependientes de las ideas de otros; ideas que apenas cuestionábamos o analizábamos. Una necesidad vital de reflexionar sobre la vida o la muerte nos ha llevado, civilización tras civilización, a vivir vidas programadas por otros. Cuando te educan en un sistema de creencias que te dice qué pensar en lugar de enseñarte cómo pensar —o que te invita constantemente a permanecer quieto, inactivo, a creértelo todo, con una venda en los ojos y a no cuestionar nada— suele ocurrir que, ya de adulto, sigues creyendo lo que te contaron porque jamás fuiste educado para cuestionar nada, aun cuando debieras cuestionártelo porque la verdad es tan evidente que «no te queda otra». El miedo adquirido te impide mirar de frente la verdad o cuestionar nada.

A medida que pasan los años, esta venda va cubriendo nuestra cabeza con capas

y capas, de tal manera que —ya de adultos— solo podremos despojarnos de ella si somos capaces de hacer un gran esfuerzo personal, pues al sistema no le interesa que iniciemos ese proceso. Mejor «quietos y calladitos».

La escuela que tenemos hoy, en su estructura principal, se sigue sustentando bajo este mismo sistema de creencias. En plena era del conocimiento, se está demostrando que seguir educando de esta manera es algo absurdo y carece de sentido alguno hoy en día.

Afortunadamente, poco a poco, pero con pasos muy firmes, desde hace un tiempo está emergiendo una nueva escuela basada en un sistema de experiencias, que lo cuestiona absolutamente todo y que no se cree nada de lo que no pueda comprobar el niño a través su propia experiencia personal. Es esta la única manera de hacer ciudadanos libres y conscientes, responsables de sus actos, tanto en su faceta individual como en un plano más social.

Las escuelas más espirituales que materiales parecen estar dando sus primeros pasos. Hoy, sobre todo en Occidente, vivimos una saturación de artículos y bienes de consumo que han descolocado al individuo del verdadero sentido y significado de su vida. Esto se puede extrapolar perfectamente al mundo educativo, donde comprar cultura, títulos universitarios, o paquetes salvadores con las últimas pedagogías de moda, se ha convertido en una moda sin sentido alguno.

A este panorama podemos sumarle el creciente sinsentido social, publicitario o político que hace que, poco a poco, cada vez más personas desconecten de este camino ficticio de la vida y comiencen nuevos caminos y proyectos. Un nuevo orden de valores encaminados siempre a una realización personal plena de la propia existencia.

Siglos y siglos de adoctrinamiento religioso o cultural han demostrado que las sociedades han fracasado en su intento de convertir a las personas en seres humanos. Es un déficit tremendo que necesita dejar atrás luchas partidistas e interesadas, alzar la bandera blanca de la paz, asumir nuestra ignorancia y empezar por cuestionarnos el sentido general de lo que hasta la fecha hemos considerado como educación.

HISTORIA DE UN CONDICIONAMIENTO. PARTE I. LA RELIGIÓN SECUESTRA NUESTRA ESENCIA

Antes de adentrarnos en las entrañas del sistema educativo que hoy tenemos y desgranarlo más detenidamente, resulta interesante hacer una aproximación histórica que permita ubicarnos y tener así una perspectiva amplia a la hora de poder hacer frente a los retos educativos del presente. Conocer la historia de la educación no solo nos servirá para entender el pasado, sino también para poder comprendernos hoy en día, así como el sentido de la realidad que hemos construido. Desde aquí, y siempre con una perspectiva crítica, podremos partir hacia la construcción de un futuro con mayor esperanza para todas y todos, más igualitario, tolerante y participativo.

En esta aproximación histórica, resulta curioso observar cómo en pleno siglo XXI las necesidades educativas reales de nuestra sociedad se parecen más a las de las culturas que nos precedieron miles de años atrás. En este sentido, podemos observar que pueblos antiguos como el indio o el chino comparten características de una educación más humana como un proceso de carácter liberador. Para ellos, la educación consiste no tanto en la transmisión de conocimientos, sino en guiar, orientar y facilitar el progreso espiritual estimulando el progreso de sus energías interiores. Además, ambas culturas entienden que la educación implica autenticidad y arranca del conocimiento y de la aceptación sincera de uno mismo. La educación es esencialmente autodesarrollo y se halla subordinada a la naturaleza.

Este mismo punto de vista de una educación humanizada fue compartido siglos después en la educación de la antigua Grecia, que se fundamentaba en el modo de ser del alumno, en su naturaleza. En este caso, la educación potenciaba la tendencia innata del hombre al perfeccionamiento, engrandecía su alma y lo perfeccionaba. Individuo y sociedad iban de la mano. Por ello, además de darle gran importancia a enseñar al alumno cómo era la realidad, entendían que cierto grado de prosperidad material que se obtiene mediante la producción es la base de una cultura floreciente. El saber y la virtud moral se alcanzaban antes que el saber teórico, y sin poseerlos era imposible llegar a ser sabios.

De esta manera, podemos ver cómo estas tres culturas ven en la educación una herramienta imprescindible para el individuo, que lo guía a potencializar todo lo que lleva dentro, respetándole como ser humano que es y acompañándole en aquellos aspectos necesarios para su desarrollo.

Lamentablemente, la historia de la educación se inclina más bien del lado del adoctrinamiento, el condicionamiento o la inoculación de ideas, sin tener en cuenta ni los intereses ni las necesidades del ser humano; incluso en algunas culturas con el castigo como uno de sus componentes principales. El aspecto religioso aparece como la característica principal que guía la educación de los ciudadanos durante más de dos mil años. En esta línea, encontramos dos culturas principalmente, en el antiguo Egipto y en la educación del antiguo pueblo hebreo, ambas entendidas también desde un componente altamente religioso. En la egipcia, existe un gran énfasis en la inmortalidad, que se materializa de modo muy expresivo con el culto a los muertos y en los monumentos funerarios. En la judía, el antiguo pueblo hebreo entiende que Dios (Yahveh) es el principal responsable y garante de la educación hebrea. Dios mismo es quien enseña al pueblo. Y va más allá, pues consideran que la educación es esencialmente normativa, con fundamentos en la corrección a través del castigo. A quien se desvía del camino marcado en la Ley o instrucción de Dios se le castiga y, en la medida que asume y padece el dolor y el sufrimiento, aprende a conocer y cumplir los designios divinos.

A partir de aquí, las diferentes culturas que nos han precedido han bebido de las fuentes de sus antecesores para organizar y entender su concepto de educación. Así, en la educación en la antigua Roma podemos ver el influjo del sistema educativo griego. Para los romanos, la educación representaba la crianza física y moral del niño, que lo preparaba para incorporarse al mundo de los adultos. El objetivo esencial de la educación romana era que el alumno se convirtiera en un vir bonus (hombre bueno), algo así como un hombre íntegro y de provecho, para sí mismo, para su familia y para la República.

Pero si hay una cultura que modifica a su gusto y semejanza todos los procesos educativos que le anteceden, esa es la educación paleocristiana que organiza —y a veces hasta transforma a su interés— los elementos procedentes de la cultura pagana (clásica y grecorromana), eso sí, siempre a la luz de la concepción cristocéntrica que llevaba el cristianismo en sus propias entrañas. El núcleo esencial de la educación cristiana es de naturaleza religiosa. Más que un proceso de transformación de la personalidad humana es un proceso de transformación

en Cristo.

De aquí en adelante, las diferentes culturas irán reproduciendo los modelos de educación implantados con anterioridad. Así ocurre con la educación en la Edad Media, que asume los objetivos y principios pedagógicos básicos establecidos por la educación de las diferentes culturas que le preceden: paleocristiana, hebrea, griega y romana. La educación tiene un carácter esencialmente religioso, sin cambios en el modo de entender la educación.

En esta misma línea, la educación musulmana cumple también con varios de los parámetros anteriormente mencionados, sobre todo con el carácter religioso. Esta educación tiene por objeto formar al buen musulmán, sumiso a las leyes coránicas. El Corán se constituye como cimiento y fundamento de la enseñanza básica y de todos los conocimientos posteriores. Las primeras edades resultan de especial importancia para la adquisición de esta educación a través del condicionamiento del adulto. La fe se adquiere en la infancia a través de la servil imitación ciega del modelo revestido de autoridad, a través del ejemplo de los padres y maestros, la simple repetición automática y por tradición. El pensamiento y la conducta del niño vendrán determinados por los principios morales e ideológicos del adulto.

Con el paso de los siglos, las diferentes culturas que hicieron frente a las cuestiones que su sistema educativo les planteaba tuvieron que lidiar siempre con la religión como eje principal. Los sistemas educativos basaron sus principios atendiendo las necesidades de la religión por encima de las necesidades e intereses del ser humano. De esta manera, los individuos fuimos educados desatendiendo nuestras potencialidades innatas en beneficio de lo que otros consideraban que teníamos que saber. La religión se hizo fuerte en este sentido, hasta el punto de que hoy seguimos sufriendo sus consecuencias.

HISTORIA DE UN CONDICIONAMIENTO. PARTE II. LA FIGURA PATERNAL QUE SE OTORGA EL ESTADO

A partir del siglo XV, el pensamiento pedagógico del humanismo moderno se enfrenta por primera vez a esta cuestión de adoctrinamiento. En esta etapa, se proyecta la educación con un deseo de volver a las fuentes de la cultura occidental en busca de la verdadera filosofía, lo cual es considerado una osadía y un riesgo para la fe en una sociedad profundamente cristiana; asumir de nuevo el pensamiento de los clásicos llevaba consigo el peligro de desvirtuar el mensaje bíblico y evangélico, e incluso la revitalización del espíritu pagano. La educación se ve como un proceso de moldeamiento del nuevo ser asimilando la cultura que incorpora al hombre a la humanidad. La iglesia continúa mostrando sus garras.

A partir de aquí, quizá te suenen cada vez más algunas de las características que vamos a comentar, pues muchas de ellas —aunque te parezca increíble— se siguen llevando a cabo hoy en día, en pleno siglo XXI. Para el realismo o disciplinario pedagógico, la educación es un complemento imprescindible de la obra redentora de Jesucristo, de quien todos los educadores son cooperantes directos. Para ellos, la infancia (en especial los siete primeros años de vida) sería una última y excepcional oportunidad de regeneración que la misericordia de Dios otorga a los hombres y es esencial aprovecharla, porque de ello depende el éxito de toda la educación posterior. Educar sería sinónimo de disciplinar, consistiría en someter al alumno a una disciplina externa. El alumno es un «sometido» y la autoridad, un atributo esencial en la relación educativa. La educación, por lo tanto, no es un proceso que brote espontáneamente del sujeto, todo lo contrario, es un proceso artificial que se conduce desde el exterior. El castigo es uno de los componentes habituales y esenciales de la educación —con cierta frecuencia, el mejor e incluso único recurso educativo— y castigar se convierte en una obligación ineludible.

Si hay un momento en el que nace la educación tal y como la entendemos hoy, es en el siglo XVIII, que es estructuralmente la misma escuela a la que hoy acuden tus hijos y a la que un día acudiste tú mismo. Sí, parece increíble, pero sigue

siendo así.

A partir del siglo XVIII se otorga al Estado, como representante de la sociedad civil, una serie de actividades y funciones que hasta el momento venía desempeñando la iglesia en solitario o cooperando con las instituciones civiles. La educación es entendida como la vía de asentar un estado fuerte, con ciudadanos dóciles, buenos soldados y eficaces funcionarios. El despotismo Ilustrado, con su ideal de «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo», considera que el ciudadano sencillo e ignorante es incapaz de saber qué le conviene y que hay que tratarle (por su bien) como a un menor. La educación es entendida desde un punto de vista más político que educativo.

En esa misma época, la política educativa de Guillermo I (1668-1740) es la que crea la universalización de la educación elemental dirigida, inspeccionada e impulsada por la autoridad civil, aunque con una fuerte impronta religiosa. Posteriormente, la política educativa de Federico II el Grande (1712-1786) aspira a que el Estado lleve el peso de un monopolio educativo de carácter exclusivo y excluyente. La iglesia no intervendría en la educación y su papel se limitaría a impartir la enseñanza de la religión. En 1763 firma el Reglamento General nacional escolar, en el que se fija la obligatoriedad escolar para todos los niños comprendidos entre los cinco y los catorce años, e hizo obligatoria la preparación de los maestros, prescribiendo que ninguno pudiera enseñar sin disponer del título correspondiente. Finalmente, durante la Ilustración francesa, se establece que la educación primaria será un derecho universal, gratuito y obligatorio, pues se considera la educación como un instrumento al servicio del Estado a través del cual realizar su ideal de perfección, bienestar, progreso y justicia.

Como puedes observar, a excepción los antiguos pueblos indio y chino y de la Antigua Grecia, somos hijos de una secuencia de culturas y sistemas educativos que han programado sus actuaciones educativas de fuera a dentro en vez de dentro a fuera. Es decir, han preferido educar a seres humanos sin tener en cuenta sus necesidades o carácter de desarrollo, obviando algo tan importante para un ser humano como es su necesidad espiritual. Nos han adoctrinado, nos han condicionado y han programado nuestras vidas para que hoy no sepamos ni quiénes somos. La realidad existente —en la que el individuo padece cada vez más problemas de salud mental y el suicidio es una de las principales causas de mortalidad no natural— demuestra que educar bajo la única premisa de obtener un trabajo o en el empeño de que los ciudadanos sean fieles seguidores de una

misma doctrina religiosa no tiene ya ningún sentido si no equilibramos la balanza e incorporamos a la educación el desarrollo personal y el autoconocimiento; en definitiva, aspectos que hagan de ella una educación mucho más humanizada.

Llevamos siglos repitiendo patrones. Nosotros mismos hemos establecido nombres, reglas y procesos para todo, los hemos normalizado y, aun siendo perjudiciales para nosotros, han pasado a controlarnos dada nuestra ignorancia. Hoy, el ser humano se hace mayor y asume el protagonismo de su vida. El conocimiento universal comienza a predominar sobre el conocimiento individual. Hoy se nos invita a sumergirnos en nuestro interior hasta encontrar el punto en el que nuestras personalidades individuales entran en contacto con el conjunto cósmico. Esto nos sanará y nos proyectará a una dimensión más humana, donde nuestras vidas recobrarán su verdadero sentido; de lo contrario, nos acabará pasando factura. Tenemos, pues, un gran trabajo por delante en el que un sistema educativo centrado en el Ser tendrá mucho que decir.

• A VECES PIENSO... •

Que está bien que «nos toque» un poquito de las miserias del mundo para darnos cuenta que cuando el prójimo dice que sufre, lo dice de verdad...

Que «estaría bien» que en algún momento nos embarcaran sin rumbo ni destino, en una patera y con nuestra familia para saber de primera mano lo que significa huir del horror y por qué se hace...

Que cuando se reúnan los dirigentes mundiales para hablar del cambio climático, lo hicieran en un lujoso hotel justo en el centro de los incendios que están destruyendo nuestro planeta para, quizás así, poner remedio inmediato a la problemática del cambio climático...

Que estaría bien que nuestros hijos viajaran a las minas del Congo para obtener coltán y quizás así entenderíamos mejor lo que supone el desarrollo a cualquier precio...

Que todos los ciudadanos del mundo deberíamos pasar una temporada en un campo de refugiados para poder entender algo tan básico como que una familia quiera un mejor futuro para sus hijos, cueste lo que cueste...

Que una gran parte de la humanidad vivimos tan acomodados que estamos perdiendo el verdadero sentido y significado de la vida. La tendencia de desagradecimiento que la humanidad está llevando a cabo con su prójimo desde hace años es algo que tarde o temprano nos acabará pasando factura a todos.

Que si algún día entenderemos que la conciencia humana nunca puede ir separada del prójimo, de la vida, ni de la evolución. Somos uno.

LOS PROBLEMAS DE HOY Y SU RELACIÓN CON LOS MÉTODOS ANTINATURALES DE EDUCACIÓN

Hay una lógica humana que nos dice que ya va siendo hora de replantearnos lo que entendemos por escuela, que detrás de ese ideal romántico de educación que tenemos como sociedad, la escuela esconde unos principios de custodia, selección y adoctrinamiento de la infancia.

Hay una lógica humana que no entiende la disyunción actual entre una afligida sociedad adulta que pretende ser humanitaria con un ambiente escolar que remiende la realidad, pues por momentos da la sensación de que la sociedad de adultos incumple lo que la escuela enseña.

Hay una lógica humana que nos dice que los niños aprenden más de sus iguales que de sus maestros y que, en ocasiones, son los maestros los que obstruyen el aprendizaje de materias de estudio por el simple hecho de cómo son impartidas en la escuela.

Hay una lógica humana que nos dice que la escuela tiene un currículum oculto que no queremos ver, pero que sabemos que existe y que ocupa un peso más importante del que creemos. Hablamos de ese currículum oculto que sirve como ritual de iniciación a una sociedad de consumo o que inocula interesadamente en la infancia aspectos culturales o religiosos.

Hay una lógica humana que te dice que se asignará a niñas y niños un cartelito marcando el precio que valen, dándoles así el poder de pertenecer a un mundo donde todo recibe un valor mercantil; que no podremos ir más allá de la sociedad de consumo a menos que entendamos primero que la escuela al servicio del Estado reproduce inevitablemente dicha sociedad, independientemente de lo que en ella se enseñe.

Hay una lógica humana que nos dice que hay una generación llamando a nuestra puerta, recriminando nuestra pasividad ante el planeta que compartimos, diciéndonos que no están dispuestos a tratarlo tan mal como lo estamos haciendo

nosotros; que quieren y aman el lugar donde viven y que se sienten capaces de revertir una situación catastrófica causada por varias generaciones de adultos irresponsables.

La escuela de hoy, al igual que la escuela de siempre, se ha mirado tanto el ombligo que ha sido incapaz de levantar la cabeza y de reconocer que los defectos más catastróficos de nuestra época están directamente relacionados con los métodos antinaturales de educación. Mirar de frente a la escuela desde esta perspectiva es el inicio del cambio de paradigma educativo tan necesario para la sociedad de hoy.

¿DEBERÍA LA ESCUELA CORREGIR SU VISIÓN DEL MUNDO Y DEL SER HUMANO?

Que el mundo está cambiando a velocidad de vértigo en los últimos años es una obviedad de la que todas y todos, en mayor o menor medida, somos conscientes. Pero este cambio a pasos agigantados parece ser todavía insignificante en la escuela, que continúa manteniendo su estructura educativa en principios del siglo XVIII.

La escuela de hoy, por momentos, da la sensación de estar dando palos de ciego a la hora de acoger en su día a día a metodologías educativas a las que, por un lado, parece abrir las puertas —dada la proyección que tienen en cuanto a una nueva visión de la educación—, pero que, por otro, les cierra esa misma puerta al ofrecerles únicamente espacios que no tienen que ver tanto con el funcionamiento habitual de la escuela, sino más bien con momentos puntuales en su día a día.

Es esta una mirada que la escuela debe hacer de manera introspectiva, acudiendo a lo más profundo de sus entrañas, hasta el punto de reflexionar seriamente si está dispuesta o no a replantearse toda esa serie de dogmas antiguos de los que ha estado bebiendo durante siglos. Dogmas y creencias que hoy, en plena era del conocimiento, carecen de sentido alguno. Esta insostenibilidad en la cual se encuentra esta estructura industrial y dogmática de la escuela de hoy tiene los días contados en tiempos como los actuales, quiera o no verlo el sistema. Por ello, una de sus funciones urgentes debe ser la reinterpretación del concepto de educación que ha mantenido hasta hoy. Esta invitación que los tiempos actuales hace a la escuela a reinterpretar sus dogmas antiguos no supone más que el primer paso, el inicio del camino que espera ser atendido cuanto antes, comenzando por esa idea que la escuela tiene desde hace siglos de la educación influenciada por un concepto anticuado del mundo. Con el fin de llegar a las necesidades que las niñas y los niños de la era del conocimiento presentan en tiempos actuales, las escuelas deberían alejarse de caminos acrobáticos, de propuestas sin sentido o banales, e ir al grano y ser valientes en esa nueva mirada a la hora de hablar de educación. Una mirada adaptada y en consonancia con los

tiempos actuales, mostrando así a la sociedad que ha madurado, que se ha independizado del sistema que la ha mantenido esclava desde hace tanto tiempo, y que se muestra hoy con un espíritu renovado, con una amplitud de miras donde el ser humano prima por encima que cualquier sistema doctrinal. Intentar ese nuevo comienzo es lo más honesto que puede hacer la escuela de la era del conocimiento. Un primer paso que necesitará, sin lugar a dudas, de docentes valientes capaces de asumir el reto que supone modificar una estructura anclada, pero oxidada y con serios atisbos de derrumbarse peligrosamente en poco tiempo.

Para ello, es necesario que las personas que forman parte de la escuela dejen de agarrarse a ese concepto de escuela esclava del Estado, y se abran a una nueva concepción de una escuela más humana. Abrir la mirada y no cerrar la puerta al verdadero significado de la educación. La educación va mucho más allá de la mera transmisión de conocimientos, y esta nueva escuela necesita de una mirada cercana —de tú a tú con el ser humano— que tenga en cuenta toda esa dimensión corporal humana escasamente atendida a lo largo de la historia de los procesos y sistemas educativos.

MIEDO (O AMOR)

Desde muy pequeños somos educados en el miedo. Lo tenemos tan integrado en nosotros que hemos hecho del miedo un ingrediente imprescindible en nuestras vidas, por mucho que nos pese. La mayoría de nosotros hemos aprendido a través del miedo, el cual constituye la base esencial de la autoridad y la conformidad. Hoy, adultos educados en el miedo pretenden reglar leyes en contra del miedo, y así van las cosas, y así seguirán yendo, pues el patrón se repite generación tras generación. No es posible tener una mente fresca y joven si uno es educado desde la infancia hasta la edad adulta a través del miedo.

Dados los numerosos hechos acontecidos con base en el miedo que se llevan repitiendo desde hace años, cabe reformularse la pregunta de cómo podríamos liberarnos totalmente del miedo para poder educar «de otra manera», de tal forma que las generaciones venideras puedan afrontar sus procesos educativos sin el miedo como uno de sus pilares imprescindibles. Encarar el miedo, mirarlo de frente, es una de las cosas que más vértigo produce al ser humano. De ahí que muchos elijan la opción de obviarlo y dejarse guiar por aquellos que piensan que van a conseguir derribar sus miedos.

El recién nacido es la viva expresión de una trayectoria evolutiva que se muestra en ese momento como su mejor versión. Ese mismo ser humano, a medida que se va desarrollando, es el fiel reflejo de una trayectoria de adoctrinamiento que muestra a lo largo de los años la desconexión con su esencia. Apenas sin ser consciente de ello, el peso de la cultura, la familia, los amigos, la religión, la escuela, los miedos, los deseos, etc., se apoderan de su verdadera luz. No entiende nada de lo que le sucede, siente desdicha y se siente desubicado en su día a día, pues aquella misión para la que vino a esta vida todavía no ha sido atendida. Su «yo» ha venido para quedarse. Conocerlo y atenderlo será la única opción posible para ser consciente de su experiencia de vida. Intentar obviar el «yo» —o creer que no atendiéndolo este no va a hacer acto de presencia y no tendrá influencia en nuestra vida— es uno de los mayores errores que podemos cometer como seres humanos.

Quizás ahora entiendas la importancia que tiene que tu hija o hijo reciba una educación que atienda y respete tanto sus ritmos de desarrollo como sus potencialidades humanas. Una educación que los conecte desde muy pequeños con su verdadera esencia. Desde hace miles de años hay una generación de niñas y niños esperando que su comunidad de adultos revise estos aprendizajes artificiales adquiridos en los que fueron adoctrinados para, de esta manera, poder atender con otra mirada y desde el amor la vida que todas y todos llevamos dentro como seres humanos únicos e irrepetibles que somos. Hoy es el día y ahora es el momento.

Avivar la tendencia básica del amor debe ser nuestra tarea como educadores y como ciudadanos. De lo contrario, nos pasaremos toda esta experiencia en forma de regalo que es la vida asumiendo identidades ficticias que no corresponden con nuestra verdadera esencia interior. Hay que lograr que las personas asuman sus responsabilidades desde su interior más íntimo; si no, las leyes básicas de la vida que nos rigen a todos los seres vivos no serán vinculantes y se incumplirán siempre.

La conciencia es la tendencia básica de la evolución, que se abre hacia el otro en forma de amor. Abrir esta tendencia es un reto y una necesidad para la educación en las sociedades del presente si queremos no colapsar como sociedad, como colectivo o como especie.

¿CUÁL ES LA SOLUCIÓN?

Las experiencias y vivencias del ser humano han demostrado que aquellos procesos educativos encaminados a su domesticación no han resultado los más idóneos ni para la evolución de la especie ni para el devenir de nuestro planeta.

Hoy, en plena era del conocimiento, ha llegado el momento de que el ser humano deje atrás todas esas creencias inoculadas generación tras generación. Madurar y emanciparse del sistema que nos ha llevado a vivir una vida ficticia es una de nuestras máximas prioridades. Nuestra experiencia nos dice que toda moral impuesta desde fuera carece de sentido alguno y está destinada al fracaso.

Los adultos nos hemos mal acostumbrado a convertir en algo habitual lo que no es natural ni normal. Como da la sensación de que no nos conformamos con ser únicamente nosotros «los enfermos de la película», desde hace unos años parecemos muy empeñados en robarle a la infancia el fin más preciado y valioso que tiene, que no es otro que ese que se basa en la pureza de sus actos y en el aprendizaje vivencial del mundo real en el que viven a través de la observación y la exploración a través de sus sentidos. Los adultos, presos del pánico que nos produce hacernos responsables de nuestras vidas, cedemos las vidas de nuestros seres más queridos a realidades virtuales y ficticias, llenando de aparatos electrónicos la vida de los niños, tanto en la escuela como en casa, anulando por completo el verdadero espacio de aprendizaje, que no es otro que la propia naturaleza.

Deberíamos aprender muchísimo más de la vida pura de la infancia. Si tenemos en cuenta que nuestro sistema de creencias —ese que forma parte de nuestras vidas y que oculta, a la vez, su verdadero sentido— se ha basado desde hace miles de años en creencias «ficticias», cabría preguntarse qué sentido tiene este tipo de actividades virtuales, pues nunca el ser humano se ha permitido el lujo de afrontar su experiencia de vida desde la propia vida. Es algo así como que sobre la mentira estamos construyendo más mentiras.

Un ejercicio de humildad y responsabilidad por nuestra parte nos podría llevar a

reconocer que la vida tiene tantas cosas interesantes para ser observadas y vividas que nunca nada virtual podrá sobrepasar dichas vivencias y aprendizajes. Es una de nuestras deudas existenciales.

De todas las fuentes de las que ha bebido el ser humano desde el origen de sus días, le queda una que todavía no ha explorado, no ha sentido a qué sabe el sabor de su agua. Hablamos de esa fuente del amor que nos conecta como humanos y como seres vivos, jamás explorada, y que es la única que podrá hacernos avanzar hasta nuestra naturaleza verdadera.

Este es el ideal al que debemos encaminarnos como especie. Ese tránsito, que comenzaremos desde ya, debe sustentarse en unos pilares que establezcamos como sociedad, sin juicios, donde la responsabilidad social sea una de sus máximas premisas.

Por lo tanto, y teniendo en cuenta que somos hijos de un modelo artificial de vida, se nos pone por delante la imperante tarea de trabajar por hacer llegar a los individuos hasta la profundidad de su ser. Los adultos, fruto de sus años vividos, tienen oculto su verdadero ser tras capas y capas de realidades inventadas, pero los niños son puros en este sentido. Apenas si su ambiente ha tenido tiempo de hacerles llegar todas estas máscaras de condicionamiento, de ahí que sea la infancia el momento oportuno para comenzar a transitar por la vida atendiéndola desde la profundidad de su ser.

Es curioso observar como la solución está en la no solución; es decir, tenemos un faro que nos guía hasta su luz, pero no nos proporciona esas soluciones milagrosas ajenas a nuestras propias experiencias que desde hace miles de años hemos buscado para conseguir una vida plena y que ya hemos visto que no era la mejor opción.

El ser humano se está acercando al momento de su existencia en el que, fruto de una búsqueda desesperada en la que no encuentra dicha ni satisfacción alguna, dejará atrás un camino transitado en el que ha buscado un significado cognitivo de la vida, para adentrarse en otro camino que lo invita a caminar desde el presente, desde el aquí y el ahora, en esa búsqueda del verdadero sentido de su vida.

PARTE 2

NIÑAS Y NIÑOS

CONTINÚAN

ESPERANDO SER

ATENDIDOS

2

CUANDO EL SISTEMA

VE A LA INFANCIA

COMO UN PRODUCTO

Y NO COMO A UN SER

HUMANO

EL SER HUMANO CONSCIENTE SE ENCUENTRA PRISIONERO DEL SER HUMANO CULTURAL

Vivimos pensando que siempre habrá un mañana mientras arrastramos en la mochila toda la carga del ayer. Entre ambos existe el hoy, al que apenas si hacemos caso. En realidad, no hemos sido educados para el aquí y el ahora y apenas si sabemos disfrutar del momento. Nos educaron con los conocimientos del ayer para ganarnos la vida mañana y, mientras, va pasando la vida. No nos han educado para vivir, nos han educado para ganarnos la vida.

Todo lo que tenemos en la vida es el instante presente, aunque solemos olvidarlo y vivimos atrapados entre las dudas del pasado y las preocupaciones del futuro. La clave para ser feliz y vivir plenamente radica en aprender a estar plenamente presentes.

La cultura tiende a prohibir lo que es antinatural, pero desde una perspectiva biológica nada es antinatural, pues todo fluye. Cualquier comportamiento que vaya contra las leyes de la naturaleza es, por definición, antinatural, y por lo tanto no necesita prohibición alguna. En realidad, nuestra idea de lo que es natural y antinatural no ha sido extraída de ninguna teoría biológica, sino más bien de conjeturas inventadas por el hombre.

Resulta curioso observar como todas las divisiones que sufre el ser humano son fruto de su propia imaginación y que en ningún caso tienen un sustento biológico. La religión, ávida como siempre, se ha otorgado el lujo de poder definir qué es natural o antinatural. Muchas de las cosas que hoy defiendes a ultranza son fruto de un adoctrinamiento cultural. Las creencias, las religiones o la vida espiritual son tremendamente importantes para la salud integral del ser humano; pero una cosa es atender a esa necesidad, y otra muy distinta adoctrinar creando la necesidad. Dicho de otra manera, la escuela debe ser un lugar sagrado para las personas, pues a ella vamos a aprender. De esta manera, el ser humano consciente se encuentra prisionero del ser humano cultural. Mientras la biología tolera un espectro muy amplio de posibilidades, la cultura obliga a realizar algunas cosas a la vez que prohíbe otras.

Ojalá en tu vida tengas la posibilidad de elegir tu camino espiritual, el que más te llene, pero que nadie lo elija por ti. La escuela debe basarse en un proyecto holístico que atienda las necesidades del ser humano consciente para que posteriormente sea el individuo, por iniciativa propia, quien decida su propio camino. Así sabremos respetar y agradeceremos que nos respeten. No bajo imposición alguna ni de nadie, sino por una conducta endógena, fruto de haber sido educados en el respeto y la tolerancia; fruto de haber sido educados desde el conocimiento a uno mismo.

«SOIS EL FUTURO». LA ETERNA MENTIRA DEL ADULTO A LOS NIÑOS

Dime cuántas veces has escuchado a un adulto decirle a un niño eso de «vosotros sois el futuro». Lo hemos escuchado tantas veces que, ya de adultos, lo reproducimos sin pararnos a pensar de verdad en la repercusión real de dicha frase. Lo decimos, pero no lo llevamos a cabo porque, en realidad, los adultos sabemos que no es así.

El adulto prefiere que los niños se amolden a su sociedad, a su forma de vivir, a sus costumbres y tradiciones. De esta manera, el adulto se asegura mantener y perpetuar su sistema, aun a sabiendas de que es un sistema decadente, muy precario, un sistema que humanamente deja mucho que desear. Preferimos, por lo tanto, que sean seres mecánicos que encajen dentro del modelo de sociedad ya existente.

Cambiar la educación, al igual que cambiar las sociedades, está en la mano de los adultos, no de los niños, y lo sabemos. Los adultos somos los que moldeamos a los niños y los que los invitamos a que caminen por uno o por otro camino en la vida. Repetir continuamente la frase de «la juventud está perdida» es una actitud miserable por nuestra parte, pues ellos han crecido y se han desarrollado en las sociedades y valores que los adultos hemos construido, para bien y para mal.

Cambiar la educación, al igual que cambiar las sociedades requiere, primero, de un trabajo personal de los adultos. Trabajo —que muy pocos están dispuestos a realizar— en el que, entre otras cosas, reconozcamos las miserias interiorizadas de la educación recibida y, así, desde ese punto, poder iniciar el tan ansiado proceso de transformación. Recurrimos con demasiada frecuencia a eso de «yo he sido educado así y tampoco estoy tan mal», y detrás de ello se esconden la irresponsabilidad y el miedo a dar un paso para transformar nuestra generación de adultos.

Soy de una generación que ha soñado con poder, algún día, materializar las letras

de esas canciones reivindicativas que cantábamos al unísono con el grupo de amigos; de esa generación que hablaba de los adultos de su época como adultos cobardes a los que no le gustaría parecerse nunca o que, grito en el cielo, asistíamos a manifestaciones contra la guerra u otras causas sociales reivindicando convencidos de que otro mundo era posible y que este llegaría cuando nosotros fuéramos esos adultos responsables. Soy también de la generación que, pasados apenas unos años de aquello, se siente realmente sorprendido al comprobar lo fácil y misterioso que resulta eso de «unirse al rebaño», y que mira a su alrededor y observa la fugacidad de las ideas, la volatilidad del compromiso o la liquidez de la vida; en definitiva, la facilidad que tenemos para mirar hacia otro lado. Lo malo no es crecer, sino olvidar tan rápidamente lo simple y hermoso de nuestra niñez y de nuestra juventud.

Juntos debemos hacer que hoy sea el primer día de una nueva era, de nuestra nueva era, en la que el adulto entienda que es únicamente el niño el ser capaz de llevar paz entre los hombres. Una era en la que dejarán de existir creencias como que una sociedad es diferente a otra, o que existen fronteras entre los seres humanos. Las familias y las escuelas serán conscientes, por primera vez, de que son ellas las que inculcan en los niños el sentimiento disgregador, pues al niño poco le importa si su amigo es cristiano o musulmán, europeo o africano.

Hoy, el adulto ha tomado conciencia del daño que hace forzando la mente del niño, influenciándola y condicionándola. El adulto es consciente por primera vez de que ha sido él y nadie más que él quien ha creado un entorno absurdo de división y falsos valores.

Mentimos miserablemente a los niños en las escuelas cuando les pintamos una sociedad con unos valores que los adultos no somos capaces de cumplir. ¿Para qué? ¿Con qué propósito? ¿Por si algún día...? Es mucho más fácil y coherente que quienes tienen cargos de representación social defiendan los valores que sus sistemas educativos inculcan diariamente a los niños que asisten muy ilusionados a sus escuelas. ¿Acaso nos da miedo asumir que esa sociedad tan enferma de la que tanto nos quejamos no es más que el resultado y el reflejo de su sistema educativo?

• EL SISTEMA EDUCATIVO EN TRES PREGUNTAS •

¿Un polluelo rompe el cascarón cuándo está preparado para hacerlo o es el pollo quien le dice cuándo y cómo lo tiene que romper?

¿Un capullo se abre en flor cuando está preparado para hacerlo o hay otra flor que le dice cuándo y cómo debe hacerlo?

¿Un niño aprende cuando está preparado para hacerlo o hay un adulto que le dice cómo y cuándo debe hacerlo?

¿Tuvieron la flor y el polluelo que hacer algo excepcional para lograr tal cosa? No, pues simplemente se respetó su punto de madurez para entrar en acción.

¿Tuvo el niño que hacer algo excepcional para aprender tal cosa? Sí. Lo intentó una y mil veces, pues no era todavía su momento de madurez. Lo acabó haciendo, sí, pero a costa de grandes dificultades y sufrimiento. Hubo también quienes no lo consiguieron, y a estos se les quedó una injusta sensación de por vida de que no eran aptos para el aprendizaje.

SER OBEDIENTE Y SER BONDADOSO NO SIGNIFICAN LO MISMO

«Este niño es bueno, obedece bastante». ¿Cuántas veces escuchamos esta frase cada día? Pero ¿qué es realmente obedecer? Y, sobre todo, ¿por qué obedecemos? Los adultos confundimos constantemente obediencia con bondad, fruto de haber sido educados en una rígida disciplina basada en el miedo. Esto es algo que el adulto debe transformar si quiere convertirse en un verdadero educador, como tantas otras cosas.

Hemos construido una sociedad que valora la quietud de un niño, o que cataloga como un niño bueno al que está quieto y callado, y como niño malo al que habla y se mueve. Hemos adquirido como naturales conductas antinaturales para nuestra especie como, por ejemplo, que un niño esté quieto y callado durante un largo periodo de tiempo, cuanto más mejor, que no moleste mucho. Así somos. Desde muy pequeños nos educan para obedecer sin que haya nadie que nos explique por qué debemos hacerlo. En lugar de explicarnos las reglas del juego, nos las imponen. De ahí nuestra irresponsabilidad de adultos.

El adulto se aprovecha de su estatus de adulto e impone la obediencia al niño justificándose, en muchas ocasiones, con que lo hace por su bien. El niño, dadas las circunstancias, sin comprender nada y ante un adulto al que sí respeta —al que la mayoría de las veces le tiene más miedo que respeto—, obedece lo que este le dice sin entender lo que le pide. El niño obedece, en definitiva, por miedo al adulto. Cuando un niño te obedece o crees que te hace caso cuando le gritas, lo que realmente está haciendo es responder de esa manera porque siente temor, porque te tiene miedo. Sí, a mí también me han explicado muchas veces eso de que «así ha sido de toda la vida», pero ya va siendo hora de que «toda la vida» cambie y seas capaz de ganarte el respeto del niño porque de verdad lo mereces y no porque actúas como un tirano haciendo valer tus miserables conductas adquiridas.

Y así, con el miedo a cuestas, van pasando los años en nuestras vidas. Nos dicen qué hacer y también qué pensar. No entendemos nada, pero lo hacemos, nos

dejamos llevar. Nuestra vida se va devaluando a medida que van pasando los años.

Nadie nos enseña a pensar y menos a sentir. No hay tiempo. La transmisión de conocimientos es mucho más importante para la escuela que la plena autoconstrucción de la persona. De esta manera, el sistema capta un nuevo soldado para sus filas. Un individuo educado en la obediencia, y no en el pensamiento o en el sentir, se convierte en un gran aliado para un sistema creado y dirigido por seres humanos mediocres y mecánicos. Un ser humano educado así cuestionará en muy pocas ocasiones lo que ocurre a su alrededor.

La obediencia organiza bastante bien un sistema. Nos dicen desde cómo tenemos que pensar hasta cómo tenemos que vestir, nos organizan la vida. A quienes manejan esos hilos les importa bien poco el ser humano. La escuela de hoy se ve obligada a tener disciplinados a los niños. La importancia de la memorización de los conocimientos técnicos es mucho más importante que el autoconocimiento de la persona. Y luego nos quejamos de la sociedad que tenemos.

Educar a personas con base en la obediencia creará personas educadas en el miedo, que no comprenderán ni siquiera su propia vida, que nunca se cuestionarán cuál es su verdadera misión en este maravilloso mundo. La educación recibida por todos nosotros, basada en la disciplina y la dependencia, hace que de adultos, cuando nos enfrentamos de verdad con la toma de decisiones que implican cambio, sintamos temor; al final acabamos reproduciendo el mismo modelo del que tanto nos hemos quejado de jóvenes y del que ahora nos autoengañamos predicando a los cuatro vientos que lo hacemos así porque es imposible cambiar la sociedad.

¿CÓMO CUANTIFICAS LA EDUCACIÓN EN VALORES DE TUS HIJOS?

A los adultos se nos llena la boca cuando hablamos de la educación en valores que realizamos en la escuela o en la familia, pero poco nos planteamos que algo no estaremos haciendo tan bien cuando la sociedad continúa sumida en los mismos problemas de siempre. La educación no solo necesita un cambio de metodología. No se trata de cambiar el timbre de la entrada por música celestial o hablar de educación emocional cuando se sigue educando con premios y castigos. La educación necesita una verdadera revolución, una nueva mirada del adulto al niño, una nueva estructura, un verdadero cambio en cuanto al paradigma educativo.

De un tiempo a esta parte, la escuela viene realizando las temidas pruebas de diagnóstico a los alumnos de primaria en las que, supuestamente, el sistema educativo «calibra el nivel de adquisición de competencias» de sus alumnos. Al final de cada trimestre, la misma escuela sigue entregando a sus alumnos un injusto boletín de notas que dirá a los niños si todo el aprendizaje adquirido a lo largo del curso escolar vale un 4, un 7 o un 10.

Ante esta realidad, me pregunto cómo el sistema educativo es capaz de cuantificar, medir o evaluar a las niñas y niños que han dado los «Buenos días» como gesto de cortesía cada vez que han ido al cole; o a los que se han despedido deseándole a sus compañeros y adultos «Que tengan una feliz tarde» o un «Feliz fin de semana»; me pregunto cómo evalúa la escuela a los que han adquirido el gesto cortés de pedir las cosas «por favor» cada vez que han necesitado algo y han dado las «gracias» cada vez que han recibido lo solicitado; cómo se puntúa el respeto a sus compañeros y a los adultos que los acompañan o que, ante un conflicto, hayan utilizado siempre el diálogo para llegar a la mejor solución posible; me surge la duda de qué mecanismos de evaluación tiene la escuela para evaluar que hayan hecho nuevos amigos, hayan cantado, bailado, reído, se hayan enfadado y sorprendido o hayan llorado cuando así lo han sentido; me surge la duda de si el sistema es capaz de calificar a los niños felices, a los que de una manera totalmente espontánea reparten besos y abrazos con

quienes están a su alrededor cada vez que así lo sienten; a los que respetan el material del cole, conscientes de que es un bien que pertenece a todos y que todos tenemos que cuidar; a los que expresan generosidad cada vez que deciden compartir experiencias vividas o traer de casa aquellas cosas que más quieren para compartirlas con sus compañeros; o cómo mide algo tan importante para el individuo como mantener su expresión natural de autenticidad, mostrándose como es realmente y no como otros desearían que fuera.

Si un sistema educativo da más importancia a materias o contenidos técnicos, tales como las asignaturas que conocemos de toda la vida, es un claro ejemplo de que la escuela tiene el mínimo interés en educar en valores y el máximo interés en preparar ciudadanos para formar parte de una cadena de montaje con principios caducos hoy en día.

Hay asignaturas que te preparan para conseguir un trabajo y las hay también que te preparan para la vida. Las asignaturas invisibles, aquellas cuyos resultados no se ven a corto plazo, que forman la personalidad y hacen a un ser humano digno, son una verdadera educación en valores, tan necesaria en la sociedad de nuestros días.

LAS ASIGNATURAS INVISIBLES

Multiplica 4 × 4. Resultado 16, ¿verdad? ¿Me podrías decir cuál es la moneda de la Unión Europea? El euro, ¿correcto? Vale, hasta aquí perfecto. Los seres humanos seguimos empeñados en llamar a esto educación. Estamos confundiendo educación con trasmisión de conocimientos. ¿Son necesarios? Por supuesto. Pero cuando tú vas a la escuela como madre o padre, sobre todo te preguntas qué (contenido) ha aprendido tu hijo hoy. Si un día es capaz de decirte los colores rojo, azul y amarillo o todos los planetas de un tirón por primera vez, saltas de alegría, pues es un conocimiento que tú como adulto puedes cuantificar. Pero te pregunto, ¿podrías decirme cómo cuantificas la educación en valores de tu hijo?

La educación es algo muy diferente a la acumulación de contenidos. Todos parecemos tener las cosas claras cuando afirmamos que lo que de verdad queremos para nuestras hijas e hijos es que sean felices. Esta idea se difumina apenas pasados los primeros años de escolarización de los niños, justo cuando empezamos a ver la realidad del ritmo vertiginoso basado en la competitividad que lleva la escuela actual. Ante esto, pasamos del deseo de «que sean felices» al «¿qué ha aprendido hoy mi hijo?», no vaya a ser que se quede el último, aprenda a leer más tarde que los demás y, con apenas tres años, ya estemos pensando que mi hijo no se va a adaptar al mundo en el que vive porque «no está aprendiendo como debería».

A partir de este momento, el adulto se pone manos a la obra y empieza a hacer de maestro en casa o lleva al niño a clases particulares de inglés y refuerzo educativo, a lo que hay que añadir las actividades extraescolares de música y deporte. Y sí, ahora sí. El adulto ha sido capaz de sumir a su hijo de apenas cinco años en el fantástico y maravilloso mundo de la competitividad entre seres humanos. Desde ya mismo, lo único que tendrá que hacer es luchar un poco para hacerse un hueco en esta sociedad feroz, y el adulto se sentirá orgulloso porque le está dando a su hijo la mejor educación del mundo.

Respira... Sí, respira.

Llamamos excelencia educativa al individuo que memoriza un texto, lo vomita al día siguiente en un papel en blanco y, apenas pasados tres días, no recuerda nada. A esto es a lo que nuestra sociedad llama educación. Lo peor de todo es que hablamos de esta educación, de este sistema, como la vía para solucionar los problemas del mundo. Quizá ahora entiendas mejor por qué, a pesar de que generaciones y generaciones continúan pasando por la escuela, continúan los mismos problemas en el mundo desde hace siglos. No nos educan para vivir, nos educan para ganarnos la vida y este enfoque es el inicio de todos los problemas de la humanidad.

Imagina ahora que la escuela no funcionara así. Que delante de tu hijo no hay una maestra o un maestro «sabelotodo», sino que se encuentra frente a un ser humano humilde, que lo que quiere por encima de todo es que tu hijo sea un ser humano digno, que de verdad se acerque desde pequeño a eso que en realidad tú mismo consideras como buena persona, respetuoso con la gente y el entorno que le rodea. Para ello, este maestro utiliza gran parte de las horas que está con tu hijo a trabajar con él la importancia de ser educado, de dar los «buenos días» cuando llega al cole, de pedir las cosas «por favor» y de dar las «gracias» cuando recibe algo por parte de otro, de respetar a los compañeros y a los adultos que lo acompañan, de respetar el material que tienen en el cole porque es algo de todos y que todos debemos cuidar. Imagina que a la vez que ocurre esto tu hijo aprende. Sí, aprende, pero a su ritmo, y no al ritmo que tú deseas ni al de lo que tu mente condicionada considera aprendizaje.

Hay maestras y maestros que trabajan para que los niños mantengan su expresión natural de autenticidad; que les respetan y les acompañan en lo que son y no en lo que a ti te gustaría que fueran; que son conscientes de la importancia de custodiar la paz interior de la infancia; que ante un conflicto acuden y dialogan, acompañando y solucionando juntos, apostando por el bien común; que observan respetuosamente, porque entienden la importancia que tiene para el niño comprender y disfrutar del vacío, la sencillez y el silencio; que charlan en el patio y hablan sobre la importancia que tienen para nosotros las plantas, el sol, el viento o las abejas, que invitan a los niños a que, ante todo, sean siempre personas dignas. Hay maestras y maestros que pasan completamente del ideal que tú tienes de lo que es un niño o una niña modelo; que acuden a diario a las escuelas con el firme convencimiento de erradicar la competitividad y el éxito académico a costa de lo que sea.

Hay maestras y maestros que dedican gran parte del día a las asignaturas

invisibles, a esas cuyos resultados no se ven a corto plazo, pero que forman la personalidad, hacen seres humanos dignos y son una verdadera educación en valores, tan carentes hoy en día. Respétales y acompáñales, pues trabajan utópicamente en la misión de conseguir que niñas y niños cumplan con su propósito de llevar la paz al mundo en el que vivimos.

TRANSMITIR CONOCIMIENTO NO PUEDE SER EL ÚNICO OBJETIVO DE LA EDUCACIÓN

Hacer que el conocimiento no sea la autoridad primera y única del proceso de enseñanza supone uno de los retos de la educación del presente y del maestro consciente. Pues siendo de esta manera, la figura del maestro es básicamente la de una computadora viviente que sigue fielmente las instrucciones dadas, oscureciendo con esta acción el presente, vivo y real. Una escuela que da muchísima importancia a la transmisión de conocimiento debe ser consciente de que todo ese conocimiento viene siempre del pasado y, mientras la mente cargue con todo ese residuo del pasado, no es posible aprender. El conocimiento es importante, sí, pero también lo es lo que ocurra en el instante presente dentro de la relación entre alumno y docente, y esta parte está muy abandonada en la educación.

La relación que se produce en la escuela entre maestro y alumno es un proceso de aprendizaje continuo, un movimiento dinámico, lleno de vida y que jamás permanece de la misma manera. Es cambiante continuamente, como el fluir de la propia vida. Jamás permanece igual; lo que fue ayer, no lo será hoy. Esta es una lección importante para cualquier persona que quiera dedicarse a la enseñanza. Más aún si tenemos en cuenta que quienes pretendemos sumergirnos en estos aprendizajes hemos sido educados en todo lo contrario, haciéndonos fuertes en la creencia de que es la transmisión de conocimiento lo más importante y el fin último del proceso educativo.

Muy a menudo tengo la sensación de que deberíamos llamar maestro al niño o a la niña y alumno al adulto, porque los adultos hace tiempo que dejamos de aprender, nos instalamos en la tradición y en la reproducción de patrones ya impuestos, pareciendo por momentos que nuestra única misión es la de transmitir una serie de conocimientos sustentados por el pasado, organizados y planificados por nuestra mente condicionada. Por el contrario, la infancia nos muestra la pureza del ser humano, y son ellas y ellos los que tienen ese conocimiento puro que el adulto ha olvidado. Tienen la capacidad de vivir la vida con toda su pureza, sin la discriminación por cosas inventadas por el

hombre, sin esa terrible división destructiva por causa de la religión, el sexo o el país donde hayas nacido que tanto sufrimiento produce. Limitarse a pensar en crear una nueva escuela con nuestra mentalidad y pensamiento actual, los cuales son producto del pasado, no hará posible que esa escuela nueva exista. Una mente anclada y aprisionada en el pasado impide ver y experimentar qué está pasando en el presente.

El ser humano vive del ideal, de anhelar lo que no tiene, y apenas si se da cuenta que lo tiene todo en su interior. Nos han enseñado y educado para vivir de una utopía, de lo que no existe, y eso se ha llevado por delante la verdadera esencia de cada uno de nosotros.

Caminar toda una vida arrastrando el ideal —de escuela, de educación, de familia, etc., que debería ser— es una carga demasiado pesada para un ser que está perfectamente diseñado para vivir y experimentar lo que es. Está en nuestra mano; está en nuestro interior. Lo tenemos tan cerca y es tan accesible que no creemos que pueda ser posible.

Los seres humanos nos pasamos la vida preparándonos para vivir. Vamos a la escuela y allí nos cuentan que nos están preparando para la vida cuando, en realidad, la escuela actual continúa bebiendo de las fuentes de la enseñanza de hace más de dos siglos; tiene la misión de prepararnos para conseguir un trabajo, a la vez que la de convertirnos en ciudadanos dóciles y fieles soldados que nunca cuestionen el sistema establecido, olvidándose por completo de enseñarnos a vivir plenamente.

Tal es la dedicación y el tiempo que le ponemos a prepararnos para la vida, que la vida pasa y entonces nos damos cuenta de que tanta preparación no ha servido para nada, pues la vida —lejos de ser entendida como algo para lo que hay que prepararse— se vive y se siente, instante a instante, sin preparación ninguna.

Y así nos va. Seres humanos sumidos en un profundo sueño que se quejan de la sociedad en la que viven pero que, dada esa «buena» educación recibida para ser buenos soldados, al final se muestran incapaces de modificar las estructuras que consolidan este sistema, aun reconociendo que es un sistema mezquino y miserable.

Resulta muy curioso cuando la vida hoy, muy generosa ella como siempre, nos ofrece muestras y muestras palpables de que este sistema que aún hoy en día

impera y que probablemente fue necesario en un momento dado de nuestra evolución, hoy no tiene ningún sentido y necesita de una verdadera transformación en su estructura.

Creer que cambiando pizarras por ordenadores estamos cambiando la escuela y la educación es un gran error al que no nos podemos acostumbrar ni nos podemos acomodar, pues sabemos que no es así, que no es este el cambio que la escuela necesita. Únicamente una educación centrada en hacer ciudadanos conscientes podrá facilitar este proceso, y para ello se necesitan propuestas educativas encaminadas a favorecer este cambio urgente hoy día.

3

LA INFANCIA: LA ETERNA PERJUDICADA DE UN SISTEMA ANTINATURAL LLAMADO «EDUCACIÓN»

LA LUCHA PERMANENTE ENTRE NIÑOS Y ADULTOS

Hay una parte de la mente del niño que es inaccesible a los adultos (afortunadamente). La naturaleza, tan sabia ella, ha otorgado el privilegio a niñas y niños de mimar y custodiar la etapa humana más pura de la vida, impidiendo que ningún adulto pueda entrar en ella (afortunadamente también). Es un don que la naturaleza les ha dado, imprescindible para la infancia y su desarrollo, pues gracias a ello construyen y hacen florecer su verdadera identidad. Así es como cimentan los pilares de su verdadera personalidad.

Pero los niños son muy inteligentes y conscientes de que sus sinceras respuestas no serán de nuestro interés. Nos encantaría que nos dijeran que están encantados de hacer raíces cuadradas en la escuela o que les apasiona saber cuáles son los ríos más caudalosos del globo terráqueo. Pero la realidad no es así. Este es el problema, que nos encantaría a nosotros los adultos, no a ellos. Nuestra necesidad no es de su interés (afortunadamente).

La infancia es la etapa pagana por excelencia del ser humano. No entiende de razas ni religiones, no saben si su amigo es rico o pobre, europeo o africano, cristiano o musulmán; no entiende por qué los adultos malgastan tanta energía en que aprendan a leer o escribir, en conocer los números o en conocer todos los países del mundo antes que cualquier compañero. Todavía no han sido inoculados por los condicionamientos miserables del adulto. En estas edades, la naturaleza les ha otorgado la misión de jugar, reír, llorar, saltar... Saben vivir plenamente esa vida pagana (afortunadamente). La infancia siempre llevará intrínseco el juego como la manera más apropiada y viva de comportarse en el mundo, como el único tipo de actividad que se desarrolla espontáneamente a partir de su existencia como niño.

Es un problema, el de la lucha permanente con los adultos, que parece estar destinado a la eternidad. Si el mundo es dominado por adultos, será muy difícil que estos puedan acercarse a la infancia al nivel que esta lo necesita. Los miedos, las miserias y los problemas de los adultos no tienen nada que ver con la metamorfosis continua e intensa que vive la infancia. El adulto no ha sido capaz

de ver el potencial transformador que la infancia tiene. Adultos e infancia viven vidas antagónicas. Una escuela de adultos es hoy más necesaria que nunca.

No hablamos su idioma. Los adultos hace tiempo que olvidamos el lenguaje de la infancia; mejor dicho, los condicionamientos a los que somos sometidos desde pequeños y que se enquistan a medida que vamos creciendo podan progresivamente esa mirada limpia y plena que solo la infancia parece tener reservada para el ser humano. Ya nunca entenderemos su mundo infinito, pero a la vez resulta de vital importancia comenzar con este trabajo de acercarnos a la infancia de una manera seria y responsable para así poder conocer sus verdaderas necesidades, desde donde podamos cimentar nuevos pilares educativos.

Afortunadamente, la naturaleza sigue haciendo su trabajo y siempre utilizará una lógica natural que ningún condicionamiento adulto podrá abortar. Lo único que debemos hacer es escucharla y, lo que parece más difícil para los adultos, respetarla.

NO TODOS LOS NIÑOS DE LA MISMA EDAD APRENDEN LO MISMO NI AL MISMO TIEMPO

La educación es y seguirá siendo un quebradero de cabeza para todas las sociedades mientras no seamos capaces de planificar bajo una acción consensuada colectiva, sin atajos. El sistema político basa su pensamiento en resultados cortoplacistas y este es un grave problema, pues prefieren sus intereses al bien común. Planificar a corto plazo nunca podrá tener buenos resultados cuando hablamos de procesos educativos que únicamente tendrán resultados si se proyectan en el tiempo a décadas vista, y nunca a cuatro años o lo que dure una legislatura política. El verdadero compromiso requiere pensar a largo plazo.

La escuela y la universidad necesitan de una gran revolución, edificarse bajo el paraguas de nuevos paradigmas. Las sociedades únicamente cambiarán cuando se esté trabajando detrás en educación de una manera digna y respetuosa con el ser humano, donde no haya cabida para personas que solo quieren defender sus intereses personales.

Urge transmitir a estudiantes, familias y docentes lo importante de ser conscientes de que la escuela de hoy se fundamenta en pilares oxidados y caducos. Que el embrión del sistema educativo que impera a día de hoy, tal y como vimos en capítulos anteriores, nació hace más de doscientos años, cuando la familia y la comunidad fueron sustituidas por el Estado y el mercado. Una escuela, la actual, cimentada bajo principios del viejo paradigma que bebe de la idea de la ilustración de que la humanidad tenía todo el conocimiento condensado en la enciclopedia, así que la función principal de la escuela sería y sigue siendo la de transmitir esos conocimientos. Hoy, en pleno siglo XXI, la realidad es muy distinta. Necesitamos nuevas propuestas educativas.

No podemos seguir defendiendo el absurdo pensamiento de que todos los niños de la misma edad tienen los mismos intereses, saben lo mismo y aprenden al mismo ritmo; que las niñas y niños no tienen nada en la cabeza, y que los docentes les van a transmitir todo lo necesario para ser adultos autónomos. Si

sabemos que no tiene ningún sentido, ¿por qué la escuela continúa planificando bajo esta premisa?

La escuela no puede basar su día a día en dar más importancia a los aspectos burocráticos que a los pedagógicos. El Estado, de una manera muy mezquina, no puede seguir manteniendo el papel de miserable mensajero que dicta qué conocimientos impartir. ¡BASTA YA! Y la figura de los docentes, en un gran porcentaje, no puede basarse en ser estrictos aplicadores a través de los libros de texto de esta transmisión. Actuando de esta manera, podríamos decir que básicamente la escuela pública se considera una delegación administrativa del Estado.

Una oposición al cuerpo de maestros no puede basarse en pruebas donde primen los conocimientos memorizados sobre tus habilidades como persona encargada de custodiar lo más noble de una sociedad, que es su infancia. Entenderás ahora mejor por qué nunca en este proceso de oposiciones no te exigirán que acredites habilidades de trabajo con niños. Lo único que requiere el proceso de ti es que memorices muy bien una serie de temas, que los vomites en un examen y que posteriormente defiendas una programación que nunca has aplicado con niños y que solo convence a un grupo de adultos.

Nunca deberíamos perder el referente de la infancia; nunca deberíamos convertir en respetable lo inaceptable. Debemos ser sensatos y honestos, darnos cuenta de que el mundo en el que vivimos es una extensión de nosotros mismos.

LA PELIGROSA E INJUSTA CONDUCTA DE COMPARAR A LOS NIÑOS

Ten siempre presente que un niño es un ser humano único e irrepetible. No hay más. No existe nadie en el mundo como él o como ella. Todo el tiempo que gastes de tu vida en compararlo con alguien es un tiempo perdido para ti y una conducta peligrosa para su desarrollo.

Los seres humanos vivimos en una continua sensación de asfixia. La educación recibida, basada en la comparación, hace que continuamente tengamos la mente en lugares que no corresponden precisamente con el presente, con el aquí y el ahora. Desde pequeños, la sociedad y la escuela nos han dicho quién o quiénes eran los modelos a seguir, nos han comparado con quien consideraba los mejores, y ello ha engendrado en nosotros miedo; un miedo que nos acompañará el resto de la vida, pues nadie nos dijo en ningún momento que lo realmente importante éramos nosotros mismos.

«Elena es mucho más disciplinada que su hermano Miguel». Frases como esta forman parte de nuestro día a día. Continuamente escuchamos a adultos comparando hermanos entre hermanos, niños con padres, amigos con amigos... y así, un largo etcétera. Hacemos sencillamente lo mismo que han hecho con nosotros, lo cual supone un gran error, más aún cuando esas comparaciones tienen como base el interés del adulto por comparar lo que a él, en ese momento, le interese. Cada niño es un ser humano único e irrepetible y, como tal, no necesita que un adulto esté constantemente diciéndole que otra persona hace cosas que él no hace. El niño es como es y bien será para el adulto que así lo entienda y que lo trate como un ser único, intentando trabajar para que saque de él lo mejor que lleva dentro.

Si la escuela educa de verdad, debería tener adultos que continuamente repitieran al niño: «No imites, no trates de ser como nadie. Sé tú mismo, vamos a comenzar desde ahí».

NO TE ENGAÑES: TU HIJO NO ES MÁS INTELIGENTE POR SACAR UN 10 EN EL EXAMEN

«Mi hija va bien en el colegio, saca ochos y nueves». Así, de esta explícita manera, suele explicar un adulto lo bien que su hija o hijo va en el colegio. Esta misma frase, con variabilidad de resultados, la usamos los adultos para catalogar el aprendizaje escolar. Así lo hacían nuestros abuelos, nuestros padres y, lo peor de todo, así lo continuamos haciendo nosotros.

Los adultos sabemos que no es así, que la comprensión —y menos aún la inteligencia— no se identifica con un número del 0 al 10. Los adultos nos autoengañamos y, peor aún, engañamos a los niños. Pero ahí seguimos, reproduciendo modelos fracasados. Y todo, por no salir de la famosa zona de confort. Haciendo lo mismo de siempre pretendemos obtener resultados diferentes. No hay tiempo para dedicarle a los niños individualmente y acabamos señalándolos con un número, un daño colateral que el niño llevará a sus espaldas el resto de su vida.

Nuestra educación es bulímica, no importa lo aprendido sino lo memorizado. Acumulamos textos a través de la memorización y luego los vomitamos en un papel. Nadie le va a preguntar al niño si ha aprendido de verdad, si lo ha interiorizado, si ha disfrutado aprendiendo o, simplemente, si ha aprendido algo. No, nada de eso importa. Lo único que le vamos a valorar es que su texto escrito se parezca lo máximo posible al texto donde lo leyó y memorizó, nada más. Una actitud simple, vulgar y miserable por parte del adulto. Al que mejor memoriza, el sistema escolar y la sociedad lo cataloga de inteligente; al que necesita comprender o investigar más sobre el contenido, como no hay tiempo, el sistema escolar lo aparta y lo etiqueta de inepto para los estudios, y lo que es peor, inepto para el aprendizaje. Sí, es injusto, una auténtica aberración. Lo peor de todo es que lo sabemos, pero seguimos reproduciendo el modelo a pesar de todo.

El conocimiento es una cosa, y la inteligencia otra muy distinta. Nuestro sistema educativo se basa únicamente en la transmisión de conocimiento. Cantidad y cantidad de conocimiento e información que el alumno «tiene que aprender». Sí,

entrecomillo «tiene que aprender» porque los adultos sabemos que no se aprende realmente, únicamente se memoriza, para así poder pasar un proceso de exámenes que no tienen un fin de aprendizaje real y significativo, sino un objetivo basado en el miedo; si no lo pasas, no eres «inteligente».

Por lo tanto, actuar inteligentemente en la escuela es prácticamente imposible. Al sistema no le interesan personas creativas, inteligentes, con inquietudes, críticas. Al sistema le interesan únicamente personas pasivas que sean capaces de reproducir un sistema vago y pasivo, meros espectadores de un proceso educativo que no educa, sino que adoctrina.

Para que un niño pueda comprender, necesita que respeten sus ritmos de aprendizaje o ver la verdad de las cosas por él mismo; y para todo eso, necesita tiempo. Tiempo para observar, para analizar, para incorporar y para actuar. Necesitamos, por lo tanto, escuelas que despierten la inteligencia y que usen el conocimiento para llevar una vida diaria de excelencia.

• LA NIÑA QUE QUERÍA APRENDER A VOLAR •

Maestro: Buenos días, Gabriela.

Gabriela: Buenos días.

M: ¿Cómo estás?

G: Muy bien... ¡Y muy contenta!

M: Ah, ¿sí? ¿Y por qué estás tan contenta?

G: Porque hoy me he vestido sola.

M: ¡Felicidades, Gabriela!

G: Gracias. ¡Y más cosas!

M: ¡¿Más cosas?! A ver, dime qué más cosas...

G: Pues hoy he dormido otra vez sola en mi cama; y ya me pongo el pijama yo sola; y me lavo los dientes también yo sola; y también me sé bajar las mangas de la camiseta yo sola; y también sé arreglar cosas yo sola.

M: Gabriela, ¡cuántas cosas has hecho tú sola! ¿Y cómo has sido capaz de hacerlas?

G: Porque lo he intentado.

M: Pues te felicitamos por ello. Y te animamos a seguir intentándolo.

G: Gracias. Y ahora cuando salga al patio voy a saltar muy alto y voy a volar también.

M: Así será si tú lo deseas. Salta, Gabriela...Vuela muy alto... No dejes nunca de intentarlo...

NO INSISTAS: TU HIJA NO VA A APRENDER NADA PARA LO QUE TODAVÍA NO ESTÉ PREPARADA

Fíjate qué curioso. Los seres humanos sabemos que un pájaro enjaulado no tiene libertad para volar; o sabemos que una semilla necesita libertad y nuestros mejores cuidados para germinar, reproducirse, y en unos meses poder florecer. Por lo tanto, podríamos llegar a la conclusión de que las diferentes especies que habitamos este planeta necesitamos libertad para poder obtener nuestros mejores frutos. Si consideras que una planta necesita tus mejores cuidados y un proceso de desarrollo acorde a las leyes que dicta la naturaleza y serías incapaz de forzarla, entonces ¿por qué fuerzas a un niño a que aprenda cosas para las que todavía no está preparado?

Resulta curioso observar cómo el ser humano es la especie más condicionada y, a la vez, a la que más se le priva de esa necesaria libertad para poder desarrollarse plenamente. Y más curioso resulta todavía cuando podríamos afirmar que es el propio ser humano, a través de sus miserables intereses, quien priva de la libertad al propio ser humano. La especie a la cual la cadena evolutiva dotó de conciencia frente a los confines de la materia es la misma que priva de libertad y, por lo tanto, de un correcto y natural desarrollo a su propia especie. Dime si conoces algo más antinatural que esto.

Por eso es tan importante que en las escuelas no se condicione al ser humano y se le dé la máxima libertad posible, como un derecho vital para el correcto desarrollo de nuestra especie. Lo contrario, la privación de la libertad, únicamente acarreará problemas y desviaciones de muy difícil solución. Expresar lo que uno piensa y hacer en la vida aquello para lo que uno ha sido llamado debería convertirse en la base de cualquier proyecto educativo, de cualquier disciplina que consideremos como educación.

Las sociedades en las que vivimos están construidas por adultos para solucionar problemas de adultos entre adultos. Apenas el adulto tiene presente a los niños como verdaderos constructores de una nueva sociedad. Hemos aceptado como algo normal un modelo social enfermo que únicamente nos lleva a incrementar

todos los problemas que ya tenemos. Adultos que hemos sido educados en el miedo, en la competencia o en la comparación y que damos por hecho que, simplemente por nuestra condición de adultos, ya tenemos derecho a ser los directores de orquesta de la sociedad en la que vivimos.

La famosa zona de confort hace que sean muy pocos los que, ya adultos, inicien un trabajo personal que les lleve a desaprender muchas de las cosas aprendidas y, de esta manera, poder visualizar y actuar para crear una sociedad de verdad diferente. Los niños de hoy serán los adultos del futuro con aquellas características que los adultos de hoy les mostremos. Así de simple, y así de complejo. Si les enseñamos violencia, serán violentos; si les ayudamos a crecer con base en la competitividad, serán competitivos; si les educamos en el miedo, serán temerosos. Pero si, por el contrario, los niños tienen la suerte de encontrarse por el camino con un adulto que conoce y respeta el desarrollo infantil y actúa según sus verdaderas necesidades, entonces todo cambiará.

Los adultos nos aprovechamos de la inmadurez de los niños. Los niños aceptan muchas de nuestras exigencias únicamente porque todavía no tienen la madurez suficiente para debatirlas o para cuestionarlas; y solo conseguimos reproducir en ellos nuestro destructivo modelo social, marcado por las guerras, el hambre o la corrupción.

Actuando de esta manera, los niños siempre tienen las de perder. Porque los adultos solucionamos entre adultos los problemas de los niños, como si ellos no fueran protagonistas de su propia historia, de su propia vida. Lo único que vamos a conseguir actuando de esa manera son niños desviados, niños que por naturaleza no son conformistas ni fácilmente moldeables y que se ven obligados a desviarse porque —por su propia naturaleza— no pueden aceptar las injustas y antinaturales exigencias de un adulto miserable. Mucho cuidado con esto, pues estaremos destruyendo las potencialidades humanas de un individuo que ha sido elegido entre millones de posibilidades para mejorar el mundo en el que ha sido llamado a vivir.

NO TE ENFADES: LAS CALIFICACIONES DE TUS HIJOS NO REFLEJAN LO APRENDIDO

Dichoso boletín de notas...

Imagina que un día te propusiste un reto. Aprender un nuevo idioma, un curso de cocina o realizar la prueba deportiva de tus sueños. Imagina que has ido aprendiendo y progresando a lo largo del paso de los días, las semanas y los meses. A tu ritmo, has sentido como, desde que comenzaste, avanzabas, que has aprendido mucho y, hoy, tu preparación al respecto es mucho mayor que cuando iniciaste este camino.

Imagina ahora que llega un adulto cualquiera y te dice que todo lo aprendido hasta el día de hoy no sirve para nada. La única justificación que te da es que «no eres apto» pues llegado un día X que él planificó al inicio del curso no has obtenido una valoración X que, según él, es el mínimo exigible para valorar tu aprendizaje. Triste, le dices que sí que has aprendido, que así lo sientes, pues tus conocimientos sobre el tema hoy son mucho mayores que cuando empezaste. Pero él sigue empeñado en que no y, además, te lo hace saber calificando tu aprendizaje y te da un boletín de notas para que todo el mundo vea y sepa que no eres apto, que lo que dice es cierto, por mucho que tú sigas sintiendo que sí que has aprendido.

Imagina ahora que esto mismo se lo hiciéramos a los niños. Que desde bien pequeños fueran creciendo con un mensaje adulto impuesto diciendo que no vale lo que ellos sientan que hayan aprendido porque, lo verdaderamente importante, es lo que el adulto considere bajo su criterio que hayan aprendido. Sí, a esos mismos niños que nos pasamos la vida diciéndoles (y mintiéndoles) el mensaje de que lo importante en la vida es el camino y el proceso y no tanto el resultado; que no importa ganar ni ser el mejor, pues lo realmente importante es participar y la satisfacción personal del proceso; a esos mismos niños que les repetimos y repetimos eso de que «por encima de todo hay que ser buenas personas» y luego nos pasamos toda su vida escolar valorando únicamente los conocimientos y no las competencias de carácter más humano adquiridas a lo largo de su vida.

Imagina, de verdad, intenta imaginar que ese reto o ese aprendizaje que como adulto te está dando una satisfacción personal tremenda fuera constantemente cuestionado o juzgado por una tercera persona que no puede saber ni sentir lo que para ti significa avanzar, aunque solo sea un pequeño paso. Más aún cuando a ese adulto le importa muy poco si estás a un día, una semana o un mes de alcanzar ese dichoso objetivo programado.

Pues esto es lo que ocurre en la escuela desde hace décadas. Niñas y niños en proceso de conseguirlo todo, cuyas ilusiones, autoestima y ganas de aprender son guillotinadas por el simple hecho de no hacerlo en un día X previamente programado por un adulto al que poco le importa tu proceso y mucho tu resultado. De nada vale el proceso; de nada vale lo que tú puedas sentir que has conseguido, pues lo realmente importante es que la administración tenga bien organizada toda la parte burocrática y administrativa de la educación.

Pero no te preocupes. La misma escuela que te dice «tú no eres apto» tiene preparados estupendos programas de educación emocional en sus aulas. Quizás este sea el verdadero problema, el de considerar la educación emocional como una asignatura y no plantearse si intrínsecamente la escuela tiene adquiridas determinadas rutinas desde hace décadas que no son emocionalmente coherentes.

Resulta emocionalmente catastrófico que una niña o un niño, que está en proceso de poder conseguir todo lo que se proponga, tenga que ver subestimada su salud emocional continuamente porque cada vez que llega el final de trimestre siempre obtiene malas notas. Esa niña o niño está en proceso de conseguir todo, lo único que quizás en lugar de llegar hoy lo hará mañana, y no es sano que esté viviendo su proceso educativo con un mensaje continuo y aplastante de «tú no puedes» que le acompañará toda su vida.

RELÁJATE: POR MUCHO QUE INSISTAS TU HIJA NO VA A SER QUIEN TÚ QUIERES QUE SEA

En África, en Asia, en América, en Europa o en Oceanía, nacen seres humanos reglados por patrones biológicos regidos de forma natural, fruto de un proceso continuado de millones de años de evolución. En África, en Asia, en América, en Europa o en Oceanía, es el propio ser humano el que priva a su prójimo de poder desarrollarse según las leyes que la naturaleza ha dictado sobre él. Lo que la naturaleza ha creado, el hombre lo condiciona.

Vivimos en una sociedad dividida del hombre contra el hombre. Curiosamente, es el ser humano el animal que más priva de libertad a su propia especie. Vivimos en una sociedad en la que, desde el minuto cero, el ser humano condiciona al ser humano, dirigiéndolo incluso en cuál debe ser su necesidad espiritual, como si la elección de un dios no fuera lo suficientemente importante para un individuo como que para otra persona tuviera que hacer esa elección. La vida espiritual está llena de emociones y autoconocimiento, y ese proceso es intransferible. Nada ni nadie puede hacerlo mejor que uno mismo.

El paso de la historia ha dejado tras de sí un reguero de divisiones del hombre contra el hombre. Los condicionamientos que nos son implantados desde que nacemos, sin permiso alguno, han hecho que el hombre se considere como un individuo separado de los demás, cuando psicológicamente un ser humano es inseparable de toda de la humanidad y de todo el proceso de la creación. Debemos entender esto. Es necesario realizar un trabajo personal en el que nuestros egos se vayan quedando en el camino, en el que cada día que pase seamos capaces de ir abandonando esa pesada mochila cargada de egos fruto, entre otras cosas, de la educación recibida. Mira a tu hijo, relájate, aprende de él, de sus intereses, acompáñalo en la vida, disfruta de su vida, y disfrutarás de tu vida.

Vivimos en una sociedad que llama educación al simple y vano trasvase de conocimientos de un ser humano a otro, sin que por el camino exista el más mínimo conato de desarrollo personal del individuo al que llamamos alumno, ni

del individuo al que llamamos maestro. Nuestro sistema educativo confunde inteligencia con capacidad intelectual; intelecto con pensamiento, y desarrollo psicológico con un individuo cargado de conocimientos y de condicionamientos. Una educación desequilibrada únicamente puede producir individuos y sociedades desequilibradas.

Seguramente vives en un entorno en el que se considera «niño listo» al que mejores notas saca y «niño tonto» al que peores notas obtiene. Es una actitud antinatural que hemos adoptado como natural. No te engañes. Por mucho que te lo sigas creyendo, sabes que eso no es así. Dime en qué base te sustentas para explicar que ese «niño listo» ha sido capaz de interiorizar y sacar provecho a un conocimiento, si el único instrumento que hemos utilizado para saberlo ha sido un papel en blanco en el que ha vomitado un texto memorizado unas horas antes.

No sabemos ni quiénes somos. Somos seres humanos condicionados actuando bajo guiones preestablecidos sin tener conciencia plena de por qué lo hacemos. La etapa infantil es la más importante para un ser humano y, curiosamente, es la etapa en la que el adulto se apresura por trasvasar todos sus condicionamientos a un niño al que ni siquiera hemos dejado presentarse al nuevo mundo.

¿Es posible vivir en esta sociedad sin ser condicionados? Intelecto sin inteligencia es destructivo. Ir a la escuela con el único objetivo de sacar buenas notas es perder el tiempo, perder tu tiempo; es perder la vida, tu vida. El pensamiento y el conocimiento son importantes en nuestra vida, pero el desarrollo psicológico también. Lo que uno es por dentro acabará generando o una buena sociedad o el deterioro progresivo de la raza humana.

A los adultos nos cuesta mucho dejar que la vida se desarrolle de manera natural. En gran parte, esto es debido a que con nosotros han hecho lo mismo y ahora reproducimos el modelo a sabiendas de que es realmente perjudicial para los niños. Vas a ser mucho más feliz si dejas a tu hijo el tiempo suficiente para que te muestre quién es realmente. Tu hijo no va a ser quien tú quieras que sea, porque tu hijo ya es alguien y es sumamente importante que respetes este regalo que la naturaleza y la vida te han dado.

PARTE 3

CONSTRUYENDO

UN NUEVO

PARADIGMA

EDUCATIVO

4

NIÑAS Y NIÑOS COMO PRINCIPALES PROTAGONISTAS DEL PROCESO EDUCATIVO

¿SABÍAS QUE EL NIÑO ES UN SER VIVO?

Cultivar el sentido común es el principal reto de la educación del presente. La vida está repleta de ejemplos que a diario podrían ayudarnos a entender algo tan sencillo. Podemos verlo en la agricultura, por ejemplo, donde el agricultor cuida y mima a otro ser vivo (la planta) con la intención de que pueda dar sus mejores frutos. El agricultor sabe que frente a él hay una semilla que ya tiene un potencial, que tiene una misión, y que por lo tanto está llamada a desarrollar aquello para lo que la naturaleza le ha dotado. La función del agricultor será la de ofrecerle los mejores cuidados y los mejores nutrientes, así como asegurarse de que no le falten horas de agua o de sol. Tiene tanta lógica que nadie podría cuestionarse si lo está haciendo bien.

Qué curioso resulta observar lo claro que podemos ver la importancia que tiene respetar los ritmos naturales de los seres vivos en todos los seres, menos, precisamente, en el ser humano. Podemos ver cómo históricamente la función del sistema educativo nunca ha sido la de ver en el niño la semilla que lleva dentro como ser vivo que es. El sistema nunca ha sido un agricultor en la escuela y ha preferido convertirse en un ser mecánico reproductor de rutinas o tradiciones, amparándose bajo el ya caduco y obsoleto mensaje de que así ha sido de toda la vida.

La escuela nunca ha creído que el niño fuera un ser vivo cuya semilla hay que cuidar como si de cualquier otro ser vivo se tratara. La escuela, históricamente, ha visto en el niño un ser que solo es interesante para inocular en él aquellas ideas que al sistema le ha interesado. Siendo así, el ser humano ha sufrido desde siempre las consecuencias de que miembros de su propia especie hayan creído que es un ser vacío, sin semilla, sin potencial que desarrollar. Esta es una conducta antinatural, causante de daños irreparables, que va en contra de los ritmos naturales de desarrollo de la vida.

Estamos tan mal acostumbrados a esto último, que apenas si nos cuestionamos si un ser humano es un ser vivo con necesidades que tiene que desarrollar. Seguimos creyendo que la mejora de la educación pasa por implantar en las

aulas las metodologías de última moda o llenar de iPads las escuelas, pero hasta que no seamos capaces de ver cosas tan simples, cualquier intento de modificar el sistema educativo quedará en una mera anécdota.

Hoy en día ya no hay excusas, pues disciplinas como la neurociencia o la psicología del desarrollo nos ofrecen información de cuáles son las necesidades que el niño debe desarrollar. El problema es que no queremos mirarlas, no queremos atenderlas; de hacerlo, tendríamos que asumir algo muy difícil: que el ser humano es la única especie sobre el planeta que ha abortado históricamente por completo los ritmos madurativos naturales de su propia especie.

Educar consiste en fomentar en el niño la autonomía, el aprendizaje y el bienestar, y para ello es imprescindible que conozcamos el desarrollo cerebral del niño y su adecuado funcionamiento ejecutivo. Aunque existen patrones madurativos en los niños que les permiten, por ejemplo, comenzar a andar en torno al año o a hablar alrededor de los dos, cada persona evoluciona de una forma idiosincrática que la convierte en un ser único y diferente a los demás. Aun considerando un patrón evolutivo en la infancia que podríamos considerar como normal, debemos tener siempre en cuenta la individualidad del niño.

Debemos alimentar el alma del niño, y para ello la seguridad y el amor incondicional suponen para la infancia el principal alimento, para que el niño sea capaz de desarrollar todas sus capacidades, haciendo del entorno familiar el lugar apropiado para un buen desarrollo cerebral. Hoy ya sabemos lo importantes que son los primeros años de vida de un ser humano; sumemos sus primeros pasos en la educación infantil, el cual debe ser un lugar acogedor y saludable que permita al niño conocerse, compartir, tener libertad, crear, moverse, descubrir...; en definitiva, aprender de forma tranquila y natural respondiendo a las necesidades evolutivas de desarrollo del cerebro humano, en que las relaciones sociales y el movimiento son prioritarias. En este sentido, el juego se convierte en el principal agente de desarrollo, en especial el juego que se produce de una manera totalmente libre, el que se lleva a cabo en un entorno natural, lo que constituye una verdadera necesidad educativa.

La nueva era que tenemos frente a nosotros requiere de un adulto despierto, consciente y preparado. Estas son algunas de las claves que deberíamos tener en cuenta:

Los adultos debemos y necesitamos entender, por pura naturaleza, que un niño es un niño, por mucha energía que ponga un sistema en moldearlo. Que un niño tiene necesidades que desarrollar como ser humano que es, y que no hacerlo únicamente acarreará problemas de desarrollo. Dejemos al niño ser niño, y, sobre todo, entendamos que son sus manos y sus sentidos los elementos principales que tienen para descubrir el fascinante mundo que les rodea.

Los niños pobres exteriormente son muy ricos interiormente, y dichos niños tienen realmente hambre por aprender y aprovechar al máximo cada oportunidad que se les da. Hoy en día llenamos a los niños con absurdeces materiales intentando que reemplacen algo tan insustituible como el tiempo y el cariño.

El niño necesita un adulto que lo acompañe y lo guíe, no un adulto que le diga en todo momento qué tiene que hacer. El niño necesita hacer, es un trabajo muy personal que nadie puede realizar por él. Es a través de ese trabajo como el niño construye su inteligencia y su personalidad.

El niño necesita un profesional de la enseñanza que no le cargue de prejuicios, que conozca la etapa de desarrollo en la que se encuentra, y que planifique actuaciones atendiendo a dichas etapas. Seguir educando bajo el lema «así se ha hecho durante toda la vida y tampoco estamos tan mal», acaba siendo hoy en día un acto miserable por un adulto miedoso incapaz de creer en el niño como elemento fundamental de transformación social.

El adulto debe detenerse y mirar en su interior, es ahí donde se encuentra el inicio de todos los cambios. Es mucho más fácil encarar los problemas de la vida desde una perspectiva lo más natural posible, y nos hará mucho más productivos en el proceso. Seamos adultos responsables, porque a la naturaleza es muy difícil engañarla y dificultar su desarrollo natural. Para el niño es una necesidad, y no un capricho, que los adultos respetemos sus ritmos naturales de desarrollo, simplemente como ser humano que es.

UN CEREBRO QUE NOS HACE ÚNICOS

Cada cerebro es único e irrepetible. Las diferencias entre una persona y otra se producen en los distintos niveles de la arquitectura del cerebro, un sistema increíblemente complejo. El cerebro humano contiene 100.000 millones de neuronas, de miles de tipos diversos, que en conjunto establecen más de 100 billones de conexiones entre sí. Estas diferencias dan lugar a variaciones en la forma en que pensamos, aprendemos y nos comportamos.

El cerebro es el órgano primario que da identidad a nuestra especie, es allí donde encontramos lo que nos hace únicos, una plataforma de lanzamiento extraordinaria que nos permite, por ejemplo, ser creativos o pensar en términos muy complejos. Aunque todos los cerebros están desarrollados para desempeñar las mismas funciones, su desarrollo dependerá de lo que cada uno perciba, experimente y procese a lo largo de su vida, lo cual supone un auténtico reto y una verdadera oportunidad.

Los humanos somos formidables. Nuestro cerebro es siete veces más grande de lo que debería ser respecto al tamaño de nuestro cuerpo, y tarda un tiempo extraordinariamente largo en desarrollarse. Al igual que cualquier otra parte de nuestro cuerpo, se forma de manera progresiva durante el desarrollo embrionario y las etapas fetales. Tiene tiempo para hacerlo, pues dispone de nueve meses donde se va formando poco a poco y, aun así, llegado el nacimiento todavía no está formado del todo. Los humanos somos la especie animal cuyas crías nacen de manera más inmadura. Este hecho, que en un primer momento podría parecer un inconveniente, acaba convirtiéndose en todo lo contrario, pues supone una auténtica oportunidad para los miembros de nuestra especie; de ahí que podamos llegar a la conclusión de la gran importancia y responsabilidad que este hecho tiene para madres y padres, educadores y sociedad en general.

Lo que ocurre en los primeros años de vida de un ser humano es realmente extraordinario, de ahí que se considere a esta etapa como la más importante de toda nuestra vida. El cerebro de un bebé, al nacer, pesa aproximadamente 350 gramos; alrededor del primer año de vida sobre los 700 gramos, y ya sobre los

dos años unos 900 gramos. El tamaño casi final de nuestro cerebro sería sobre los cuatro años de edad, aproximadamente. Con estos datos, podemos observar cómo, tras el nacimiento, el cerebro continúa creciendo, en desarrollo y en proceso de maduración, lo cual es una oportunidad extraordinaria y única en la que debemos ser muy conscientes de la repercusión que nuestras acciones tendrán en este desarrollo.

Hoy, y gracias a disciplinas como la neurociencia, podemos conocer la importancia que tienen etapas clave en la vida de un ser humano como son la infancia o la adolescencia, en las que el cerebro experimenta cambios importantes mucho más relacionados con el establecimiento de conexiones entre neuronas ya existentes que con el incremento del número de estas células. Esto nos lleva a tomar conciencia de la responsabilidad que tienen nuestras acciones durante los primeros años de vida, pues la educación que hayamos ofrecido a nuestros hijos —junto con el ambiente familiar, social y educativo en el que se desarrollen— serán fundamentales para que las semillas que plantamos en la infancia den buenos frutos en la adolescencia.

Nuestro cerebro tiene una importancia extraordinaria. De hecho, es nuestro órgano más importante, el que nos permite adaptar nuestro comportamiento al ambiente en que vivimos, para poder sobrevivir. Esta adaptación la hacemos a lo largo de toda nuestra vida, pero si hay un momento en que esta adaptabilidad al nuevo ambiente debe darse con las mejores garantías y en las mejores condiciones, es durante la primera infancia. Para que esto ocurra, los adultos debemos dar alas y no cortarlas, es decir, debemos permitir y crear espacios donde los niños puedan desarrollarse, donde puedan volar por sí mismos, pues en un determinado momento de su vida tendrán que valérselas por sí solos.

Y los primeros años de la vida del niño son vitales para que esto ocurra, pues es en esta etapa cuando niñas y niños absorben por completo el ambiente en el que viven y adaptan su comportamiento a dicho ambiente. En otras palabras, podríamos decir que su supervivencia dependerá de la capacidad que tengan de aprender a interpretar las señales específicas del ambiente en el que viven y ajustar las respuestas mentales a esas señales.

Por otro lado, hay una característica de nuestro cerebro que deberíamos tener muy en cuenta, dada su especial relevancia. Hablamos de lo fácil que le resulta a nuestro cerebro aprender, y lo difícil que le resulta desaprender. Es decir, que aquellos aprendizajes que los niños vayan teniendo a lo largo de su infancia,

aquello que vayan absorbiendo del ambiente de una manera totalmente indiscriminada, serán los que se queden grabados como aprendizaje. Cuando decimos todos, hablamos de todos, los buenos y los malos. Y aquí es donde vuelve a tener una importancia significativa la educación que demos a nuestros hijos durante los primeros años, los adultos con los que se relacione, así como las experiencias sociales que tengan en estos momentos de su vida.

RESPETAR LA DIGNIDAD DEL SER HUMANO POR ENCIMA DE TODAS LAS COSAS

Respetar la dignidad del ser humano por encima de todas las cosas debería ser el principal objetivo de cualquier proceso educativo. Así de claro, sin rodeos. Algo tan sencillo, a la vez que tan complejo. Crecer con dignidad, por supuesto que sí, pero también crecer en dignidad, y es aquí donde seguramente tengamos que echar mano de la historia para que nos aclare un poco más por qué, en plena era del conocimiento en la que los seres humanos planeamos viajes interestelares, algo supuestamente tan simple como respetar la dignidad de los seres humanos, aún hoy espera ser atendida.

Históricamente, se ha considerado a niñas y niños como incompatibles con el concepto de dignidad, porque la dignidad forma parte de la naturaleza humana en la que participa la autonomía y la razón. Por lo tanto, quienes no tienen autonomía y no pueden tomar decisiones, no son considerados con dignidad. Es por ello que, desde este ángulo, el concepto de dignidad no se aplica al niño, y no podrían tenerla. En distintas culturas —la griega, la romana, la antigua palestina, la india, la china, la japonesa, o incluso entre mayas y aztecas— niñas y niños se han convertido en objetos para satisfacer los deseos del padre: ofrecer un culto a los dioses, fortalecer las murallas al colocarlo en los cimientos o en los muros, ejercer el control prenatal con las niñas al arrojarlas a los animales salvajes, venderlas como esclavas o para la prostitución... Esas han sido las monedas de cambio que se han ejercido históricamente sobre la infancia.

Aquí se aprecia claramente cómo el niño ha sido conceptualizado tradicionalmente como un objeto, cuya propiedad ha sido exclusivamente del padre, quien ha podido disponer de él según sus deseos o necesidades. Por tanto, ambos términos, niño e infancia hacen referencia a aquel que está subordinado al poder del adulto, sin criterio, no hablante, sin razón y con poca reflexión, sin posibilidad de expresión pública. La historia quizás nos diga que aún hoy en día, y por mucho que nos cueste reconocerlo, la dignidad del ser humano desde pequeños está esperando ser atendida, especialmente en la cultura occidental, en la que se sigue considerando al niño como propiedad del adulto.

Y es en este punto donde podemos tomar referencias históricas que nos ayudarán a situarnos y, sobre todo, a entender mejor por qué las sociedades de hoy continúan realizando prácticas educativas que van en contra de las verdaderas necesidades del desarrollo de niñas y niños como seres vivos, como seres humanos únicos e irrepetibles que son. Este concepto cultural tradicional nos sitúa en un punto donde niñas y niños parecen no existir, no tienen espacio en la historia, no tienen dignidad; cuya presencia se limita casi en exclusiva a ser un objeto, cosa o propiedad del adulto, que es quien los controla, decide por ellos y regula totalmente su vida. Son las prácticas de poder absoluto del adulto sobre niñas y niños que históricamente continúan hasta hoy.

Niñas y niños, hoy día, esperan ser atendidos. Podríamos decir que históricamente todavía no han existido, así que estas formas de vida que, curiosamente, esconden la vida plena y pura del ser humano, esperan ser conceptualizadas como pertenecientes al género humano, anhelando que el adulto les dé la posibilidad de desarrollar el potencial transformador que llevan dentro. La pregunta aquí sería: ¿Por qué no lo hacemos? ¿Acaso tenemos miedo los adultos de que los niños nos muestren la vida que nosotros todavía no hemos aprendido a vivir y dejen al descubierto que somos verdaderos esclavos?

Parece increíble, pero estamos hablando de que hoy urge humanizar al ser humano. Hemos visto que históricamente hemos considerado al niño o a la niña como un mero instrumento del adulto, deshumanizando por completo su verdadero ser. Pero el verdadero potencial de nuestra especie radica en hacer seres valiosos de sí mismos, potenciando y desarrollando todas sus capacidades, dignificando así su misión humana. El valor del ser humano radica en nosotros mismos, es un valor absoluto que no podemos perder, que se afianza desde la niñez.

Hay que recuperar la palabra dignidad y darle la oportunidad y el verdadero sentido que para los humanos tiene. Más que recuperar la palabra, hay que recuperar su sentir o, en su defecto —si tal y como hemos visto aún a día de hoy no se le ha ofrecido dignidad al ser humano desde la infancia—, deberíamos tomar conciencia de la importancia que esta tiene para todas y todos nosotros, y comenzar así un camino donde la dignidad se convierta en la estrella guía para los seres humanos. La dignidad es un valor inherente y propio de todo ser humano aún por descubrir.

Hoy, frente a nosotros, hay una invitación que debe ser atendida. La

transformación de la cultura pasa por educar a niños y niñas, a las familias, a toda persona y todo profesional, en estos temas. Debemos educar sobre dignidad y en dignidad, por el simple hecho de que hablamos de un ser humano. Esto implica construir un nuevo paradigma cultural desde la familia —con relaciones horizontales, participativas, afectivas, dialógicas— en las que el poder se ejerza para potenciar a todos los miembros que la componen, de forma que permita desarrollarse a cada uno de los miembros de la familia. Esa transformación de la familia implica acceder a la diferencia, reconocer a cada miembro de la familia como persona en las distintas edades evolutivas, cada una merecedora de dignidad y respeto.

Nos encontramos ante la oportunidad de poder transformar por completo la cultura en la que vivimos, y esto implica constituir una cultura donde el adulto imagine al niño en la práctica cotidiana como protagonista y como actor social; que reflexione sobre lo que significa la dignidad en lo cotidiano, la práctica de la dignidad con niños y niñas, los valores que conlleva la dignidad: libertad, respeto, participación, calidad de vida. El respeto de la dignidad hacia el niño posibilita para todo ser humano, independientemente de su edad, su desarrollo humano y ético.

Cambiar el foco y que este apunte al niño, de tal manera que lo podamos ver. Escucharle, creer lo que expresa, hacerle partícipe de las decisiones que le incumben, brindarle un trato respetuoso y digno, es enseñarle su dignidad, el valor que él mismo posee, respetarle como persona. La dignidad se aprende, se transmite, se enseña a través del trato que ofrece el adulto al niño. La experiencia del niño de ser escuchado y comprendido, de ser tenido en cuenta, le hace experimentar que es digno, valorado, respetado.

Reconocer la dignidad de niñas y niños es incluirlos dentro de la historia, dentro del género humano, recobrar su papel histórico, considerarlo parte de la familia humana y propiciar su humanidad.

EL GRAN RETO DE CONOCER AL NIÑO DESDE UNA SOCIEDAD LÍQUIDA Y FRAGMENTADA

El sociólogo Zygmunt Bauman define con su concepto de «sociedad líquida» al estado fluido y volátil de la actual sociedad, sin valores demasiado sólidos, en la que la incertidumbre por la vertiginosa rapidez de los cambios ha debilitado los vínculos humanos. Lo que antes eran nexos potentes se han convertido ahora en lazos provisionales y frágiles. Por lo tanto, seguir al niño, un ser en pura ebullición que únicamente sabe vivir en el presente, se convierte en un auténtico reto.

Como en otros ámbitos de nuestra vida, los seres humanos nos hemos acostumbrado en demasía a la volatilidad de las cosas, a su uso y desecho en muy poco tiempo. Tal confusión nos está llevando, en la mayoría de las ocasiones, a identificar progreso con atajo. La educación, como componente y elemento social, no se escapa de esta idea conceptual.

Hoy en día, una gran mayoría de seres humanos nos encontramos desbordados de información. Disponemos de más información que nunca, a la vez que estamos más desinformados que nunca. Esto supone un verdadero quebradero de cabeza para quienes ven en el niño el fiel reflejo de un potencial puro cuya energía no puede ser tumbada al poco de nacer debido a los condicionamientos culturales.

Este síndrome de la impaciencia nos puede llevar por dos posibles vías: una, entender que niñas y niños continúan siendo sujetos pasivos del proceso de enseñanza-aprendizaje; y dos, entender que cuando hablamos de educación, estamos hablando de mirar la semilla que los seres humanos llevamos dentro, y que para eso necesitamos saber quiénes somos, de dónde venimos, y cuál es nuestro papel en este mundo. Necesitamos entender el ser humano no como un «producto social» con una misión a desempeñar acorde a unos principios mercantiles, sino más bien como una especie con unas necesidades y características que debe desarrollar como la continuación de una cadena evolutiva de millones de años.

En el mundo instantáneo en el que vivimos, apostar por una educación centrada en el niño es entendida como una desventaja para un sistema educativo sustentado por la industrialización y el consumo. De tal manera que, como todo en esta vida, la elección final de girar hacia una u otra dirección —hacia una educación basada en esos principios sistémicos, o una educación basada en unos principios humanos— es y será siempre (por muchas falsas tesituras que queramos hacer) decisión personal de cada uno de nosotros.

Hay un compromiso que debería ser firmado conscientemente y bajo la autorresponsabilidad de cada persona que quiera dedicarse a la docencia antes de dar el primer paso de cruzar una escuela, y es algo tan simple como preguntarse a sí mismo si durante el desempeño de su tarea educativa será fiel al sistema y sus intereses o se compromete con el niño y sus necesidades de desarrollo. Algo tan sencillo como esto cambiaría el rumbo de la educación, de la sociedad y, lo que es más importante, de la vida de los seres humanos.

No esperes obligaciones por parte de nadie para adquirir este compromiso; no esperes que el Estado te obligue a hacerlo, pues no lo hará. Este sistema educativo que impera aún hoy en día está programado y estructurado por el Estado para que los docentes asumamos un rol pasivo como agentes educativos, donde nos limitemos a cumplir sus reglas y a ser fieles cumplidores de sus normas. Sí, es algo que duele, que cuesta asumir, pero es la realidad.

Por eso el tan ansiado cambio educativo no pasa por la incorporación de nuevas metodologías, sino que pasa por que cada uno de nosotros comencemos a ser responsables, a conocer cuál es nuestro verdadero papel, a asumir la responsabilidad que significa ser docente y, partiendo desde el reconocimiento de nuestra ignorancia, podamos iniciar un nuevo camino.

Así pues, podemos decir que centrar el proceso educativo en el niño y en sus necesidades de desarrollo no va acorde con la teoría de lo que algunos interesados nos están haciendo creer que son las necesidades de hoy en día; esa alegría por deshacerse de las cosas, de consumirlas rápidamente y aún con más urgencia tirarlas al cubo de basura. Interiorizar y profundizar en el arte de vivir, de entender la vida, no es compatible con la idea consumista; no ya por la acumulación de cosas, sino por el breve goce de esas cosas.

UN SER ESPIRITUAL

Espiritualidad y religión no significan lo mismo. Una persona puede ser muy espiritual y no profesar ninguna religión. La espiritualidad es una tendencia innata en el ser humano, mientras que la religión es una de las diferentes maneras que un ser humano tiene de expresar su espiritualidad. Este es uno de los aspectos que los docentes actuales deberían comenzar a tener muy en cuenta, dada la especial relevancia que el trabajo de la tendencia espiritual tiene para niñas y niños, más aún si desempeñan su labor profesional en estados que se declaran laicos o aconfesionales.

Desde hace siglos, apenas si nos hemos planteado el porqué de todo esto, y detrás se esconden intereses miserables de una parte de la sociedad adulta de adoctrinar a niñas y niños en aquellas religiones que a aquellos les interesa. Ha llegado el momento de abrir los ojos en este sentido. Tendrás una gran parte de la sociedad en tu contra; recibirás un gran número de críticas, es normal, pues estás saliendo del rebaño; pero debe quedarte muy claro que lo estás haciendo por trabajar de verdad en proteger la dignidad de niñas y niños, y esto es lo más grande que podemos hacer como adultos.

No pretendo atacar las creencias. Bastantes conflictos achacan el mundo como para crear uno más. Pero sí me llama mucho la atención lo poco o nada que cuestionamos e investigamos las creencias que cada uno de nosotros tenemos. El proceso educativo, que supuestamente pretende sacar o extraer el potencial que el ser humano lleva dentro, está repleto de creencias y normas que el niño tiene que repetir e interiorizar como si fueran suyas, cuando en realidad no dejan de ser patrones y aprendizajes impuestos desde fuera, que poco o nada tienen que ver con los verdaderos intereses y necesidades de desarrollo del niño.

Que las creencias separan al hombre, lo confunden o le hacen entrar en conflicto, es un hecho más que evidente; que las creencias están en lucha las unas con las otras, crean intolerancia y dividen a miembros de una misma especie, es algo muy evidente también. Y aún con todo esto, las seguimos aceptando sin cuestionar ni investigar absolutamente nada. Por todo ello, la escuela debería ser

un lugar donde la única creencia imperante fuese la de respetar la dignidad de cada ser humano, dándole la oportunidad, en un primer momento, de conocerse a sí mismo, de saber quién es para que, partiendo de ahí, pueda caminar por los senderos por los que su corazón le guíe.

Hoy, en pleno siglo XXI, hay quienes nunca se han parado a pensar que profesan una determinada religión simplemente por el lugar en el que han nacido. Nuestra especie no se da cuenta de que es domesticada nada más nacer y que, en la escuela, desde muy pequeños, en lugar de investigar cuáles son las necesidades espirituales del ser humano y cómo satisfacerlas, somos los adultos quienes eligen (previo miserable acuerdo de intereses a ambas partes) qué camino espiritual debemos seguir, implantándonos la religión desde muy temprana edad. Diferenciar entre espiritualidad y religión debe ser uno de los retos de la educación del presente, pues, a la hora de educar, deberíamos hacerlo con la idea de crear a un ser humano pleno, íntegro, holístico, capaz de visualizar un mundo y un ser humano globales, sin divisiones.

Hace un tiempo pregunté a una compañera con muchos años de experiencia en una escuela Montessori sobre cómo trataban la espiritualidad y la religión en su escuela. Me sorprendió su respuesta. Comenzó diciéndome que ella era cristiana practicante, pero que sus creencias, tanto las religiosas como las de cualquier otro tipo, nunca deberían transferirse a las niñas y los niños con los que trabajaba, y que consideraba que, por una construcción plena del ser humano, debería ser cada individuo el que —tras mostrarle una amplia y variada riqueza espiritual— tomara la decisión final; que esta decisión debería ser muy respetada, pudiendo de esta manera decidir a qué dios seguir o, quizás, no seguir a ninguno. Le comenté que nunca antes había escuchado una opinión tan digna y respetuosa. Continuó diciéndome que la forma con la que ella trata la espiritualidad y la religión era aprovechando la diversidad cultural existente hoy en día en las escuelas. Partiendo de ahí, invitaba a las familias cuando se celebraba la festividad más significativa de cada una de las religiones a que pudieran asistir a la escuela y hablar del porqué de la religión que profesan, preparando y compartiendo los platos típicos gastronómicos cocinados para la ocasión. Aquellas familias cuyo camino espiritual no era el de profesar ninguna de las religiones existentes, también eran invitadas y bienvenidas a compartir su camino espiritual. En una actividad tan simple, pude sentir equidad y mucho respeto, porque, claro, me hablaba de una necesidad, no de un adoctrinamiento, esta es la gran diferencia.

Como educadores, deberíamos transmitir el mensaje en la escuela (luego en casa, por supuesto, que cada familia eduque en el camino espiritual o religioso que considere, faltaría más) de que, afortunadamente, en el mundo hay personas que tienen necesidades espirituales muy diversas, y que, por encima de todas, tenemos la obligación de respetarlas si nosotros también queremos ser respetados. Siento que es el mensaje más digno y honesto que como educador puedo transmitir a mis alumnos al respecto y en la escuela.

Si queremos una sociedad diferente, eduquemos diferente; si queremos seres humanos que respeten la diversidad de la vida, eduquémoslos desde pequeños para que entiendan la importancia de respetar las decisiones espirituales o de cualquier otra índole de cada uno de los habitantes de este planeta, siempre y cuando estas no perjudiquen la integridad moral y física del resto de la sociedad. Niñas y niños tienen el derecho de nutrirse espiritualmente para hallar el sentido a su vida, a cuestionarse por qué están aquí y a preguntarse por qué el mundo es como es. La necesidad del ser humano de conectarse con el universo únicamente puede ser satisfecha cuando sienten esa conexión con el todo, con la unidad de la que formamos parte.

Niñas y niños son seres espirituales por pura naturaleza. Cuando seamos capaces de ver algo tan simple, nos daremos cuenta de que una de nuestras misiones más importantes será trabajar la espiritualidad con ellos, acompañándolos (que no adoctrinándolos) en este camino. Nuestra verdadera misión será protegerla para que nadie la pisotee y nutrirla para que continúe su camino, desarrollándose de una manera totalmente natural.

-

• AL SER HUMANO ETERNO •

Los elementos que nos crean fueron creados de una estrella. Hoy, la existencia se siente muy agradecida y afortunada de tenerte con nosotros. Eres el fiel reflejo de una existencia amorosa, y tu llegada a este mundo es algo realmente admirable.

Has venido a mostrarnos que somos pura energía, por mucho que intenten hacernos creer lo contrario; has venido a enseñarnos que nuestra verdadera misión como polvo de estrellas que somos es ofrecer nuestros mejores destellos. Tú eres fiel reflejo de ello.

Tienes una misión muy bonita: dar luz en tu experiencia de vida, nunca lo olvides. Nunca dejes de brillar, y si alguna vez sientes que no puedes hacerlo, no te lo creas, pues eso es imposible para alguien que es luz en esencia.

Recuerda siempre que has venido a iluminar, incluso cuando la oscuridad te aceche, pues es en ese preciso instante cuando todo se pone oscuro, cuando más brillan las estrellas.

Te ama: La eternidad.

A ALAIA

EL JUEGO ES EL TRABAJO SERIO DE LA INFANCIA

Desde muy pequeños a los niños se les extirpa una de las características más importantes que los definen: el juego. La escuela, más inclinada a contentar los intereses del sistema productivo que los intereses y las necesidades del ser humano, decide eliminar el juego como componente principal del aprendizaje porque, sencillamente, «hay que empezar a ocupar el tiempo con trabajos serios». Espacios pedagógicos como el suelo desaparecen demasiado pronto del aprendizaje, y la inmovilidad y el estar sentados «quietecitos y calladitos» se acaban imponiendo sin sentido alguno a lo que verdaderamente son las necesidades de desarrollo de la infancia.

La escuela sigue sin entender que el juego es la manera más apropiada y viva de comportarse del niño en el mundo, así como el único tipo de actividad que se desarrolla espontáneamente a partir de su existencia como niño. La actividad más característica del niño es el juego, y forzar al niño a una actividad de pasividad le obliga a renunciar a su propia actividad vital y esencial expresada en el juego.

Para descubrir quién es realmente el niño, lo primero que tenemos que hacer es dejarle ser, de tal manera que pueda comenzar su viaje totalmente despojado de todo condicionamiento adulto. Las matemáticas, las letras, la religión, los idiomas, el tenis, el fútbol, las clases de música, etc., son muy importantes para el adulto, a la vez que muy estresantes e incomprensibles para el niño. La infancia sería feliz únicamente con dejarles jugar libremente en la calle, en el parque, con sus iguales, pues el juego libre contiene las matemáticas, las letras, la espiritualidad, los idiomas, el tenis, el fútbol, las clases de música, etc., pero en el idioma que habla la infancia.

Para que el niño se convierta en el creador que está llamado a ser, de poco sirve que lo carguemos con el peso de la mochila que arrastramos los adultos; de poca utilidad será ensombrecer su verdadero ser con nuestras necesidades no cubiertas. Dejémosles ser, es tremendamente fácil y sencillo. Solo así se convertirán en auténticos buscadores de la verdad, en seres plenos llamados a

transformar por completo la sociedad y el mundo en el que viven.

El juego es algo innato que la especie humana lleva consigo desde sus orígenes, a través del cual se relaciona con el entorno en el que vive. Visto desde un punto de vista antropológico, el juego constituye la principal forma instintiva de aprendizaje en niñas y niños. Dada su complejidad, el juego se considera una actividad prácticamente exclusiva de los mamíferos (casi un 80% de ellos juega), cuyo sistema nervioso se encuentra mucho más desarrollado que el de otros organismos superiores. Aunque menos frecuente, también aparece en algunas aves y no se descarta su existencia en otros grupos, como los reptiles, los anfibios o los peces, en los que se han observado comportamientos rudimentarios que recuerdan a juegos (sobre todo en cautividad).

El juego es, por lo tanto, una de las características que los humanos tenemos como mamíferos que somos, que nos permite relacionarnos con miembros de nuestra propia especie y conocer el entorno en el que vivimos. Jugar es un hecho típicamente humano. Pero ¿qué tiene el juego que resulte tan importante para nosotros? La respuesta es sencilla. De una manera muy clara, la creatividad que desarrollamos mientras jugamos. Por lo general, un animal que juega trata de manipular los objetos con los que juega o de realizar nuevas combinaciones de movimientos dentro de un entorno controlado, es decir, su resultado no tiene por objetivo mejorar su supervivencia directamente, sino conocer sus límites y ver qué es capaz de hacer. Por lo tanto, lo que diferencia muchas veces el juego de un comportamiento o conducta propios de un organismo es, esencialmente, el contexto y la existencia de límites y/o normas. Hoy, podemos ver por ejemplo la importancia que el juego tiene para nuestro cerebro, ya que a través de este somos capaces de desarrollar la curiosidad, buscando nuevos retos y situaciones que nos motiven a seguir aprendiendo, promoviendo en todo momento la flexibilidad en los procesos mentales. El juego nos permite adentrarnos en un mundo donde indagaremos e investigaremos diversas maneras de alcanzar un mismo resultado, y buscaremos maneras más creativas de mejorar y reorganizar una situación concreta.

Es mediante el juego como descubrimos, por ejemplo, que durante los primeros meses de vida existe una oportunidad excepcional de establecer vínculos emocionales entre la madre y sus crías, lo cual resulta esencial para el desarrollo emocional de estas. Es a través de los juegos que implican movimiento (como saltar o correr) como descubrimos los límites de nuestro propio cuerpo, así como del mundo que nos rodea. Jugar con elementos u objetos resulta muy beneficioso

en tanto dicha manipulación favorece y enriquece la conexión entre los circuitos cerebrales. La manipulación y uso de objetos en el juego está muy correlacionada con la capacidad que adquieren posteriormente los adultos para solucionar problemas de forma eficaz. Los juegos sociales nos ayudan a desarrollar la capacidad de relacionarnos de una manera sana y correcta con otros organismos (interacción) mediante el establecimiento de normas y límites. Jugar también desarrolla nuestra capacidad de imaginación, ya sea a través de una historia que nos inventamos o un dibujo o una escultura, constituyendo estas últimas las expresiones más complejas del juego que existen, cuya máxima expresión se da en los seres humanos.

Como podemos observar, el proceso de aprendizaje debe ser vivido como un juego. De ahí la importancia que tiene que los profesionales de la educación, al igual que las familias, devuelvan al juego la importancia que tiene durante la infancia como motor de aprendizaje.

Como hemos visto, jugar nos ayuda a expresar nuestras emociones, estimula el desarrollo físico, cognitivo y socioemocional, genera autoconfianza, es placentero y estimula la curiosidad y la creatividad. Jugando aprendemos, nos relajamos y nos divertimos. Jugar nos ayuda a estar más sanos, a conocernos a nosotros mismos y a mantener relaciones sanas con los que nos rodean y con nuestro entorno. Evolutivamente, se considera una actividad esencial para el desarrollo de muchos organismos. Después de esto, ¿necesitas más motivos para empezar a jugar?

DEJEMOS A LOS NIÑOS ABURRIRSE

Necesitamos ver y sentir la escuela que tenemos frente a nosotros. Si observamos a nuestro alrededor, a cualquiera de los seres vivos que conviven junto a los seres humanos, podremos observar como todos experimentan su vida desde lo que ocurre en el instante presente. Será muy difícil que puedas ver a un árbol quejarse del viento que hace hoy, o a un pájaro decirle a otro que se esté quietecito hoy y que no vuele, que tanto movimiento no es bueno para su salud. Curioso, digo, porque quien observa, el ser humano, es la única especie que no experimenta su vida desde lo que ocurre, sino desde lo que piensa que está ocurriendo.

A las escuelas de todo el mundo acuden a diario seres vivos en forma de seres humanos que necesitan —al igual que ocurre con los demás seres vivos— observar, experimentar y sentir su vida. Qué curioso resulta cuando es su propia especie, en forma de ser humano adulto, quien bloquea o aborta cualquier conato de experimentación posible. Sencillamente, con esta actitud, «les estamos jodiendo seriamente la vida» a las niñas y los niños del mundo.

Porque los adultos no vemos ni sentimos lo que ocurre, sino que nos limitamos a reproducir un sistema de pensamiento viejo y caduco, que poco o nada tiene que aportarnos en el momento presente. Y así es como vemos y vamos diariamente a la escuela, creyendo que estamos atendiendo las necesidades de los seres vivos que tenemos delante, cuando lo que hacemos en realidad es intentar implantar en ellos una serie de conocimientos y necesidades que distan muchísimo de las verdaderas necesidades que niñas y niños pueden tener en ese momento. Y lo hacemos porque no hemos aprendido todavía a mirar y a sentir lo que tenemos ante nosotros. No tenemos tiempo para vivir y por momentos nos da la sensación que nos da miedo vivir.

Hoy ya sabemos que tener tiempo es uno de los elementos que favorecen el pensamiento creativo. Tiempo para dejar que nuestro cerebro pueda indagar en ese lugar tan profundo e íntimo que cada uno de los seres humanos tenemos y que representa nuestra verdadera esencia; tiempo para relajarse y distraerse, pues

cuando tenemos tiempo para ello, cuando conectamos con nuestro verdadero ser, tenemos más libertad para encontrar soluciones donde antes no las habíamos visto.

La sociedad actual le tiene auténtico miedo al silencio, a la quietud o a la observación, y considera que niñas y niños no están haciendo nada cuando observan o, simplemente, se distraen. Un auténtico error, porque es ahí, es en esos momentos de supuesta dispersión donde radica el inicio de cualquier proceso creativo. Creatividad que nuestra especie lleva consigo de manera totalmente natural y que podríamos definir como esa capacidad que tenemos para transgredir lo establecido, para romper límites intelectuales, observando el entorno de manera crítica y analítica y realizando conexiones entre elementos de nuestro ambiente que de manera natural no están vinculados. La creatividad no es algo que los seres humanos debamos aprender, pues como decimos es una capacidad intrínseca a nuestra especie, nacemos con ella; el momento de hacerla florecer es cuando somos pequeños, cuando más creativos somos. De ahí la importancia que tiene de nuevo el juego como elemento principal para este desarrollo creativo. Pero no un juego cualquiera, sino un juego libre, que no esté guiado por el adulto, que no esté dirigido.

Por todo ello, enseñar a observar, a relajarse y aburrirse debería ser considerado una parte fundamental en cualquier proceso de aprendizaje. Nuestra sociedad está poco acostumbrada a la quietud, a la observación o, sencillamente, al aburrimiento. Hoy, la escuela, hija de ese sistema sin sentido, parece no entender todavía que estamos en otra dimensión, que tener al niño ocupado el 100% de su tiempo con su ritmo frenético de actividades tiene poco o nada de sentido común.

Tenemos que rescatar el aburrimiento en la infancia del baúl de los recuerdos. ¿Quién no ha escuchado a sus padres o abuelos hablar de cómo se divertían cuando eran niños, donde los juguetes brillaban por su ausencia, por pura prioridad de necesidades? No tuvieron otra alternativa que dar rienda suelta a su creatividad, y así pudieron jugar, divertirse y aprender con lo poco que tenían. Hoy confundimos cantidad con calidad, cuando está más que demostrado que de esta manera estamos condenando al niño directamente a la frustración. Darle todo al niño no significa que vaya a ser mejor, sino seguramente todo lo contrario.

Niñas y niños no necesitan llenarse de cosas materiales; por el contrario, su

verdadera necesidad quedará atendida si el adulto les proporciona tiempo, amor y espacios para desarrollar las capacidades que llevan dentro de una manera totalmente natural.

EL NIÑO ES UN SER SOCIAL

El primer vínculo que un bebé establece nada más nacer es con su madre. Es aquí donde comienza un camino de afectos que se encuentran en la base de las futuras relaciones y vínculos sociales. Para que esto sea posible, el bebé irá pasando por distintas fases y situaciones en las que se irá desarrollando poco a poco como ser social. En estos momentos de su vida, el bebé recibe cuidados y afectos de muchas personas, y son estos momentos los que refuerzan los vínculos entre el bebé y su entorno social.

Los niños comienzan a tener conciencia de este ser social aproximadamente sobre los dos años y medio de edad. Antes, los adultos deberemos haber sido custodios de sus relaciones sociales, permitiendo con nuestras acciones que el bebé haya podido tomar conciencia de sí mismo, lo cual resulta imprescindible para que su socialización sea sana y para participar en el entorno social.

De nuevo, el juego se convierte en este momento en un aliado imprescindible en el desarrollo del ser, pues es a través del juego como mejor se observan los pasos evolutivos para convertirse en un ser social. A los 14 meses aproximadamente el juego es simbólico, a los 24 se basa en la acción y, finalmente, es a los 36 meses cuando aparece el juego simbólico elaborado, que incluye narración, sentimientos y el reconocimiento de las relaciones sociales. Sobre los tres años aproximadamente, ya han aprendido estrategias para compartir y negociar entre iguales. Esta característica no depende únicamente de la edad, también del carácter. Los niños pequeños son buenos por naturaleza. Los pequeños presentan una bondad innata, conectan con los adultos, trabajan con ellos en cooperación; es alrededor del segundo año de vida cuando llega el momento en el que son capaces de responder a la cooperación que se les pide o a pedirla ellos mismos.

Aprender a relacionarse con otra persona supone el primer paso para poder convertirse en un ser social. La edad de tres años es clave y muy orientativa en este sentido, pues supone el momento en el que le es mucho más fácil participar en el círculo social que antes. El bebé se relaciona en un primer momento con las personas con las cuales se ha vinculado desde el nacimiento, normalmente sus

progenitores o cuidadores. Más adelante establecerá relaciones sociales entre iguales, sus primeras amistades. Y es a partir de aquí cuando ya comienza a sentir esa relación social que le relaciona con el mundo en el que vive, aprendiendo a compartir con los demás y a respetar los turnos. Poco a poco va siendo capaz de colaborar y resolver conflictos, y es entonces cuando entiende quién es él mismo y que puede formar parte de la sociedad, así como aportar a la sociedad en la que vive.

La cooperación en la escuela

Si hay algo que me ha enamorado de la filosofía Montessori es la oportunidad que se les da a niñas y niños de diferentes edades de compartir espacio de aprendizaje. En la metodología Montessori, las aulas o ambientes no se establecen con niñas y niños de una misma franja de edad, sino que en un mismo ambiente o aula conviven niñas y niños de entre tres y seis años, por ejemplo durante la etapa que se conoce como «Casa de niños». Esta interacción tiene innumerables beneficios para el niño. Los adultos no sabemos todavía muy bien por qué un niño aprende mejor de otro niño cuando los docentes somos incapaces de explicar de forma adecuada a un alumno un determinado concepto. Una estrategia muy inteligente por nuestra parte en ese momento sería la de pedirle a un compañero suyo que sí que lo ha entendido que se lo explique. Este ejemplo tan sencillo puede facilitar mucho el proceso de aprendizaje, pues el alumno que lo acaba de aprender conoce muy bien las dificultades que ha tenido para hacerlo, mejor incluso que el propio profesor, quien hace ya mucho tiempo que pasó por esta situación y ha olvidado ese camino que le llevó a este conocimiento en concreto. A todo este proceso, se le conoce también como «Tutoría entre iguales», que es cuando los alumnos se convierten en maestros de sus propios compañeros. Hoy ya conocemos que beneficia el aprendizaje de todos ellos y puede resultar muy útil cuando alumnos con trastornos de aprendizaje o conductuales actúan como tutores de otros alumnos más jóvenes.

Como podemos observar, la cooperación en el aula lleva consigo innumerables beneficios para todos los agentes implicados en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Por ello, resulta imprescindible enseñar a los alumnos una serie de competencias emocionales básicas que les permitan ir aprendiendo a comunicarse, respetarse y ser solidarios, entre otras muchas cosas necesarias para que se dé un verdadero trabajo cooperativo, las cuales ayudarán a que las

relaciones entre miembros del grupo sean más cercanas y humanas.

LA IMPORTANCIA DE CRECER EN CONEXIÓN CON LA NATURALEZA

¿Te has detenido alguna vez a mirar, observar y analizar detenidamente cómo es una escuela? ¿Su construcción, sus características y componentes? ¿O eres de los que das por hecho que una escuela es como es y ya está? Intenta, durante un instante, imaginar la escuela a la que asisten tus hijos o a la que un día acudiste tú, tener una imagen visual de ella. ¿Tiene más hormigón o tierra? ¿Más árboles o ladrillos? ¿Tiene más elementos artificiales o naturales? ¿Piensas que todo esto tiene algo que ver con que ya de adultos no tengamos una conexión plena con la naturaleza?

El modelo industrializado en el que se ha basado nuestra educación construyó edificios en vez de escuelas. Cuando, desde muy pequeño, llevas a un ser humano a un edificio de hormigón —y su proceso de enseñanza-aprendizaje se basa en un entorno que poco o nada tiene que ver con el entorno natural que necesita para desarrollarse correctamente— hace que este, de una manera progresiva, vaya desconectando de la naturaleza y, por lo tanto, vaya desconectando de uno de los elementos imprescindibles para su vida.

La vieja escuela ha introducido en todos nosotros una idea utilitaria de las cosas. Su modelo, basado en la producción y en educar de una misma manera para formar parte de un mismo sistema, ha hecho que hayamos sido educados en la idea de sacar productividad de todo lo que teníamos a nuestro alrededor. La naturaleza ha formado parte también de ese paradigma educativo, en algunos casos de forma negativa. Apenas si nos han mostrado los elementos de la naturaleza desde un punto de vista de conexión con la vida. Más bien lo han hecho desde la intención de utilizarlo, bien sea para aprovechar la sombra de un árbol o para obtener madera del mismo. Hemos sido educados en la idea de obtener el valor utilitario de la naturaleza, de valorar más su interés para nosotros que su valía para la vida; en definitiva, hemos explotado la naturaleza a nuestra propia conveniencia. No amamos la tierra, solo la usamos. Si realmente amáramos la tierra, ya tendríamos cuidado y prudencia al utilizar sus recursos.

Educar únicamente en la transmisión de conocimientos hace que se pierda el contacto con la observación. Perdemos por completo nuestra conexión con el mundo, con el universo. Nos volvemos seres mecánicos reproduciendo patrones, desconectados, sin ver el sentido de lo que hacemos y por qué. Lo hacemos y punto. La naturaleza nos conecta con el sentido unitario de la existencia, somos uno. Cuando plantas un árbol, resulta absurdo creer que ese árbol te pertenece, pues crecerá y se desarrollará mostrando su esencia, su función, y esta pasa por dar oxígeno que repercutirá directamente al entorno y no solo en ti.

Seguimos siendo genéticamente los mismos cazadores-recolectores de hace 10.000 años. Estamos genéticamente diseñados para vivir en el exterior, para ir de un lado a otro, para aprender de la práctica y el contacto con lo que tenemos en la naturaleza. Hemos vivido y sobrevivido siempre en contacto directo con la naturaleza. La hipótesis evolucionista de la biofilia del profesor Edward O. Wilson, de la Universidad de Harvard, explica que los Homo sapiens sienten un interés innato por todos los seres vivos, por lo que una de sus necesidades primarias para sentirse sano y con bienestar es el contacto con la naturaleza. De esta manera, podemos obtener la conclusión de que el contacto directo con la naturaleza y los elementos naturales son entornos de aprendizaje altamente beneficiosos. Construir y diseñar espacios educativos teniendo presente este contacto con la naturaleza supone un reto muy pertinente en la sociedad actual.

Aprender a través del descubrimiento

La potencia del aprendizaje por descubrimiento radica en el contacto directo que niñas y niños tienen con el entorno. Será esta experiencia a través de sus sentidos la que favorezca las redes y conexiones internas que beneficiarán su óptima maduración biológica, despertando las ganas de aprender y de explorar, facilitando el desarrollo motriz y activando su imaginación a través del juego. La alegría de descubrir el ambiente y el mundo que les rodea a través del movimiento corporal coordinado es un don de esta primera etapa de la vida de los seres humanos que los adultos debemos facilitar y acompañar. Esta experiencia la vivirán de manera individual pero también de manera colectiva, con lo que aparecen nuevas posibilidades de aprendizaje, pues aprenderán a explorar, a convivir juntos o cuidarse mutuamente.

Relacionarse con la naturaleza no es un capricho para los seres humanos, es una

necesidad; y, en la medida en que seamos capaces de favorecer espacios que favorezcan esta relación, más beneficios incorporará el niño, extensibles a los años venideros. Niñas y niños son actores protagonistas de su propio desarrollo, y esta conexión con el medio natural les hace conscientes de su propio desarrollo, mostrando verdadero interés con todo lo relacionado con el aprendizaje de contenidos pedagógicos. Todo ello es posible gracias a esa conexión que el niño tiene con su entorno, el cual siente como parte de su mundo.

Los niños son curiosos por naturaleza. Hemos tomado como natural que niñas y niños en las primeras etapas de sus vidas no muestren interés por el aprendizaje, cuando esta es una conducta que va en contra de sus leyes de desarrollo. Si ocurre esto en una escuela, lo menos que podríamos hacer los adultos es preguntarnos qué estamos haciendo para que seres humanos en etapas de adquirirlo todo no muestren interés por nada. Explorar el entorno define las posibilidades de desarrollo de niñas y niños. Vivir y experimentar esta experiencia nos hace merecedores de sentirnos seres humanos reales generadores de mundo.

LA FAMILIA COMO EPICENTRO DEL AMOR

La educación es cosa de dos: familia y escuela. Ya va siendo hora de quitarnos esa sensación de que socialmente tenemos dos mundos muy claramente diferenciados: el mundo de los niños por un lado y el de los adultos por otro. Está claro que hay características que hacen que los adultos no tengamos acceso al mundo de las niñas y los niños, precisamente por ese regalo del universo que estos tienen durante los primeros años de su vida, en los que se estructuran aspectos vitales para su plena autoconstrucción. Pero otra cosa muy diferente es que mantengamos esa distancia de por vida, que pasen los años y el adulto tenga la sensación de que ya ha dejado de aprender cosas, de que ya no tiene que aprender nada simplemente porque es adulto; como cree que es así, tiene legitimidad para decir que ya lo ha aprendido todo. Ahí radica el gran error. Tener tan claro ese pensamiento limita mucho la cercanía y el acompañamiento que el adulto tiene y debe realizar con el niño, sobre todo en los primeros años de su vida. Nunca debemos perder la mirada de nuestro niño interior.

El adulto debe estar preparado para continuar aprendiendo, porque ese niño del cual se siente responsable es un ser que se está adaptando a ser un hombre de su tiempo, de igual manera que ese adulto del que hablamos hoy, fue un hombre de su espacio y tiempo años atrás. Por eso es tan interesante esa simbiosis entre niño y adulto. A esto añadimos el ambiente en el que viven. Y este triángulo, que forman adulto, niño y ambiente preparado, es el que hay que tener en cuenta si de verdad queremos poner ese granito de arena por un mundo mejor; si de verdad queremos que nuestros esfuerzos tengan sus mejores frutos; si de verdad queremos vivir con la sensación de que algo muy bonito e interesante está pasando en nuestras vidas.

Es posible, claro que lo es. Posible, apasionante e ilusionante. Porque si somos capaces de organizarnos a través de un buen proyecto educativo, con unas bases muy sólidas y teniendo en cuenta de verdad cuáles son los ejes sobre los que va a girar, nos dirigimos hacia ese caminar —lento pero constante, pausado pero comprometido— en el que las acciones que realicemos, contando con todos los protagonistas de esta historia, nos van a llevar a dejar una huella imborrable en

este mundo, siendo conscientes de que hemos aprovechado la oportunidad que como seres humanos hemos tenido para hacer un mundo mejor.

La familia y la escuela

Hoy día, hablar de familia nos lleva directamente a hablar de diversidad, a hablar incluso de familia como un proyecto relacional que no tiene por qué hacer referencia necesariamente a lazos de sangre. Y son precisamente las relaciones interpersonales uno de los factores clave en el desarrollo del niño en la familia. Porque la familia continúa siendo el epicentro de la constitución de la personalidad de los niños, cuya estructura se basa en el amor y el respeto. La familia es el mejor contexto para acompañar al individuo para transitar por los cambios que implica necesariamente la vida.

Pero la familia, además de desempeñar este importante papel que hemos desgranado, tiene también un importante papel en su función socializadora, porque educa a los niños para que puedan ser autónomos, emocionalmente equilibrados y capaces de establecer vínculos afectivos satisfactorios.

Podríamos considerar la escuela como el universo de la primera socialización. La educación infantil, que cubre la etapa más importante de la vida de un ser humano, representa un papel de primer orden en la educación del niño, así como en su correcto desarrollo. Suele ocurrir, además —y esto es algo que en algún momento las sociedades «avanzadas» deberán atender—, que la escuela acaba convirtiéndose en el único universo para el niño, en su único remanso de paz, pues, lamentablemente y por diversas circunstancias, estas niñas y niños se sienten ignorados en sus casas. En lo que se refiere al papel social que desempeña la escuela, el niño descubre allí un micromundo, un ambiente preparado dispuesto para cubrir sus necesidades de desarrollo atendiendo a la etapa evolutiva en la que se encuentre. Es allí donde nunca podrá faltar el amor y el respeto a la dignidad del niño como ser humano que es.

Por lo tanto, la familia representa un papel muy importante en todo lo referente a la educación de los niños. Familia y escuela viajarán juntos por las diferentes etapas por las que transite el niño; de ahí la importancia que tiene la comunicación continua y constante, la colaboración estrecha que se debe establecer entre madres y padres con educadores. La participación de madres y

padres en la educación se considera esencial y fundamental, dado que serán ellas y ellos quienes pondrán la primera piedra de este importantísimo edificio que marcará el futuro de cada ser humano.

Con el paso del tiempo, he ido sintiendo de manera progresiva la importancia que tiene que los adultos, de alguna manera, volvamos a una escuela de adultos que nos ayude a desaprender muchas de las cosas mal aprendidas; una escuela humilde, donde podamos despojarnos de esa pesada mochila que nos impide ver y mirar al niño con una mirada nítida y limpia. Por ello consideramos importante la colaboración y participación de las familias, consiguiendo que se amplíen las relaciones y se enriquezcan las interacciones educativas. Todo ello genera un clima de confianza y seguridad que favorecerá el proceso de conocimiento y desarrollo de los alumnos, y establecerá una comunicación directa, constante y constructiva, de manera que favorezcamos el desarrollo de las capacidades de cada individuo.

Familia y escuela han vivido en un proceso dual, y es prácticamente inexistente esa necesaria conexión entre ambas que facilite y ayude en el proceso de enseñanza. Por eso, las escuelas están cada vez más decididas a abrir las puertas de su centro, a implicar a las familias, de tal manera que se rompa esa creencia instalada de que en casa se hace una cosa y en la escuela otra, cuando entre ambas hay muchas más cosas que las unen a que las separan.

Familia y escuela tienen que darse cuenta de que se necesitan, que yendo de la mano durante el proceso educativo beneficiarán a los principales actores del mismo y se beneficiarán ellas también. Escuela y familia deben compartir inquietudes, intercambiar informaciones y pensamientos sobre la educación, la escuela, los hijos... Y ayudar a establecer pactos y acuerdos sobre ciertas actuaciones hacia el niño o la niña. La familia tiene que aplicar los acuerdos tomados e intentar traspasar los conocimientos escolares a la vida diaria. Y la escuela debe alcanzar en cada niño los objetivos acordados y traspasar y aplicar los conocimientos familiares y cotidianos a la vida escolar, de manera que se consiga esta interrelación y unión entre la educación formal y no formal, con todo el apoyo y la eficacia deseadas.

Resulta evidente la importancia que tiene la participación de la familia en las escuelas de sus hijas e hijos, donde se sientan acogidos y se tomen realmente en cuenta las propuestas que puedan traer a la escuela. Debemos tener muy claro que la educación es un proceso muy largo que comienza siendo impartida por la

familia y que luego se llevará a cabo en la escuela. Podemos apreciar la necesidad que tienen ambas partes de encontrarse, de sumar juntas, siempre con el objetivo de conseguir un pleno desarrollo educativo y personal de niñas y niños. No podemos olvidar que la educación es cosa de todos, por lo que todos debemos hacerla posible y satisfactoria.

5

MONTESSORI COMO REALIDAD EDUCATIVA PARA ESTE NUEVO PARADIGMA

¿QUÉ ES EL MÉTODO MONTESSORI?

Hay quienes intentan acercarse a Montessori desde la necesidad de encontrar una solución a sus problemas educativos y acaban haciéndose un auténtico lío; los hay también quienes intentan acercarse desde una perspectiva puramente académica y apenas si logran comprender algo que requiere justamente de lo contrario, más corazón que mente, más acción que planificación, más contacto con el ser humano que seguir las pautas de un libro. Si hay algo que caracteriza a esta filosofía de vida es la necesidad de ser experimentada, pues se basa en observar al niño en el instante en que se encuentra para, partiendo desde ese lugar, guiarlo en su autoconstrucción.

Esta propuesta educativa fue ideada por la educadora y médica italiana María Tecla Artemisia Montessori, más conocida como María Montessori, nacida en Chiaravalle, provincia de Ancona (Italia) en el año 1870, quien tras llevar a cabo sus propuestas educativas con niñas y niños desfavorecidos del barrio de San Lorenzo de Roma, se dio cuenta de que había ideado un método educativo que acabaría por revolucionar el concepto de educación entendido hasta la fecha. Montessori centró los pilares del mismo en ayudar en el desarrollo personal de la independencia, la libertad con límites, el respeto en la psicología natural y el desarrollo físico y social del niño. A pesar de que hablamos de método, la propia María Montessori no quería que su propuesta educativa fuera encasillada en esta palabra, pues consideraba que, lejos de corsés que limitaran el mensaje holístico de su propuesta, hablaba de «una ayuda hasta que la personalidad humana pueda conquistar su independencia, un medio para liberarla de la opresión de los prejuicios antiguos sobre la educación», insistiendo en que «es la personalidad humana lo que hay que considerar, y no un método de educación: es la defensa del niño, el reconocimiento científico de su naturaleza o la proclamación social de sus derechos, lo que debe suplantar a los modos fragmentarios de concebir la educación».

Desde hace siglos, la educación ha tenido (y aún hoy continúa teniendo) su foco puesto en educar basándose en los intereses del sistema. Lo que la doctora Montessori propuso fue girar ese foco y ponerlo en un lugar nunca antes

explorado en educación, que no es otro que el niño y sus verdaderas necesidades de desarrollo. Es tan simple el mensaje que la doctora Montessori quería trasladar que únicamente una sociedad sumida en la histeria colectiva es incapaz de no ver o sentir; pues, por increíble que parezca, el niño hoy sigue esperando ser el principal protagonista del proceso educativo. A día de hoy, los sistemas educativos siguen creándose para satisfacer las necesidades económicas de la sociedad, y nos educan con el principal objetivo de tener un trabajo, olvidándose por completo de que detrás de ese niño hay un ser vivo en forma de ser humano con unas necesidades que debe desarrollar, pues en ello le va la vida.

Pero hoy en día ya no hay excusas. Lo que la doctora Montessori descubrió en el niño a través de la observación, que hoy disciplinas como la neurociencia o la psicología del desarrollo lo corroboran, nos dio información de cuáles son esas necesidades que el niño tiene que desarrollar. Montessori difería de los métodos educativos estrictos y rígidos que se utilizaban en Europa a principios del siglo XIX. Por ello basó sus ideas y principios en el respeto al niño y en su capacidad natural para aprender. Dedicó prácticamente la totalidad de su vida a observar al niño para poder así saber cuáles eran verdaderamente sus necesidades de desarrollo y cómo satisfacerlas. Concibió al niño como la esperanza de la humanidad, como el único ser capaz de generar paz entre los hombres. Estaba convencida de que, si al niño se le trataba desde el respeto, este acabaría actuando de la misma manera una vez se convirtiera en adulto, y así haría frente a los problemas de su vida cotidiana, a las miserias generadas por el propio ser humano. El método Montessori está basado en observaciones científicas relacionadas con la capacidad de los niños para absorber el ambiente que les rodea, y es aquí donde radica la importancia que tienen los otros dos pilares que conforman esta propuesta educativa junto al niño: el ambiente preparado y el adulto.

El ambiente preparado se caracteriza por adecuar un espacio donde los niños puedan aprender de manera espontánea y siempre desde el respeto a sus intereses. El niño es el auténtico protagonista del proceso educativo, y el adulto será su guía, que lo acompañará en este camino, intentando con sus acciones sacar el potencial que el niño lleva dentro. El ambiente preparado es un lugar bello, en el cual se encuentran los tan conocidos materiales Montessori con los que el niño interactúa para satisfacer sus necesidades de desarrollo. Es un ambiente que no incita en ningún momento a la competitividad ni la comparación, sino en el que se fomenta el respeto y los valores, siempre siguiendo los diferentes ritmos de aprendizaje de cada uno de los niños.

El adulto no se considera el protagonista del proceso educativo, pues su papel va mucho más allá de ser la figura que posee el conocimiento y lo transmite a sus alumnos. María Montessori se refería al adulto como un orientador que sería capaz de conectar al niño con el ambiente en el que se desarrolla. De esta forma enfatizaba la función del guía, que era la preparación del ambiente, la observación de los niños y enseñarles el correcto uso de los materiales, dándoles las lecciones correspondientes. De esta manera, ayudaba a los niños a aprender, construir y perfeccionarse por sí mismos.

En un día cualquiera en una escuela Montessori, los niños pueden mover las mesas y sillas, agruparlas según sus intereses; pueden hablar entre compañeros o con el adulto; pueden ir al aseo y beber agua cuando lo necesiten, pues tienen libertad de movimiento; pueden utilizar el material que necesiten, cogiéndolo de su lugar cuando lo vayan a utilizar, y dejándolo en el mismo sitio una vez lo hayan utilizado; disponen del tiempo que también necesiten para observar o relajarse, pues a estas acciones también se las considera como necesarias para el niño, y juegan un papel muy importante en su proceso de aprendizaje; pueden trabajar con los materiales que el adulto les haya presentado las veces que quieran; pueden realizar otro tipo de actividades, como tomar el desayuno en el ambiente a lo largo de la mañana en un lugar preparado para ello, o practicar actividades como yoga o relajación. El mobiliario es de madera y adaptado a la altura de los niños; en los diferentes espacios hay luminosidad y las manos de los niños son los principales mecanismos de exploración y aprendizaje.

El error, al contrario que ocurre en la educación tradicional, es considerado como parte fundamental del proceso de aprendizaje; de ahí que una de las características principales de los materiales Montessori es que poseen un control de error automático, es decir, que no necesitan de la aprobación o reprobación del adulto para que el niño sepa si la actividad está bien o mal ejecutada, pues es el propio material el que acaba dando este feedback al niño. El error es considerado una oportunidad en este proceso, pues los errores nos ayudan a aprender.

Algunas de las características que definen a esta filosofía de vida son: la iniciativa propia para realizar acciones, la independencia, la autodisciplina, el desarrollo de la voluntad, la autonomía, la libertad (que no el libertinaje), la capacidad de elegir, así como el orden, la concentración y el respeto.

En momentos como los actuales, el día a día nos acaba mostrando que el sistema

educativo actual, basado en una era industrial, hoy ya no tiene ningún sentido. Y es en este momento cuando propuestas educativas como la que Montessori creó a lo largo de toda su vida cobran más sentido que nunca. Porque Montessori lleva intrínseca en su semilla la educación que el ser humano necesita. Es cierto que Montessori reluce en educación, pero si no te abres a la posibilidad de su experiencia, nunca experimentarás la plenitud de su luz.

Recuerda que hablamos de una propuesta educativa fundamentada en el conocimiento de la infancia y construida sobre las leyes del desarrollo del cuerpo y la mente del niño. Montessori se presenta como una educación para la vida, que la ayuda y la protege, teniendo en cuenta siempre sus propias leyes de desarrollo. Desarrollar las energías que yacen internas dentro de cada niño es el principal objetivo de nuestra tarea educativa.

¿QUIÉN ES EL NIÑO Y QUÉ NECESITA DESARROLLAR?

A lo largo de este libro hemos comentado en diferentes ocasiones que niñas y niños traen consigo necesidades de desarrollo que deben desplegar, pues en ello, sencillamente, les va la vida. Si, como estamos proponiendo a lo largo de este libro, el niño debe convertirse en el principal protagonista del proceso educativo, debemos, en primer lugar, conocerlo, y saber cuáles son esas características que lo definen y cuáles son sus necesidades. Estas características, que definen a niñas y niños como seres humanos únicos e irrepetibles que son, fueron observadas por la doctora Montessori a lo largo de toda su vida, más de cuarenta años de observación que dieron su fruto al poder realizar un fiel retrato de cuáles eran estas necesidades de desarrollo que definían al ser humano atendiendo a las diferentes etapas por las que iba transitando desde el nacimiento hasta bien alcanzada la madurez.

Hablamos de que los niños necesitan desarrollar y trabajar lo que ella bautizó como tendencias humanas, la independencia, el orden, los sentidos, el movimiento y el lenguaje. Estas necesidades que trae el niño «de serie» necesitarán de la ayuda de la mente absorbente y se llevarán a cabo durante los periodos sensibles. La educación deberá focalizar sus proyectos en este sentido, pues una correcta orientación de este trabajo será lo que satisfaga esas necesidades que nos corresponden a cada uno de nosotros como seres humanos. A continuación, vamos a explicar y a detallar cuáles son esas necesidades y el porqué de la importancia de atenderlas en estos primeros años de vida.

Tendencias Humanas

Llamamos Tendencias Humanas a los impulsos naturales del ser humano. Son intrínsecos, nos pertenecen única y exclusivamente a cada uno de nosotros. Es la fuerza que mueve y mantiene el espíritu humano, que le da una satisfacción personal en su día a día. Es una conexión directa con el conocimiento universal, que nació con la aparición del ser humano y que nos mantiene unidos

directamente a la evolución.

El término Tendencias Humanas fue la manera con que Mario Montessori, único hijo de la doctora Montessori, llamó a estas necesidades básicas que todos los seres humanos tenemos independientemente de sexo, raza o religión, pues son universales y nos pertenecen a todos como especie. El ser humano, a lo largo de su evolución, ha tenido que reinventarse constantemente. Esos impulsos, esas energías, son las que nos han guiado a conseguir una inmensa cantidad de habilidades y logros humanos que han marcado nuestra evolución.

A pesar de que nos pertenecen a cada uno de nosotros, no se manifiestan de la misma manera en cada individuo. Las Tendencias Humanas inciden en nosotros de manera muy diferente. Su desarrollo y su uso pertenecen a un ámbito muy personal, aunque de forma genérica todas pertenezcan al ser humano.

La educación, por tanto, tiene el deber de tener en cuenta estas potencialidades, pues serán el punto de partida para hacer florecer lo mejor que cada individuo lleva dentro, haciendo así honor al verdadero significado de la educación. En este sentido, el adulto deberá asumir la responsabilidad que conlleva formar parte de la educación de un niño. No atenderlas llevará consigo debilitar estas potencialidades que dignifican la vida de un ser humano. Son obstáculos que pueden desviar al niño, pues su energía vital —su verdadero motor interno, la fuerza que lo mueve— estaría siendo ignorada y dañada.

Independencia

Para crecer y desarrollarse, un niño necesita independencia. La historia del ser humano es una suma de condicionantes que nos han ido haciendo cada vez más dependientes, y esto supone un gran obstáculo para el desarrollo natural del niño. La independencia llevará al niño a amar lo que hace, algo imprescindible para su desarrollo en este momento de su vida que lo llevará a sentirse un ser humano digno y respetuoso con la evolución de su especie.

Hay dos clases de independencia: la física y la psicológica. La independencia física es algo que se va diluyendo con el paso del tiempo, conforme el niño va adquiriendo y desarrollando cada vez más sus capacidades físicas, se va convirtiendo en un ser independiente en este sentido, adaptado físicamente para

desarrollarse en el mundo en el que vive. El problema viene con la segunda de ellas, con la dependencia psicológica. Y es aquí donde el adulto tiene un gran trabajo pendiente para que el niño pueda sentir el mismo placer que siente cuando alcanza la independencia física, pues en ambos casos se atiende siempre a sus verdaderas necesidades de desarrollo.

La primera infancia es una etapa en la que tendemos a considerar que hay que estar continuamente atendiendo al niño, no dejándole hacer, incluso abortando actividades y conductas de una manera muy peligrosa para su desarrollo. El niño necesita hacer cosas por sí mismo desde el inicio de la vida. Solo así ayudamos a su independencia.

Muchos adultos, tal vez presos de su falta de autoestima o valoración personal, ven en sus hijos a los seres perfectos para proyectar sus preocupaciones e inquietudes, y sin darse cuenta los convierten en seres dependientes. Este apego, esta dependencia psicológica —exagerada en muchas ocasiones—, lleva directamente al miedo y a la incertidumbre. La educación recibida por parte de los adultos ha hecho que, generación tras generación, acaben repitiendo los mismos patrones de actuación. El miedo a lo desconocido nos hace dependientes y esto lleva consigo que no aparezca nuestra verdadera esencia. Que no aparezca no quiere decir que desaparezca —siempre la seguiremos llevando dentro—, pero al no atenderla nos irá generando problemas en la vida.

Hay que dejar que los niños realicen actividades, que hagan cosas. Únicamente de esta manera estaremos respetando sus necesidades de desarrollo a la vez que ellos estarán cumpliendo con la misión que tienen que desarrollar en este mundo. Introducir un niño desde pequeño en el mundo de la dependencia lo convertirá en un ser vacío que sufrirá continuamente desviaciones, en una búsqueda constante por satisfacer su verdadera esencia, que siempre llevará dentro.

Experimentar esa ausencia de posesión es uno de los principales trabajos del ser humano de esta nueva era.

Orden

Desde hace miles de años, todo lo referente al orden universal ha sido un tema de vital importancia para las diferentes culturas que nos han precedido. El

universo en sí tiene un orden establecido. Únicamente la progresiva desconexión del ser humano con esta cosmovisión más universal —de la que los seres humanos no somos ninguna excepción— ha hecho que poco a poco hayamos ido perdiendo esa capacidad observadora de orden en la vida que tan importante ha sido siempre para el ser humano.

Mirando el horizonte hemos podido descubrir y conectar con nuestro entorno. Lo hizo el pueblo babilonio, el mesopotámico, los egipcios, los griegos y los romanos; Galileo y Copérnico pueden dar buena fe de lo que significa observar para poder apreciar la realidad existente, lo que significa dar testimonio del orden universal. Pero el ser humano parece estar entrando en una era de su evolución en la que ya no quiere observar lo que ocurre en su entorno natural, pues parece preferir que sean otros quienes le dicten las leyes de su vida en un entorno artificial.

El niño necesita orden. Lo necesita como ser humano que es, siempre desde un punto de vista de conciencia universal que nos conecta con el universo del que formamos parte. El niño, en estas edades, atraviesa un periodo sensitivo del orden, sobre todo antes de los tres años. Es como si la naturaleza hubiera dotado al niño con una sensibilidad especial hacia el orden en el que se encuentran los objetos que lo rodean. Aquí es donde la conexión humana con un sentir más holístico cobra más sentido si cabe.

El orden da ritmo y sentido a la vida del niño, lo forma como persona y lo prepara para tener una vida exitosa, pues una persona que piensa y actúa de manera ordenada se desenvuelve mejor en la vida adulta. El orden es la base sobre la cual el universo se sostiene y el niño no es la excepción. Un niño, al igual que al nacer no dispone de una serie de habilidades ni físicas ni sociales que le permitan desenvolverse con autonomía en el mundo en el que vive, tampoco dispone todavía de una estructura de vida organizada y planificada, que organice sus acciones y movimientos en su día a día. De aquí, una vez más, la importancia que tiene el papel del adulto que lo acompaña en su desarrollo. Trabajar competencialmente en este sentido permitirá al niño ir adquiriendo cada vez más rutinas y aprendizajes de forma que organice y estructure su vida, con rutinas y acciones, generando con estas actividades una tendencia al orden.

Observar a un bebé recién nacido, su progresión a medida que van avanzando los días, nos ofrece una valiosa e interesante información en este sentido. Sus hábitos en cuanto a la lactancia materna o el sueño —sumadas al amor

incondicional que le ofrece su entorno humano y el ambiente preparado que desde el primer momento acompaña sus aprendizajes y vivencias— permiten al recién nacido comenzar con unas rutinas diarias mediante las que aprenderá a clasificar y categorizar todas las impresiones de su entorno y ambiente más cercano, así como hacer predicciones que permitirán adquirir un nivel de control sobre su ambiente y que, progresivamente, le darán seguridad y confianza.

Los seres humanos, fruto de una educación condicionada que poco o nada ha respetado sus ritmos ni sus verdaderas necesidades de desarrollo, hemos ido perdiendo a medida que hemos ido creciendo esa conexión universal de la que todos formamos parte. Pero lejos de aprendizajes artificiales —de la misma manera que los seres humanos tenemos un orden cósmico que es parte intrínseca del orden del universo—, podemos asegurar que el orden mental del niño es la base de la creatividad, que entendemos como la capacidad para ordenar la distinción de los estímulos en el ambiente, y que se desarrolla por medio de los ejercicios con el material para la educación de los sentidos.

Los sentidos

El niño acaba de llegar a un ambiente al cual se está adaptando, y para hacerlo correctamente trae consigo sus sentidos, que tiene que trabajar y desarrollar sí o sí para una correcta incorporación al medio en el que se va a desenvolver.

Cuando nacemos, todos nuestros sentidos están funcionando. A lo largo del primer año de vida, los bebés usan sus sentidos para ordenar y clasificar todo lo que experimentan. Es aquí donde debemos poner especial énfasis a la importancia que tiene que estos sentidos, a pesar de estar funcionando, no están aún integrados en nuestro cerebro. Por ello, diferenciar entre sensación y percepción nos ayudará a entender mejor este proceso. Por sensación entendemos la respuesta que un sistema sensorial (vista, oído, gusto, tacto y olfato) provoca cuando detecta un estímulo. Por percepción nos referimos al procesamiento mental de información sensorial cuando el cerebro interpreta una sensación. La sensación, por lo tanto, precede a la percepción. La sensación es algo muy impulsivo; la percepción requiere de experiencia, ya sea por experiencia directa (oler muchas veces una rosa para saber que una rosa huele a rosa y no a limón, por ejemplo) o por los mensajes de otras personas (cuando alguien, sin nosotros haberlo experimentado, nos describe el olor a cebolla, por

ejemplo). Los sentidos son los que nos permiten recibir información del entorno en el que vivimos. Nuestra percepción del entorno es única. Cada uno de los sentidos no nos da una información ajena entre ellos, y es ahí donde el cerebro va aprendiendo poco a poco a integrar todos los sentidos. Por ejemplo, si yo veo un tren que se acerca, soy capaz de escuchar mejor ese sonido, dado que mi cerebro está integrando y relacionando sentidos (en este caso vista y oído), lo que hace que mi cerebro interprete mejor la situación ante la que se encuentra. El cerebro, por lo tanto, tiene que aprender a integrar lo que sucede de la mejor manera: utilizando todos los sentidos. Con esta información, y atendiendo a que un ser humano en estas edades se encuentra en un proceso de desarrollo de sus capacidades innatas, atender este trabajo sensorial resulta de vital importancia para un correcto desarrollo.

Vista, oído, gusto, olfato, tacto y propiocepción —el que nos muestra cómo están situadas unas partes de nuestro cuerpo respecto a otras— son los sentidos que hay que trabajar en estas primeras etapas. Integrarlos permitirá a nuestro cerebro crear redes mucho más amplias que permitirán a futuro fijar mejor los conocimientos que vayamos adquiriendo. Cuanto más amplias sean las redes neuronales que soportan un aprendizaje, mejor lo recordaremos y, sobre todo, podremos utilizarlo con más eficiencia.

Movimiento

Hoy ya sabemos si los niños, mientras están en la escuela, deben permanecer más tiempo sentados o en movimiento. Estamos diseñados para aprender en movimiento, pues, aunque nuestro entorno sociocultural haya cambiado, seguimos siendo genéticamente los mismos cazadores recolectores que se desplazaban hace 10.000 años. Uno de los aspectos que enfatiza más la educación Montessori es la importancia que el movimiento tiene en el desarrollo psíquico. El movimiento es importante para crear nuestros órganos psíquicos. Introducir los ejercicios con precisión de movimiento durante el periodo sensitivo al movimiento repercute positivamente en el desarrollo de su mente y la formación de su personalidad, dándole alegría, concentración y felicidad. Primero, porque quieren hacerlos (están de acuerdo con su maestro interior), y segundo, porque les viene bien.

¡Qué manía de obligar al niño a hacer lo que no quiere hacer (empeño de los

adultos), en vez de mirar qué es lo que está queriendo hacer, que corresponde con su periodo sensitivo guiado con su maestro interior! María Montessori es muy clara en este sentido cuando dice: «Yo no inventé nada, me senté, observé e introduje ejercicios de lo que quiere hacer y lo que necesita». Tuvo esa genialidad para poder seguir al niño.

El movimiento refinado (abrochar botones, cordones...) es necesario para el adecuado desarrollo de la psique, así como para la adquisición de la independencia. No solo el movimiento grueso, sino también el fino. El perfeccionamiento del movimiento se da a través de la imitación que el niño hace de los movimientos de los adultos que están a su alrededor.

El desarrollo de la mano supone un hecho a destacar a lo largo de la evolución del ser humano, que ha llevado al hombre desde la mente primitiva hasta la mente creativa de un Homo sapiens-sapiens, y se ha convertido en la herramienta principal para la autoexpresión de la que el hombre moderno es capaz. La mano tiene que ver con cambios en las estructuras cerebrales. Una de las características especiales de los seres humanos es la libertad con la que puede usar sus manos: el poder de su mente razonadora puesta en sus manos creadoras.

Lenguaje

Uno de los propósitos principales es ayudar a la construcción de la personalidad del niño. No estamos tratando de que el niño aprenda a hablar, a escribir o a leer. El lenguaje ayuda y facilita el pensamiento, así como a establecer y mantener la vida social. Los seres humanos tenemos la posibilidad y la habilidad de crear una historia en la que nuestras memorias puedan ser escritas y preservadas para las futuras generaciones. El lenguaje tiene el gran propósito de la comunicación, que se establece a través del habla y los símbolos gráficos que nuestra especie ha inventado. La construcción de la personalidad ocurre cuando el niño puede comunicarse con los demás, cuando puede expresar sus ideas y sus sentimientos.

Las palabras son lazos entre los hombres, y el lenguaje se diversifica y se ramifica de acuerdo con el desarrollo y la necesidad de sus mentes. El lenguaje crece con el pensamiento humano y este puede ser transferido a millones de personas a través de la palabra. El valor del lenguaje en la sociedad humana radica en que el lenguaje permite la asociación y el entendimiento entre las

personas de manera que puedan realizar tareas conjuntas.

Ya como conclusión, y a modo de cierre de este capítulo, podemos observar cómo esta nueva cultura, esta nueva realidad educativa, ya se encuentra entre nosotros. Un nuevo paradigma educativo ya está aquí y esta vez ha venido para quedarse. Los niños no pueden esperar más para ser atendidos durante el proceso educativo. A los seres humanos se nos dio el regalo de la inteligencia, el amor, la razón y la voluntad, con la capacidad además de poder modificar y adaptarnos a cualquier ambiente de acuerdo a nuestras necesidades. A lo largo de miles de años hemos ido evolucionando de manera única, dotados con inteligencia, instintos y movimiento. Hoy, atender de manera responsable esta realidad intrínseca a nuestra especie se convierte en la principal tarea de cualquier proceso educativo que quiera de verdad trabajar en beneficio de la especie humana y del resto del planeta.

¿CÓMO LO VA A HACER?

A través de la Mente Absorbente, un concepto utilizado por Montessori para hablar de todos aquellos aprendizajes que niñas y niños realizan de manera inconsciente o que adquieren sin realizar esfuerzos, sin que nadie se los enseñe de una forma deliberada, sobre todo durante las primeras etapas de su vida. Esta propuesta conforma uno de los conceptos clave del método Montessori, y en ella se engloban una serie de características que el niño trae consigo como ser humano que es, tales como la observación, la escucha activa o sus percepciones sensoriales del ambiente, que le ayudan a consolidar sus aprendizajes y a adaptarse al mundo al que acaba de llegar. Se trata de una capacidad innata e indiscriminada que tiene el niño durante su infancia de absorber el ambiente y convertirlo en parte de sí mismo. Es un estado creativo pero inconsciente, en el que el niño absorbe el ambiente para autoconstruirse y adaptarse a él.

Hablar de que los niños se suelen mostrar realmente atraídos por todo lo que les rodea es algo que a la mayoría de los adultos no nos sorprende. El niño absorbe todo lo que se encuentra a su alrededor; no recuerda las cosas que ve, sino que estas cosas pasan a formar parte de su psique. Hace suyas las costumbres del mundo en el que viven. El niño se adapta al nivel de civilización que se encuentra, sea cual sea, y consigue construir un ser adaptado a su época.

Durante los primeros años de sus vidas, todo lo que tienen a su alrededor es realmente novedoso para ellos, lo que hace que muestren gran fascinación por todo lo que les rodea. Es como si cualquier estímulo del ambiente pudiera llamar su atención, y ellos responden al mismo analizándolo de manera totalmente indiscriminada. Solo lo absorben y listo. Según Montessori, esto ocurre porque la infancia tiene esa capacidad de asombro constante, todo le parece nuevo, cualquier estímulo que reciben del ambiente lo absorben, pues lo consideran inconscientemente como primordial para su aprendizaje y desarrollo. La naturaleza ha dotado a la infancia de esa capacidad de absorber de manera natural, involuntaria y progresiva la información que les rodea.

Quizás podríamos entender mejor este concepto de Mente Absorbente si somos

capaces de detenernos un poquito; si por un instante nos paramos a pensar en la cantidad de cosas que los niños aprenden de manera innata, sin esfuerzo, durante los primeros años de su vida. Los primeros aprendizajes comienzan con el dominio de su cuerpo: primero se sienta, después se incorpora, luego camina, corre, salta, usa sus manos con destreza, etc. Poco a poco va creciendo como individuo, interiorizando las normas de la comunidad a la que pertenece, aprendiendo a relacionarse con sus iguales y con su entorno o a comportarse. Pero si hay un aprendizaje que marca esta primera etapa de su vida, es todo lo relacionado con la manera de comunicarse. El aprendizaje de su idioma materno, así como la gramática y la sintaxis del mismo, hacen que este aprendizaje de la comunicación se convierta en uno de los hitos más importantes que se producen durante esta primera etapa de su vida, que consigue sin esfuerzo y únicamente en contacto directo con el ambiente que le rodea.

Lo que la Mente Absorbente provoca en la mente del niño es, en primer lugar, nutrirse de las experiencias que va absorbiendo de su ambiente, algo que, como hemos comentado, hace sin ningún tipo de filtro, absorbiendo prácticamente todo. Posteriormente, todas estas experiencias serán analizadas e integradas por el niño de una manera totalmente inconsciente hasta aproximadamente los tres años de edad, y más conscientemente y de manera progresiva hasta los seis años. De ahí la importancia que tiene que durante esta etapa los niños estén acompañados de adultos conscientes que conozcan esta capacidad de absorción indiscriminada, y que se preparan a sí mismos (y preparan el ambiente en el que viven y se desarrollan) de tal manera que el aprendizaje que van a absorber los niños sea lo más enriquecedor posible.

Como podemos observar, María Montessori le da muchísima importancia a la primera etapa de la vida de un ser humano, a la infancia, a la que considera como la etapa crucial de todos los aprendizajes posteriores y del desarrollo de un ser humano. Esto es justamente lo contrario a lo que hoy seguimos entendiendo mayoritariamente como educación, cuando consideramos que son las etapas futuras las más importantes en el desarrollo de un individuo. Desde esta perspectiva, la educación debe ser un proceso que fomente y ofrezca los medios adecuados a los niños para que construyan una identidad autónoma y también respetuosa con quienes se encuentran a su alrededor.

Este concepto montessoriano de Mente Absorbente podría relacionarse con lo que hoy en neurociencia se conoce como neuronas espejo, que alude a esa capacidad de imitación que se sustenta en un grupo de neuronas diseminadas por

muchos lugares del cerebro, como los centros del lenguaje, del control emocional, en las zonas motoras, control ejecutivo, etc., y que explican por qué somos capaces de reproducir las expresiones y movimientos que vemos realizar a otras personas, así como las emociones y los sentimientos. Estas neuronas son las que nos permiten imitar comportamientos e incluso emociones de los demás, que contribuyen de esta manera a todos nuestros aprendizajes sociales.

Los niños acaban de llegar a un ambiente que desconocen por completo, así que se aprovechan de estas neuronas espejo para aprender cosas nuevas de las personas que viven a su alrededor, así como para adaptarse al ambiente natural, cultural y social en el que viven. Estamos hablando de una capacidad que resulta muy útil de cara al aprendizaje, eso nos da una idea de la importancia que tiene nuestro ejemplo diario como adultos.

Los educadores debemos ser un auténtico ejemplo, pues frente a nosotros tenemos a niñas y niños que ven en nosotros el fiel reflejo del ser humano en quien se quieren convertir. Si queremos que nuestros alumnos estén motivados, los primeros que debemos estarlo somos nosotros; si queremos que se interesen y disfruten con el conocimiento, los primeros que debemos despertar esa pasión somos nosotros; si queremos que sean humildes en esta actitud de valorar que todas y todos aportamos, que todas y todos aprendemos los unos de los otros, los primeros que debemos tener esa humildad de reconocer que también el adulto aprende del niño somos también nosotros; si queremos que respeten, los primeros que debemos hacerlo, tanto en la familia como en la escuela, somos nosotros, pues no podemos educar con el ejemplo que nosotros mismos no damos.

Como estamos viendo, en el niño existe un estado inconsciente que es creador, al cual llamamos Mente Absorbente y que se construye bajo la guía de los periodos sensibles.

¿CUÁNDO LO VA A HACER?

Durante los periodos sensibles. Cada edad tiene lo que llamamos periodo sensible y hay que educar teniendo en cuenta esos márgenes, sin quemar etapas o adelantar las que llegarán por su propio peso. Estos periodos sensibles impulsan el desarrollo mental, físico y psíquico y tienen que ver con el desarrollo psicológico del niño. Se llevan a cabo de manera natural, sin esfuerzo, son universales y se aplican a todos los niños del mundo. Son ventanas de oportunidad para aprender algo específico, de ahí la importancia que tienen para ser trabajados y para no dejarlos escapar.

El cerebro no se desarrolla todo al mismo tiempo ni se desarrolla todo por igual. Hay tiempos con un máximo de maduración de unas áreas frente a otras. El educador debe comenzar a considerar como imprescindible en su programación educativa este aporte de la neurociencia, pues hay que aprovechar esos tiempos, sencillamente, para enseñar mejor. Durante el desarrollo cerebral, necesitamos distintas ventanas para las diferentes funciones sensoriales o motoras; para otras no hay ventanas plásticas. De los cero a los seis años se presentan los Periodos Sensitivos como lapsos de tiempo transitorio, en los que el niño muestra una sensibilidad particular hacia alguna característica específica o un estímulo del ambiente, sin el cual sería imposible la construcción del niño como un ser humano; en estos momentos, excluye otros estímulos, enfocándose en una sola cosa. Fue el científico holandés Hugo de Vries, allá por el año 1902, el primero en utilizar el término de periodos sensitivos para explicar sus estudios sobre la teoría de mutación. De Vries consideraba en sus clásicos estudios experimentales sobre el desenvolvimiento de los seres vivos que «determinadas condiciones del ambiente pueden dar resultados diversos si se aplican en estados diferentes del desarrollo intelectual». Este mismo término, aplicado al campo de la educación, es una aportación de la doctora Montessori, quien planteó que «es el momento que el Ser en vías de desarrollo atraviesa el que debe ser considerado en sí mismo, y no es relación con las necesidades de la vida de la especie o con las necesidades de la vida del individuo adulto». Periodos críticos o ventanas plásticas son otros de los nombres con los que podrás conocer a los periodos sensibles. Durante los periodos sensibles, ciertos grupos de neuronas están más

activas que otras. Nuestra plasticidad cerebral nos permite mejorar determinadas funciones que no se han adquirido de forma adecuada en etapas concretas. Esto hace que se forme la correcta red neuronal. Por eso el niño elige inconscientemente del ambiente lo necesario para su crecimiento y desarrollo. El niño muestra un intenso periodo de actividad intelectual que no causa fatiga y le produce una enorme alegría interior, calma y renovación para seguir trabajando incansablemente. De ahí que resulte fundamental el papel del adulto durante la aparición de estos periodos sensibles en el niño, pues gran parte de la respuesta tras esa aparición recae sobre él mediante sus propuestas educativas. En este sentido, deberá estar bien entrenado en las artes de la observación para poder detectar los periodos sensibles, cuándo están activos, cómo los manifiesta el niño, etc.

En la primera etapa de desarrollo, durante los periodos sensibles, el niño absorbe, hace suyos, «encarna» todos y cada uno de los rasgos característicos de la especie humana.

Aquí te presentamos las principales características de los periodos sensibles más importantes durante la etapa comprendida entre los cero y los seis años de edad:

Periodo sensible del lenguaje. Se inicia a los siete meses de embarazo y termina a los cinco años y medio o seis años, aproximadamente. La conquista del lenguaje, con todas las complejidades que el aprendizaje de una lengua presenta a priori, es una de las grandes conquistas que el niño realiza durante los primeros años de su vida, y esta se lleva a cabo precisamente durante este periodo sensible. El niño lo adquiere sin ningún tipo de esfuerzo, únicamente siguiendo las directrices que dicta su maestro interior. Es este un claro ejemplo de la maravilla que supone interiorizar aprendizajes por el simple hecho de vivir y existir, sin necesidad de un mayor esfuerzo que el que puede representar respirar o alimentarse. Durante este periodo sensible, el niño absorbe los aspectos de su lengua materna y, más tarde, en la fase intelectual, absorberá aspectos tales como la pronunciación, la entonación, el acento y el vocabulario de su medio ambiente, así como la estructura gramatical.

Periodo sensible al orden. Este periodo sensible va desde el primer año de vida hasta los tres años aproximadamente, con una cúspide a los dos años. Podemos observar cómo niñas y niños de estas edades muestran disconformidad ante algunas características del ambiente que en ese

momento no están colocadas o no se encuentran en el lugar en el que están acostumbrados a verlas, a lo que reaccionan con gran disconformidad o enfado.

Que exista un periodo sensible al orden ¡no significa que los niños sean ordenados como al adulto le gustaría! Lo que quiere decir es que debes aprovechar ese momento para trabajar el orden con tus hijos. El orden es un sentido interno que nos permite distinguir las relaciones entre varios objetos, más que la que tienen los objetos consigo mismos. Trabajar bien este periodo sensible hoy, permitirá la construcción de la mente matemática en un futuro próximo. Toda nuestra existencia, todo nuestro universo se rige bajo unas leyes de orden universales, y los seres humanos no somos ajenas a ellas. El niño necesita tener orden externo para crear su orden interno. Durante este periodo sensible, el niño está interesado en el orden y es un auténtico apasionado por ordenar todo lo que ve, lo que le ayuda a conformar su estructura mental. El orden le da al niño confianza, permite su concentración, le ayuda a ejecutar el ejercicio, le da un punto de referencia y le da consistencia y rutina. El orden externo libera al niño para expandir su energía, mientras forma su orden interno. El orden también tiene que ver con la rapidez para actuar y reaccionar, así como la destreza con la que manipulan los objetos. Incluye la secuencia de ideas y procesos de resolución.

Periodo sensible al refinamiento de los sentidos. Va de los cero a los seis años, con una cúspide entre los dos y los cuatro años de edad. Los sentidos son instrumentos por medio de los cuales el niño entra en contacto con su ambiente. Durante este periodo sensitivo el niño capta todo lo que está a su alrededor a través de la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato.

Resulta fundamental su trabajo en las primeras edades. De ahí que un niño en esta franja de edad de poco le sirve que esté haciendo las típicas «fichas» durante el tiempo que pasa en la escuela si no tiene en su día a día un acercamiento real a un trabajo sensorial completo. Debemos tener muy presente como adultos que aquellas propuestas que hagamos a los niños durante esta franja de edad deberán implicar a cuantos más sentidos mejor, para que el aprendizaje adquirido sea realmente rico y constructivo para su desarrollo. Durante este periodo sensible, el niño experimenta una exaltación de su conciencia, da entrada a todas las impresiones sensoriales que recibe desde el primer día que nace hasta los seis años, aunque de forma más pronunciada de los dos a los cuatro años de edad.

Desarrollar significa aumentar la percepción de los sentidos (no quiere decir que crezcan, pero sí desarrollar la percepción de lo que captamos a través de esos sentidos). A este periodo sensible también se le conoce como periodo sensible de las impresiones sensoriales o periodo sensible de la educación de los sentidos.

Periodo sensible del movimiento. Va de los dos años y medio a los cuatro años de edad, con una cúspide antes de los tres años. El movimiento voluntario tiene un impacto en el desarrollo de la psique, básicamente porque está ligado con el desarrollo de la voluntad. El niño necesita el movimiento, y si no le dejamos moverse obstaculizamos el desarrollo de su voluntad. Durante este periodo sensible, los niños están interesados en ejecutar movimientos precisos, y buscan llegar a la perfección hasta dominar por completo el ejercicio. Los dos movimientos del cuerpo más íntimamente relacionados con el ser humano son el de la lengua y el de las manos.

El movimiento refinado es necesario para el adecuado desarrollo de la psique, así como para la adquisición de la independencia, tan necesaria para un crecimiento sano. El desarrollo de la mano ha sido la herramienta principal para la autoexpresión de la que el hombre moderno es capaz.

¿Qué tiene que hacer el adulto durante estos periodos sensibles?

Observar. El adulto encargado de guiar al niño debe estar bien entrenado en las artes de la observación. Debe ser capaz de observar las manifestaciones en el niño, que denotan que un periodo sensible está activo. Tenemos que estar alertas, pendientes, observar todos los días y saber qué estamos buscando. Los periodos sensibles necesitan ser estimulados, pues no se manifiestan de forma automática.

Hace un tiempo una mamá de nuestra escuela nos comentó un tanto agobiada que se veía incapaz de detectar estos periodos sensibles, que cómo lo podía hacer. Le comenté que no se preocupara, que detectar los periodos sensibles no pasa porque el adulto se aprenda un manual con las famosas «recetas mágicas para detectar los periodos sensibles en tus hijos». Para nada. Los adultos estamos muy acostumbrados a eso de seguir recetarios educativos que solucionen nuestros problemas, y nos olvidamos de que en la niña o el niño que tenemos delante se encuentran todas las soluciones que estamos buscando; eso sí, siempre

que seamos capaces de realizar una buena observación de lo que acontece.

A través de la observación, debes fijarte en si de repente ves al niño interesado o concentrado en la actividad que está realizando, pues, cuando su energía le impulsa a concentrarse sobre un ejercicio determinado, es capaz de permanecer con él durante un largo periodo de tiempo, demostrando en la ejecución del mismo una exactitud y una paciencia digna de admirar. Es en este momento cuando el niño consolida el aprendizaje o la habilidad que necesita en ese preciso instante; o si, al realizar una determinada actividad ves al niño concentrado, con la mirada fija y en silencio observando dicha actividad; o si observas como repite y repite una determinada actividad, sacando el máximo partido a la misma. Y, así, podríamos añadir varios ejemplos más que reflejan que hay un interés por parte del niño en la actividad que está realizando u observando que realizan otros. Es ahí, en esos precisos momentos, cuando los adultos tenemos que adoptar un papel de no interrupción y simplemente observar qué ocurre. En un próximo capítulo te contaremos algunas estrategias y técnicas que podemos utilizar para dejar reflejadas dichas observaciones.

¿Cómo debe ser el ambiente preparado?

Para que un determinado periodo sensible pueda ver la luz, resulta imprescindible que el niño se encuentre en un ambiente preparado con los estímulos necesarios que puedan propiciar dicha evidencia. Para ello, el ambiente tiene que prepararse de acuerdo a las necesidades de absorción de ese periodo. Dentro del niño hay un impulso vital que le lleva a hacer actos estupendos, pero hay que nutrir estos periodos sensibles. Cuando una sensibilidad especial hacia un objeto aparece en el niño, no es solo un deseo sino una necesidad; eso es un periodo sensitivo, y es fuerte en los niños.

De aquí radica la importancia que estamos resaltando constantemente a lo largo de este libro, la que tiene el adulto en el desarrollo del niño, pues, en el caso que nos ocupa, debe ser el adulto el encargado de saber qué necesidades de desarrollo tiene la niña o el niño con el que se encuentra, en qué etapa evolutiva está, y cuáles son los periodos sensibles que se manifestarán en esta determinada etapa. A raíz de toda esta información, el adulto se preparará —tanto en casa como en la escuela, como a través de actividades en el exterior— de manera que dichas actividades puedan «abrir la puerta» a que se manifiesten estos periodos

sensibles.

Conclusión

Recuerda que todo lo que te llama la atención del método Montessori está basado en la observación, y la observación no es algo homogéneo para toda la infancia, pues cada niña o cada niño es único. Así que debes aprender técnicas en este sentido. Técnicas que, lejos de ser algo en lo que debas profesionalizarte, deberás adquirirlas de manera que puedas disfrutar de ese regalo que la vida te ha dado; afortunadamente, cada niño o niña tiene unas características únicas, y lo más digno que podemos hacer en nuestras vidas es hacer que florezca el fruto que llevan dentro.

Por lo tanto, la educación debe tener muy presentes estos periodos sensibles en la infancia. De esta manera se dará cuenta del error que ha cometido durante siglos al considerar que la progresión de la inteligencia de un niño es continua y uniforme, y que la fatiga que muestra el niño por el aprendizaje no deja de ser una señal de alarma que el niño exterioriza cuando no se le atiende como realmente necesita su ser. Cuando la educación atiende estas manifestaciones en el niño, este demuestra sus progresos de una manera significativa, y alcanza grados de perfección que son inimitables en otros momentos de su vida, lo que aumenta su vigor y satisfacción al sentir que está atendiendo la llamada de su propia vida.

LA IMPORTANCIA DE OBSERVAR

¿Por qué es tan importante observar al niño?

Porque será únicamente de esta manera como podamos conocer al niño y saber cuáles son las verdaderas necesidades de desarrollo que debe satisfacer. La observación nos permite descubrir al niño, sus actitudes, conocerlo de verdad. Si estamos diciendo que ahora el foco del proceso educativo está puesto en el niño, necesitamos saber cuál es su verdadera esencia, y para ello necesitamos observarle. Observamos para conocer y para aprender de lo que estamos observando. Nos ayuda en el momento en que realizamos la observación y nos prepara para planificar una estrategia futura. María Montessori observó durante más de cuarenta años. De sus observaciones extrajo las principales características y principios pedagógicos de lo que hoy conocemos como el método Montessori.

¿Cómo lo hacemos?

Una buena observación debe ser objetiva, nunca subjetiva. No emitas juicios de valor ni interpretes lo que está ocurriendo. Una cosa es lo que yo creo que está pasando y otra muy diferente lo que está pasando. Lo que estás viendo en ese momento es lo que está ocurriendo, no existe otra cosa. A través de la observación podremos conocer cuáles son las verdaderas características que presentan los niños. Podremos observar aspectos relacionados sobre la capacidad física del niño, su habilidad motora fina y gruesa; cuáles son sus patrones de sueño o de alimentación; qué ocurre cuando se encuentra en un ambiente en el que se suceden diferentes tipos de rutinas, movimientos, ruidos, etc.; podremos observar el movimiento de sus manos, de sus brazos o piernas, así como qué sucede cuando empieza con estos movimientos; sobre todo en las primeras etapas, observaremos cómo se va sucediendo el desarrollo del lenguaje, desde los primeros balbuceos hasta la pronunciación de sus primeras palabras. Realizaremos nuestra observación para conocer al niño y sus necesidades. Nos

ayudará a saber en qué punto está el niño y desde ese «aquí y ahora» seguir trabajando junto a él en esa autoconstrucción que está realizando. Para ello, es importantísimo centrar la observación en describir únicamente lo que ves en ese momento y eliminar cualquier juicio de valor, pasado o presente.

Aunque a simple vista parece fácil, para que una observación nos reporte los resultados que esperamos, es vital que pongamos nuestra mente en silencio. Eliminar o apartar de ella todo lo que conocemos o creemos que conocemos del niño, pues todo ello únicamente nos llevará a la confusión y estaremos emitiendo juicios de valor. Solo observamos lo que vemos, tal y como está siendo en ese momento.

¿Qué características debe tener la observación?

Cuando realicemos una observación, esta deberá ser amorosa, con interés, respetuosa con las características de desarrollo que presente el niño en ese momento. Para ello, debemos tener conocimiento de lo que hacemos, y aquí resulta imprescindible saber cuáles son las características de desarrollo que el niño presenta en cada etapa en la que se encuentre. La observación deberá ser responsable, exacta, objetiva, humilde y consciente.

Debemos recordar que la observación es un arte que necesitará de un entrenamiento. Por ello, y sobre todo al iniciarnos en esta disciplina, realizaremos observaciones de cortos periodos de tiempo, entre veinte y treinta minutos aproximadamente. Posteriormente iremos incrementando estos periodos hasta llegar a las dos horas, un tiempo recomendado para la realización de una observación. Se puede observar en casa, en la escuela, o incluso en el parque. Lo que sí resulta interesante al respecto es que en cada observación tengamos claro qué queremos observar. Por ejemplo, si estamos observando a un bebé, nos podemos centrar en el sueño; si lo hacemos en la escuela, podremos observar cómo se desarrolla y se comunica a través del lenguaje o cuál es el trabajo que realizan sus manos; si lo hacemos en el parque, podremos observar por ejemplo cómo son los movimientos que realizan o cómo son los procesos de socialización (si observamos a niñas y niños a partir de los tres años de edad). Para poder obtener conclusiones sobre lo observado, resulta imprescindible que podamos tener varias observaciones realizadas sobre el mismo niño, en diferentes momentos y en diferentes contextos, bien sea solo o con amigos; si se

encuentra en presencia de adultos o entre iguales; tener un muestreo genuino de datos escritos válidos; observar un niño en diferentes momentos del día, etc. Esto nos ayudará a conocer mejor al niño y así poder ayudarlo, tanto a él como a su madre, padre o tutores, en momentos determinados. Es muy importante que todo aquello que observemos lo vayamos escribiendo a medida que va sucediendo, pues de no hacerlo así podríamos tener una mala observación por defectos de percepción o de memorización: por eso debe ser escrita. Cada momento es único e irrepetible, de ahí la importancia de hacerlo en el momento en que ocurre; si lo dejamos para otro momento, o incluso para otro día, es muy probable que introduzcamos el factor juicio en la observación, con lo que no sería válida por tener un componente subjetivo añadido por nuestra parte.

Por el contrario, no debemos dejarnos llevar por la excesiva subjetividad, porque puede que nuestra propia presencia perturbe la observación objetiva. Podemos llegar a pensar incluso que no requerimos ninguna preparación para hacerlo, mostrando cierta arrogancia hacia esta invitación que el niño nos hace indirectamente a desaprender muchas de las cosas aprendidas para poder ver, mirar y sentir al niño con otra mirada.

El papel del adulto en la observación

El papel del adulto en este sentido es muy importante. Su papel y también su comportamiento durante el tiempo en que esté realizando la observación. Debe desarrollar la capacidad de observación; ser consciente de sí mismo permaneciendo en el aquí y el ahora, con la mente vacía y sin preocupaciones ni prejuicios. Necesita paz y tranquilidad interior, eliminar cualquier deseo de intervenir en lo que está observando ni de juzgar lo que está sucediendo.

He podido presenciar observaciones realizadas en nuestra escuela en la que la presencia del adulto ha causado gran expectación y revuelo entre las niñas y niños del ambiente, lo que no debería ser considerado como normal. El adulto debe pasar lo más desapercibido posible. Debe tener muy en cuenta que ha sido invitado a la Casa de los Niños y que su función o papel en ese momento es muy diferente a ese papel de adulto que dirige al grupo, al que estamos acostumbrados. Créeme cuando digo que asumir este rol en algunos adultos ha sido todo un proceso interno que han tenido que realizar, pues su presencia en quietud, únicamente observando y tomando anotaciones, les provocaba cierta

inquietud. Asumir un comportamiento con estas características supone un golpe muy fuerte en el ego del adulto. Se recomienda que cuando vayamos a realizar una observación no llevemos cosas que llamen la atención de los niños; ropa discreta y cómoda y, por supuesto, móviles apagados y nada de hacer fotos ni tomar vídeos con el móvil mientras observamos. Seremos muy austeros y muy humildes mientras observamos.

Durante el tiempo que dure la observación, resulta imprescindible quedarnos sentados sin movernos o, en el caso de necesidad, hacerlo de la manera más sigilosa posible. Recuerdo perfectamente lo impactante que resultó para mí cuando realicé mi primera observación en una escuela Montessori. Nada más llegar, y tras las pertinentes presentaciones al equipo directivo y profesional de la escuela, la y guía que estaba a cargo del ambiente donde iba a realizar mi observación me acompañó hasta la sala, me señaló una silla y me dijo textualmente: «Este es tu lugar. Siéntate y muévete lo menos posible. Que disfrutes de la observación». En ese momento sentí cierta arrogancia por su parte; sentí que mi función de adulto que «todo lo sabe» se derrumbaba por completo. En cierta manera, me sentía inferior, pues veía vilipendiados todos esos derechos que los adultos creemos tener sobre la infancia, sencilla y únicamente por considerarnos poseedores de su voluntad, pues ellos no saben nada y nosotros lo sabemos todo. Transcurridos los primeros minutos, y una vez comenzaron a llegar las niñas y los niños, pude comprobar cómo mi presencia no les inquietaba lo más mínimo y apenas si me hacían caso. Niñas y niños eran perfectamente conscientes de que yo estaba allí, a la vez que sabían que lo estaba haciendo porque era mi trabajo en ese momento al igual que ellos tenían el suyo. Transcurridos unos días —y tras quitarme de encima cantidad de juicios que había emitido ante esta conducta de la guía—, pude sentir la importancia que resulta que los adultos nos mantengamos al margen del trabajo de la infancia; sobre todo por aquello de desaprender lo aprendido, pues, si queremos mirar al niño con otra mirada, hay muchos aspectos y conductas adquiridas que debemos modificar por completo. Al principio duele, ya que tomas conciencia de que tu figura de adulto —por muy adulto que seas o por muchos cursos, títulos universitarios o másteres que tengas— no forma parte de las verdaderas necesidades que los niños tienen en ese momento.

Ventajas de la observación

Desarrollar el arte de la observación es uno de los aspectos a tener muy en cuenta en aquellos adultos que quieran de verdad acercarse al niño, que quieran conocer cuáles son los momentos por los que transitan, para poder así conocerle mejor y ayudarle con nuestra guía a satisfacer sus necesidades. La observación se basa en lo que estoy viendo en este preciso instante, y no en lo que yo creo saber o creo estar viendo. Mucho cuidado con tener desatendidos los pensamientos durante el proceso de observación, pues de hacerlo es muy posible que, en lugar de estar añadiendo datos sobre lo que ocurre, estemos añadiendo datos sobre lo que bajo nuestro punto de vista creemos que está sucediendo; y esto último es algo muy distinto al principal objetivo de la observación. Por ejemplo, no es lo mismo anotar los movimientos o conductas que una niña o un niño tienen cuando se encuentran llorando, que anotar que esa niña o niño están llorando porque yo creo que echa de menos a su mamá, o quizás que está llorando porque ayer cuando estuvo en el cole se cayó y se hizo daño y por eso ahora llora. Esto último es a lo que nos referimos cuando hablamos de comentario subjetivo.

La observación es un proceso importante de descubrimiento a través del que podemos generar hipótesis, lo que nos permite encontrar respuestas a preguntas específicas y nos proporciona un cuadro o una situación más real de las conductas y los eventos. Nos ayuda a tener un mejor entendimiento de la conducta del niño, a entender cómo aprende ese niño, ya que no todos aprenden de la misma manera, y nos permite hacer una evaluación o conclusión basadas en las observaciones realizadas.

¿Cómo observar?

Para realizar una buena observación, lo primero es hacernos con un cuaderno y un bolígrafo. Allí iremos recogiendo toda esa información que nos da la observación. Recuerda que, en tu papel de adulto, deberás pasar lo más desapercibido posible para el niño. En ningún momento se debe dar cuenta que está siendo observado.

Comenzaremos nuestra observación añadiendo aspectos que aparentemente no tienen importancia, aunque con el paso del tiempo, y una vez realizadas unas cuantas observaciones, nos daremos cuenta de que son elementos clave cuando volvamos a leer la observación realizada. La fecha, el clima, cómo nos

encontramos tanto anímicamente como físicamente, qué vamos a observar, el número de personas que se encuentran en el lugar donde realizamos la observación, cómo está el ambiente, etc., son aspectos a tener muy en cuenta, pues de manera directa repercutirán en nuestro ejercicio de observación.

Después de esto, comenzaremos a realizar la observación propiamente dicha. Se trata principalmente de realizar anotaciones durante todo el tiempo que estés observando. Puedes anotar infinidad de detalles: centrarte en un solo niño o en el trabajo de una pareja de niños; observar las diferentes áreas por las que pasa el niño durante la mañana; el tipo de movimientos que realiza; sus fases de concentración, distracción, observación; observar a través de los periodos sensibles, etc. Toda esa información que recopilarás será de vital importancia para que tu papel como guía sea lo más efectivo posible.

Añade también, junto a la observación que estás realizando, pequeñas anotaciones con una interpretación personal de lo que ocurre. Te ayudarán en un momento dado a entender mejor la observación realizada, pero debes tener muy claro que son interpretaciones personales. Pon, junto a la observación que realices, la hora a la que has añadido tal o cual cosa: te ayudará a entenderla mejor.

Para poder llevar a cabo esta técnica, hay que hacer un entrenamiento personal siguiendo una secuencia de observaciones: primero, observar objetos inanimados, luego plantas y animales y, por último, seres humanos. Hay que hacer antes estos ejercicios para practicar y estar completamente preparados para saber observar sin emitir juicios. Y tener siempre presente que para conocer las características de lo que estamos observando debemos tener un número suficiente y variado de observaciones, en momentos y actividades diferentes de la vida del niño. Siempre hay que observar de manera amorosa, respetuosa y consciente, con interés por conocer lo que se va a observar, de forma responsable, objetiva y exacta.

Ejemplo de formato de observación

A continuación, te dejo un formato que solemos utilizar y que nos sirve como guía en el momento en que realizamos una observación.

N.° de observación:	Observador:
Hora:	Lugar:
Estado físico:	Estado de ánimo:
Descripción inicial del lugar, con número de adultos y niños:	
Observación:	
Hora de fin:	
Interpretación:	

▪

La observación se aprende a través de la práctica y, desarrollándola, podemos descubrir su verdadero significado: es más que una habilidad, es un proceso activo que produce resultados y consecuencias. Lo más bonito de todo es cuando acabas descubriendo que observando al niño te descubres a ti mismo.

MONTESSORI Y LAS FUNCIONES EJECUTIVAS

Imagina un aeropuerto con bastante tráfico aéreo. Hora punta. Imagina que estás al mando del control del tráfico aéreo de dicho aeropuerto y sabes que gran parte de tu trabajo pasa por manejar aviones que van a despegar o a aterrizar en cualquier momento, que se mueven en muchas pistas con una perfecta sincronización. Imagina ahora que esa torre que coordina todo el tráfico aéreo es el cerebro del niño, quien, a la vez que maneja gran cantidad de información, debe evitar distraerse. Imagina ahora lo importante que es el trabajo de las funciones ejecutivas desde la primera infancia.

Las funciones ejecutivas suponen un ingrediente clave para el rendimiento del niño a lo largo de toda su vida. No se trata únicamente de aprender el lenguaje o aprender los números o los colores. Además, debemos ser efectivos a la hora de trabajar con los demás, de evitar distracciones, de manejar demandas múltiples, etc. En un día cualquiera de una escuela Montessori, las funciones ejecutivas tienen un papel protagonista; sobre todo en la etapa comprendida entre los cero y los seis años, lo que en el método Montessori abarcaría las etapas de Nido, Comunidad Infantil y Casa de Niños.

Si hay algo de lo que una escuela Montessori debe estar satisfecha en la actualidad es precisamente llevar intrínseco en sus rutinas diarias algo de suma importancia para el ser humano como es el desarrollo de sus funciones ejecutivas. Más aún si cabe tras la llegada a nuestras vidas en los últimos años de los dispositivos electrónicos —y su desaconsejable utilización antes de los seis años según los expertos—, que hacen que niñas y niños entre cero y seis años no estén trabajando funciones ejecutivas acorde a las necesidades de desarrollo que tienen en esta franja de edad.

Las funciones ejecutivas son las que nos caracterizan como seres humanos y nos definen como seres sociales. Las funciones ejecutivas que la gran mayoría de investigadores considera básicas son el control inhibitorio, la memoria de trabajo y la flexibilidad cognitiva. Estas habilidades, relacionadas con la gestión de las emociones, la atención y la memoria, nos permiten el control cognitivo y

conductual necesario para planificar y tomar decisiones adecuadas. Estas funciones tan importantes para la vida cotidiana están vinculadas al proceso madurativo de la corteza prefrontal y resultan imprescindibles para el éxito académico y, lo que es más importante, para el bienestar personal del alumno. Imaginemos una situación cotidiana del niño en el aula. Supongamos que un niño debe esperar su turno para realizar una actividad. En primer lugar, el niño debe tener control inhibitorio, pues no puede entrometerse en la actividad de otro, y debe esperar su turno para poder hacerlo. Pero, cuando le toca nuevamente su turno, también tiene que recordar qué se supone que debe hacer y entonces se requiere la memoria de trabajo. Si los niños a los que les toca el siguiente turno no hacen algo imprevisible, el niño de nuestro ejemplo debe ser capaz de ajustar lo que hará enseguida, y esto último requiere flexibilidad mental.

Este sencillo ejemplo aclara, por ejemplo, cuestiones como por qué en las escuelas Montessori solo hay un material de cada tipo, lo que obliga a los niños a tener que esperar su turno para poder trabajar con él; o por qué los niños pueden observar el trabajo que realiza un compañero siempre que lo hagan de manera respetuosa, de tal manera que respeten al compañero que está trabajando a la vez que aprenden a esperar; o por qué los niños deben esperar a que el Guía realice la presentación completa de un material antes de que ellos puedan trabajar con él; o por qué existen límites lógicos con los que un niño adquiere numerosas rutinas en las que espera para poder realizar una actividad.

Trabajar las funciones ejecutivas es algo así como ir al gimnasio. De esta manera, cuanto más se trabajen estas áreas cerebrales, la capacidad se vuelve más fuerte porque se fortalecen esas conexiones neuronales. La función ejecutiva cambia a lo largo de la vida, aunque bien es cierto que mejora considerablemente durante los primeros años. Hace un tiempo vino a visitarnos a nuestra escuela David Bueno i Torrens, uno de los neurocientíficos más relevantes de nuestra era, sobre todo por sus aportaciones al ámbito educativo. Durante una ronda de preguntas al final de la charla, una madre le preguntó cuáles eran, desde su punto de vista, los aprendizajes que debían ofrecer las escuelas de hoy en día a niñas y niños, cuyas características y realidades son hoy muy distintas a las que nosotros tuvimos en su momento. David Bueno le respondió que estos aprendizajes deberían ser tres principalmente: por un lado, trabajar todo el tema competencial en la escuela, es decir, que el niño haga cosas en la escuela que le sirvan para su vida real fuera de la escuela; por otro lado, tener muy presentes las funciones ejecutivas en el proceso de enseñanza y

aprendizaje, estableciendo dinámicas para que estas se encuentren inmersas en el día a día de la escuela; y, por último trabajar aspectos emocionales. Con ello, podemos observar la importancia que este trabajo de las funciones ejecutivas tiene para las niñas y los niños de esta nueva era en la que nos encontramos.

La sociedad del fast life, donde apenas si se está dejando al niño ser niño o llevar unos ritmos naturales de desarrollo, tiene hoy unas carencias tremendas en cuanto al desarrollo de las funciones ejecutivas en la primera infancia que, a la postre, les perjudicarán a lo largo de su vida. Niñas y niños poco o nada acostumbrados a la espera, a controlar sus impulsos, a respirar o a saber esperar para poder actuar, son el resultado hoy de una sociedad que vomita muchas falsas esperanzas y aprendizajes erróneos creyendo que, cuanto más ocupado esté mi hijo, mejor; es una sociedad que confunde aprendizaje con acumulación de conocimientos.

Hoy, cuando el ser humano se encuentra sumido en una nueva revolución para su especie —en este caso la revolución tecnológica—, la educación debería fijar en el trabajo de las funciones ejecutivas uno de sus pilares imprescindibles dentro de sus programaciones educativas, y no lo está haciendo. Estoy convencido de que muchos de los problemas por los que hoy pasan los niños ocurren por no haber hecho un correcto trabajo de las funciones ejecutivas cuando tocaba hacerlo. Pero, claro, es más fácil culpar a un niño de cuatro años que a todo un sistema educativo.

La sociedad actual necesita educar para la vida y no solo educar para conseguir un trabajo. Defendamos una educación que acerque al niño al sentido de la vida. De forma lenta pero segura, el niño ingresará al mundo con estas habilidades que le permitirán llevarse bien con los demás, cambiar las reglas, ser flexibles, lograr nuevas cosas, y hacerlo sin miedo.

Si no adquirimos estas habilidades durante la infancia y la adolescencia, que es cuando se activan, estaremos realmente mal preparados para mantener un trabajo cuando seamos adultos, para criar a nuestros hijos o para convivir con los demás. Básicamente, para ser parte de la sociedad.

LA EDUCACIÓN CÓSMICA: UN LEGADO DE MARÍA MONTESSORI A LA HUMANIDAD

María Montessori inauguró la primera «Casa dei bambini» cuando tenía treinta y siete años. Dedicó gran parte de su vida a la educación de las primeras edades y a la expansión de su método por todo el mundo, y no realizó el planteamiento de Educación Cósmica hasta que tenía setenta años. ¿El motivo? María Montessori, junto a su hijo Mario, quedaron atrapados en la India como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. El motivo de que los Montessori acudieran a la India fue porque fueron invitados por la Sociedad Teosófica para dar conferencias en este país. Este hecho supuso un importante punto de inflexión en la vida de los Montessori, pues fue en ese momento cuando comenzaron a dedicarse por completo a pensar de qué manera poder —a través de la educación— crear un ser humano capaz de llevar la paz al mundo en el que vive.

Como eran ciudadanos italianos, fueron acogidos por el gobierno británico durante la guerra (India era una colonia británica durante esa época). En una primera etapa en la India, María Montessori y su hijo residieron en la ciudad de Madrás. Al cabo del tiempo, se instalaron en una región más montañosa y pastoral llamada Kodaikanal donde, en pleno contacto con la naturaleza, con los niños y con tiempo para la reflexión, Montessori estableció el concepto de Educación Cósmica. Fue esa desagradable experiencia de guerra la que les permitió expandir su metodología educativa tanto en el ámbito infantil como de primaria. Educación Cósmica es un concepto y un planteamiento que se planifica para niñas y niños entre los seis y los doce años, lo que en el método Montessori se conoce como la etapa de Taller. Montessori considera que, desde un punto de vista psicológico, el niño de esta franja de edad vierte su conciencia hacia el exterior, y muestra una predisposición a indagar la razón de las cosas como nunca antes lo había hecho.

Dentro de este concepto de Educación Cósmica caben destacar dos conceptos clave: el concepto de naturaleza y el de supranaturaleza. Por naturaleza entendemos todo lo ocurrido y acontecido desde los inicios de la existencia hasta nuestros días. No hablamos solo de la existencia del ser humano, sino desde el

famoso Big Bang hasta hoy. Este concepto engloba todos los acontecimientos durante miles de millones de años, cuyas diversas transformaciones y hechos acontecidos han dado lugar al mundo que hoy existe y a quienes somos a día de hoy. Por otro lado, el concepto de supranaturaleza podríamos decir que es algo más reciente, pues este comienza con la aparición de los seres humanos sobre la faz de la tierra, quienes modifican aceleradamente el ecosistema en el que viven, a la vez que son capaces de transformar y crear a través del trabajo con la mano, su principal elemento de creación y transformación.

A lo largo de gran parte de la bibliografía de la doctora Montessori podemos observar cómo en diferentes ocasiones hace referencia a que el secreto del éxito de la educación de los niños estará siempre inspirado en la idea central del Plan Cósmico, a través del cual todos los seres humanos, tanto consciente como inconscientemente, responden al gran propósito de la vida. A través de este Plan Cósmico, los niños aprenderán la historia emocionante acerca del planeta en el que vivimos, donde el adulto será el encargado de narrar los lentos pero numerosos cambios que en este se han ido produciendo a lo largo del paso de largas eras. El objetivo principal de narrar estos acontecimientos será el de mostrar cómo todo lo sucedido ha sido lo que tenía que ocurrir en el momento que debía hacerlo, y destacar que cada agente implicado cumple su función en este hogar compartido al que llamamos naturaleza.

Pero ¿qué es la Educación Cósmica y por qué decimos que es un planteamiento que debiera estar instalado en cualquier currículum educativo? La respuesta es muy simple: porque nos afecta a todos los seres humanos como integrantes de un planeta común y un universo compartido. María Montessori entendía que la Educación Cósmica podía ayudar a los niños a entenderse a sí mismos y a vivir de acuerdo con la sabiduría del universo, guiando al individuo hacia un análisis de la pregunta inicial «¿Quién soy?», «¿Cuál es mi tarea en este maravilloso universo?» o «¿Qué puedo hacer yo para mejorar el mundo en el que vivo?». Este punto de partida, esta pregunta inicial, llevará al niño a respuestas que tengan que ver con su seña de identidad, con quién es realmente, con conocerse a sí mismo. Es en el Universo donde se esconden las respuestas a todas las preguntas, pues todas las cosas forman parte del mismo y están conectadas entre sí para conformar una completa unidad. Esta idea sitúa al niño en un lugar, haciendo que pueda dejar de deambular sin rumbo en busca del conocimiento. De esta manera, el niño encuentra satisfacción a su realidad, pues ha encontrado el centro universal en sí mismo y en todas las cosas.

Esta propuesta holística de la educación que plantea Montessori es algo revolucionario, y debería ser el principal objetivo de cualquier propuesta educativa, ya que así se acabarían las divisiones que el hombre ha creado y que lo separa de poder convivir en paz con los miembros de su propia especie. Presentar de esta manera la idea del universo a los niños causará admiración y asombro, además de despertar su interés por el estudio del mismo. El conocimiento se vuelve sistemático y organizado, y la inteligencia se muestra como una totalidad gracias a esta visión completa que se les ha presentado. Los niños empezarán así a interesarse por todo lo que les rodea, también por aquello que no pueden ver con sus propios ojos pero que sí pueden imaginar; podrán comprobar cómo cada cosa está interconectada con las demás y ocupa un sitio en el universo en el cual se centra en su mente.

La Educación Cósmica supone, pues, la base sobre la que se sustentará el currículum de primaria, que ha demostrado ser el único camino posible para proseguir con paso firme las investigaciones en materia educativa. Será trabajada por el niño a través del estudio de disciplinas como la historia, la biología, el lenguaje, las matemáticas, la geografía, la música, el arte, la geometría o las ciencias, pero nunca lo hará a través de la memorización de contenidos ni entendiendo que cada una de esas disciplinas se encuentran separadas las unas de las otras, sino que realizará un aprendizaje transversal e interdisciplinar de todas las áreas. Lejos de entender las asignaturas de forma separada como ocurre en la educación tradicional, podrá comprobar la conectividad existente entre todo a través del aprendizaje transversal del que se caracteriza esta etapa, y lo hará además siguiendo las directrices que le dicta su maestro interior. De esta manera el niño irá formándose como persona a través de un proceso que él mismo está construyendo, y, sobre todo, que entiende, porque está siendo partícipe y protagonista de su aprendizaje. Nada ni nadie puede aprender por otro. El deseo de aprendizaje continuo es intrínseco al ser humano.

De ahí radica su enorme importancia en la educación de una persona. Porque guía al individuo en el camino del autoconocimiento. Como se puede comprobar, hablamos en todo momento de un planteamiento educativo muy necesario para la humanidad, porque no se basa únicamente en la transmisión de conocimiento, sino que va mucho más allá, situando al individuo como actor principal de su aprendizaje, y a través de esa invitación a conocerse a sí mismo, para que pueda trabajar por mejorar el mundo en el que vive.

Urge modificar por completo la visión que la mayoría de sistemas educativos

tienen hacia la educación. Es algo de lo que hemos hablado a lo largo de este libro. Ojalá seamos capaces de poder ver y darnos cuenta de que esta propuesta de Educación Cósmica no debería ser algo específico del método Montessori, sino más bien de cualquier sistema y currículo educativo que pretenda educar a seres humanos, dadas las características que tiene en beneficio del bienestar y del progreso de nuestra raza y del ambiente en que vivimos.

¿POR QUÉ MONTESSORI ES UNA EDUCACIÓN PARA LA PAZ?

«Una educación para la paz» es, muy probablemente, el mensaje más importante, el legado que la doctora Montessori pretende dejar grabado entre sus fieles seguidores a la hora de poner en práctica aspectos relacionados con su propuesta educativa. María Montessori fue una mujer que vivió en primera persona los horrores de las guerras: las dos guerras mundiales y la guerra civil española, que le afectaron de manera personal, profesional y familiar. Todo ello le causó una profunda impresión que no hizo otra cosa que afianzar su apuesta decidida a poner el foco en el niño como el único ser capaz de reformar y regenerar la sociedad en la que vive. Un ser humano educado en la paz se convertirá en el ser humano capaz de generar un nuevo mundo posible y necesario.

María Montessori fue una fiel defensora del mensaje de que los cimientos de una sociedad se construyen en la infancia; creía que eran las niñas y los niños los verdaderos encargados de ayudar a los docentes para que su trabajo dejara de ser eso tan monótono y aburrido a lo que se habían acostumbrado, y pasar a convertirse en una tarea alegre, en la que no exista la represión, cuya labor se vea realizada y materializada en colaboración con la naturaleza. Si hay una definición que podríamos hacer sobre el método Montessori es que este se convierte en una auténtica educación para la vida a través de la cual podamos llegar a tener verdadera paz entre los hombres, lo que convierte el método Montessori en una educación realmente importante para la humanidad.

Los hombres carecen de la educación suficiente para controlar los acontecimientos y terminan por ser sus víctimas. Siempre existieron ideas nobles y sentimientos profundos... pero sigue habiendo guerras. Si la educación continuara con sus viejas fórmulas y se la siguiera considerando como la simple transmisión de conocimientos, el problema se tornaría irresoluble y no habría esperanza de mejorar el mundo... Si tiene que llegar ayuda y salvación, serán los

niños los que la traigan, pues los niños son los constructores del hombre y de la sociedad.

MARÍA MONTESSORI.

Educar para un nuevo mundo, pág. 1

Por lo tanto, para que haya verdadera paz, esta tiene que venir desde la belleza. Paz desde el corazón, no desde la mente. Porque la mente es envidiosa, juzga constantemente, compara o persigue sus propias vanidades. La mente es incapaz de ver más allá de la palabra «paz»; por eso, para que realmente pueda haber paz, tiene que ser desde el corazón. No basta con quedarnos en lo superficial; para que realmente tenga un alcance, debe salir desde lo más profundo del ser humano y, para que eso se pueda producir, el individuo debe haber recibido una educación con espacios y tiempos para poder conocerse a sí mismo. Por lo tanto, todas aquellas cosas y personas que se encuentren alrededor de los niños deberán cumplir esta premisa. Porque, ya de adultos, nos encontraremos con un mundo sumido en un auténtico caos, con envidias, guerras, ambición o crueldad..., y únicamente si desde pequeños hemos cimentado una educación basada en la belleza desde el corazón, podremos escapar de la corriente a la que nos conduce el mundo y podremos ser seres humanos capaces de llevar paz entre los hombres.

Si cambiamos la educación cambiaremos el mundo

La doctora Montessori fue ampliando su visión a medida que adquiría cada vez más experiencias por el mundo. Su objetivo no fue solo cambiar la institución escolar, sino también hacerlo con la sociedad, pues estaba convencida de que cambiando la escuela cambiaremos el mundo. Fue consciente de que, si sus acercamientos a los poderes políticos no eran suficientes para llevar a cabo su misión, tendría que ampliar las miras y establecer nuevos horizontes buscando la unión de la humanidad en el planeta entero. Montessori, trabajadora incansable, repetía una y otra vez que las miradas de la sociedad tenían que dejar de estar

dirigidas hacia sí misma y empezar a ser dirigidas al niño, a quien consideraba el verdadero protagonista de su propuesta pedagógica y quien a la postre se convertirá en el verdadero salvador del hombre y la humanidad.

Pero esta profunda reforma social que implica su lema de educación para la paz implica una reforma de lo más profundo de cada uno de nosotros, pues sin un trabajo de autoobservación, de dirigir la mirada hacia nuestro interior y revisar, ver y analizar todo lo que las huellas pasadas han dejado en nosotros, nada de esto será posible. En este sentido, Montessori afirma en su libro Educar para un nuevo mundo que «la educación constructiva para la paz no se debe limitar a la enseñanza en las escuelas. Es una tarea que requiere esfuerzos de toda la humanidad. Su objetivo debe ser reformar a la humanidad para permitir el desarrollo interior de la personalidad humana y para crear una visión más consciente de la misión del género humano y las condiciones actuales de la vida social».

Como podemos observar, el camino de Montessori —así como la evolución de su propuesta educativa— se va acercando a los que podríamos considerar como uno de los grandes temas pendientes de la humanidad: la paz mundial y la reforma de las instituciones sociales. Una complicada empresa para cualquiera de nosotros, pero un auténtico motor de motivación para una persona con la energía y la fuerza de María Montessori. Quienes la escuchaban podían ver en ella las respuestas a una necesidad profunda de soluciones esperanzadoras a los problemas que atormentaban Europa y que conducían al mundo hacia otra era desastrosa.

No es de extrañar que con todo este bagaje y, sobre todo, con toda la fuerza que este mensaje pretendía transmitir, María Montessori fuera nominada hasta en tres ocasiones para recibir el Premio Nobel de la Paz. Así ocurrió en los años 1949, 1950 y 1951. Teniendo clara la idea de que el niño y la niña debían ser nuestros maestros —unido a sus pensamientos sobre el desarrollo equilibrado, libre y armonioso del individuo— comenzó una cruzada en nombre de la educación hacia la que dirigió todos sus esfuerzos, con el lema: «Establecer una paz duradera es obra de la educación; lo único que puede hacer la política es librarnos de la guerra».

¿QUÉ ESCONDE EL MATERIAL MONTESSORI?

Hace un tiempo me encontré con una amiga que hacía tiempo que no veía. Nada más vernos, vi cómo se echaba rápidamente la mano al bolso, sacó el móvil y me enseñó una fotografía donde se veía a su hija colocando el último cubo de la Torre Rosa, uno de los materiales Montessori más conocidos. Muy ilusionada, me decía que desde hace unas semanas estaba trabajando el método Montessori «a su manera» y en casa.

Nos encontramos en un momento en el que la carencia educativa de la escuela pública está llevando a muchas madres y padres a ser ellos mismo quienes —desde la ilusión, la preocupación y el deseo de que sus hijos tengan la mejor educación posible—, están investigando acerca de qué otro tipo de metodologías más respetuosas con el niño pueden llevar a cabo en su propia casa. En este caso, el método Montessori es uno de los más buscados y más interesantes para las familias. Pero cuidado con esto, porque el método Montessori va muchísimo más allá de ser una ilusión temporal; va mucho más allá de los materiales que lo componen.

Entonces, ¿qué hay más allá del material Montessori? Entre otras cosas, conocer la importancia que tiene el proceso de normalización como eje sobre el cual se sustentará todo trabajo futuro; conocer cuáles son y qué importancia tienen elementos esenciales del método como la Mente Absorbente, los Periodos Sensitivos, las Tendencias Humanas o el proceso de Adaptación; conocer las características y el papel que tiene el triángulo formado por niño-ambiente preparado-adulto; así como el importantísimo rol del adulto, capaz de llevar una vida personal acorde y en consonancia con los valores y principios Montessori que, sin ir muy lejos, son valores y principios muy humanos, de nuestra relación y respeto por nuestro entorno, por nuestro prójimo, por ese compartir la vida con las personas que nos rodean.

Precisamente, ese deseo de encontrar alternativas educativas más respetuosas con el niño, quizás esté siendo aprovechado por algunos para hacer del método Montessori un nombre mercantilista, capaz de aglutinar ahora mismo muchas

ilusiones, muchas esperanzas, que no están siendo sinceras y que no van más allá de vender una simple ilusión sin que detrás haya de verdad un proyecto educativo serio, sincero y comprometido, capaz de llevar a cabo y defender los principios e ideas de la doctora Montessori.

Una vez aclarado este tema, sin lugar a dudas el más importante, intentemos hablar un poco más de los materiales Montessori. Para ello, vamos a diferenciar entre materiales didácticos y materiales para el desarrollo. Algo de material Montessori en casa cumple perfectamente con las características de un material didáctico. Es decir, un material diseñado con uno o varios objetivos que, una vez entra en contacto y es trabajado por el niño, cumple una función, en este caso, didáctica. La Torre Rosa, por ejemplo, cumple perfectamente las funciones de un material didáctico, pues nos encontramos con un material en base diez, de madera, con el que se pueden hacer construcciones, trabajar dimensiones, pesos, etc. Muy diferente es la función del material Montessori en un ambiente preparado, es decir, en un aula Montessori. Allí este material es considerado como un material para el desarrollo, pues se encuentra en su «hábitat natural» y ha sido diseñado para estar ahí. Es un material con el que el niño trabajará en el momento adecuado.

Un niño trabaja con un material Montessori hasta el momento que ya no quiere hacerlo; por muchas veces que repita, la Guía siempre lo respetará partiendo de la idea de que si trabaja con él es porque lo necesita. Siguiendo con el ejemplo anterior, la Torre Rosa se considera en ese momento como un material para el desarrollo, porque se complementa con los anteriores materiales con los que el niño trabajó, le sirve para el presente y lo prepara para el futuro. Lo que se conoce como propósito directo (el ahora) y propósito indirecto (con vistas al futuro).

El material Montessori, por lo tanto, en un ambiente preparado se complementa perfectamente con el resto de materiales y áreas del ambiente y, al igual que ocurre con el resto de materiales, se trabaja a una edad determinada, con un propósito directo e indirecto determinado y que tiene en sí mismo una función en ese preciso momento. Por eso es tan importante no desmembrar Montessori, no fraccionarlo, porque quienes hemos podido ser partícipes de un buen y serio proyecto Montessori, podemos dar fiel testimonio de que así sucede.

Lo realmente bonito e interesante de que un niño o una niña asista a un colegio Montessori es que va a tener todo lo necesario para su desarrollo en el momento

oportuno, para pasar de ser un ser humano a un hombre o una mujer de su espacio y tiempo, que ha podido desarrollar las características de su especie con garantías; no solo las que su mente superficial demanda que sean desarrolladas en este momento porque así lo necesita, sino también aquellas que su mente oculta, esas que durante miles de años hemos desarrollado como especie, y que le pide que necesita trabajar para que así pueda tener una autoconstrucción íntegra y plena.

Ojalá tengas la oportunidad de poder acceder a un ambiente Montessori y que sea la Guía Montessori quien te explique cómo funciona el ambiente preparado, en qué consiste, qué misterios esconde, la conexión que existe entre los materiales, o por qué es tan importante llevar una vida acorde a los valores y principios que Montessori representa. Te aseguro que vas a salir impresionado, pues nunca antes habrás visto una preparación tan exhaustiva de un ambiente para satisfacer las necesidades de los niños.

Recuerda que Montessori va mucho más allá de los materiales que lo conforman.

6

LA TRANSFORMACIÓN DEL ADULTO COMO INICIO DE TODOS LOS CAMBIOS

Mucha gente toma aire, pero no respira...

Mucha gente abre los ojos, pero no ve...

Mucha gente toca, pero no siente...

Mucha gente camina, pero no avanza...

Mucha gente oye, pero no escucha...

Mucha gente gusta, pero es indeseada...

Mucha gente siente, pero es insensible...

El mundo está lleno de gente, y al mundo le faltan personas...

Humanizar a la gente, de eso se trata...

HOY ES EL DÍA Y AHORA ES EL MOMENTO

Imagínate un día cualquiera. Desde que te levantas no haces otra cosa que pensar en «aquello que desearías que sucediera», en esas cosas que crees que te van a pasar, de tal manera que organizas tu vida sin atender al presente. Intentas poner solución a cosas que no están pasando, y te cuesta mucho entender que esa cosa que piensas no existe. ¡La cantidad de energía que desaprovechamos en esos procesos! Fíjate, acabas de levantarte y no te has dado ni un solo segundo para sentirte, para mirar la experiencia de vida que estás teniendo. No te culpes por ello, desde pequeñitos nos han educado para que eso ocurra, para atender a otros, y no para atendernos. Tenemos una deuda con nosotros mismos, la deuda de escucharnos desde un lugar tan íntimo y profundo que podamos descubrir la base de nuestra experiencia humana.

Nos pasamos cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día, cada semana, cada mes, cada año de nuestras vidas viviendo para resolver las cosas que pensamos van a suceder; nos pasamos los mismos segundos, los mismos minutos, las mismas horas, días, semanas, meses y años de nuestras vidas sin atender nuestra vida y, curiosamente, esa atención es la única realidad que tenemos. Una educación que desde pequeños nos moldea para una adaptación que supuestamente sucederá cuando seamos adultos, ha hecho que hayamos ido perdiendo progresivamente nuestra verdadera identidad. No sabemos atender nuestras vidas y este es el inicio de todos los problemas.

Nuestro día a día es una realidad ficticia, una película de ciencia ficción dirigida por nosotros mismos. Salimos de casa a interpretar un papel, el papel que tantos condicionamientos nos han dicho a lo largo de nuestras vidas que tenemos que ser. Pero existe un mundo interior que nos está pidiendo atención, y no lo estamos atendiendo. No seas el protagonista de la película de tu vida, sé el protagonista de tu vida, así, simplemente, sin interpretar nada.

Hace más de 2.700 años, ante una situación de profunda hipocresía de la dinastía de los Chou (antigua dinastía china), el sabio Lao-Tse consideró que, ante una situación en la que por fuera se proclamaba el amor al prójimo, la justicia y la

moral como altos ideales, mientras por dentro la envidia y la codicia lo envenenaban todo, consideró que cualquier intento de arreglo únicamente aumentaría el desorden, pues este tipo de enfermedad no se puede subsanar con remedios externos. Más vale dejar que el cuerpo repose, para que se restablezca gracias a las fuerzas curativas innatas.

En estos tiempos, en los que el mundo atraviesa una crisis sanitaria y social que marcará sin lugar a dudas el devenir de las sociedades contemporáneas, no hace más que corroborar la crisis sistémica de valores que se venía divisando desde hacía ya décadas.

Nuestro sistema está en crisis y en continua reformulación, y la actualidad no deja de ser una muestra de los últimos coletazos de un sistema que agoniza su propia muerte.

Son tiempos en los que ya hay muestras más que evidentes de la necesidad de educar sacando lo mejor de cada individuo, fomentando su creatividad y potenciando nuestro verdadero poder y talento personal.

Pero las crisis también representan una oportunidad que no podemos ni debemos dejar pasar. Son tiempos para establecer los principios de un nuevo paradigma en todos los estamentos sociales y, muy importante, en el educativo. No para seguir inyectando recursos a un sistema que no da más de sí —pues los principios para los que fue creado hoy ya están obsoletos—, sino más bien para sembrar hoy un anhelo y una necesidad que la humanidad viene reclamando desde hace años.

Es la era del ser humano. Transformar la manera de verte a ti mismo y hacer los cambios al respecto que tengas que hacer en tu vida es lo que te va a permitir relacionarte con la situación. Hoy la vida nos está regalando un nuevo momento de reposo para, partiendo de ahí, poder hacer frente a esta enfermedad de la ignorancia que anula nuestra esencia desde hace miles de años. No desaprovechemos esta nueva oportunidad.

La perspectiva con la que diariamente acudimos a las aulas y a la vida es desde la idea de resolver lo que allí ocurre, porque si lo hago me sentiré en paz y ya habré resuelto otra cosa. Pero eso es falso. Nunca podremos saber las cosas de manera anticipada. Tu programación cobra sentido en el momento en que miras a los ojos de tus alumnos. No saber qué hacer es un estado de humildad. Humildad es saber que puedes mirar cualquier situación sabiendo que no puedes

resolverla.

ES EL MOMENTO DE LOS «RAROS»

Es posible que antes de considerarte «raro», hayas sufrido y te hayas sentido desubicada o desubicado y poco comprendida por la gente de tu alrededor (salvo los que de verdad te quieren).

Es posible que, en un momento dado, fueras consciente de que tu sistema de pensamiento era completamente diferente al que conocías. Un sistema de pensamiento con el que ya no te identificabas, y del que sentiste que no iba a ser tan fácil escapar de sus garras, pero aceptaste el reto, y ahora hasta disfrutas en este camino de constantes vértigos.

Es posible que, poco a poco, fueras dándote cuenta de que tu verdadero sistema de pensamiento, el tuyo, el que emergía desde dentro de ti, a pesar de que era muy diferente al de la mayoría, su fuerza era tal que lo más honesto que podías hacer era atenderlo y hacerlo florecer.

Es posible que ese momento de florecimiento coincidiera con un proceso de aceptación, de darte cuenta del potencial de tu semilla, de tu verdadera identidad, de tu verdadera esencia. A partir de ahí, ya no hubo vuelta atrás posible.

Porque empezaste a darte cuenta de que una sociedad enferma llama raro al que transmite autenticidad, al que se mira y se siente, al que es genuino, al que, a pesar de seguir sintiendo miedo, no tiene ningún miedo en iniciar un camino para dejar esta pesada mochila de la tradición y el «así ha sido de toda la vida», e ir afrontando uno a uno, mirándolos de frente, cada uno de los obstáculos que encuentra en el camino.

Y de repente ¡clic! Tienes una sensación de conexión contigo mismo, intransferible, ya no te da miedo mirarte y escucharte, ya no quieres seguir con ese estado de sufrimiento de tener que aparentar ser quien realmente no eres. Y te das cuenta que ser raro mola, porque te permite un estado de conexión personal que te da calma y te proporciona paz.

En momentos tan cambiantes, ser raro parece ser una de las alternativas más

cabales, sensatas y saludables de un sistema que agoniza y que pide a gritos que todas y todos los raros de este planeta comiencen a dar rienda suelta a lo que realmente yace en su interior.

LA HUMANIDAD IRÁ HACIA DONDE ORIENTEMOS LA EDUCACIÓN

En una sociedad como la nuestra, en la que la educación se ha decantado hacia el lado de la balanza del mercantilismo y la productividad, resulta un tanto preocupante que sean políticos o grandes empresarios los encargados de marcar los caminos de la educación; de hablar de cuáles o cómo deben ser los objetivos y principios de la educación. Bajo su punto de vista, esta debería ir orientada, claro, a que los jóvenes realicen estudios con el único objetivo de conseguir un trabajo.

Desde la revolución industrial los sistemas educativos han cambiado muy poco, pues, como nos siguen demostrando hoy día, los fines de la educación siguen estando destinados principalmente a la productividad. De ahí que la formación de la persona en valores humanos, atendiendo a sus necesidades y respetando sus ritmos de desarrollo, queda en un segundo plano, pues «lo primero es lo primero».

Pasa generación tras generación y, por momentos, da la sensación que poco o nada estamos aprendiendo. Los adultos nos acabamos acomodando y conformando como respuesta a nuestra cobardía a escuchar a ese espíritu rebelde con el que de jóvenes nos llegamos a identificar. Hoy, la humanidad sigue sumida en la explotación laboral, la violencia, el deterioro ecológico o la transmutación de valores debido, en gran parte, a sistemas educativos que explotan y reducen todo a precio y riqueza. Y de adultos lo vemos tan normal.

Pero, si la educación es guiada por los caminos que la productividad y el capitalismo marcan, quizás vaya siendo hora de que nos preguntemos, y además de una manera responsable, dónde encajan estos sistemas educativos tan feroces o cómo pueden dar cabida a aspectos tan importantes e imprescindibles para la vida de todos los seres humanos y del resto del planeta como es educar en la coherencia, la responsabilidad, el amor a la verdad y el bien, la dignidad y el valor de las cosas, dado que todo ello difícilmente puede ser cuantificado por un sistema educativo que basa sus aprendizajes en valores numéricos.

Va siendo hora de que la humanidad se haga con una brújula. Pero no una cualquiera, sino una que sea capaz, por vez primera desde los orígenes de la educación, de ser conscientes de que la humanidad irá en la dirección hacia la que orientemos la educación de las niñas y niños, puesto que como decía Montessori: «Si servimos y educamos al niño, estamos preparando el camino de la humanidad».

Es todo tan complicado a la vez que fascinante; todo tan utópico a la vez que posible. Por mucho que nos cueste creerlo, la solución está hoy en nuestras manos. Es la misma solución que tuvieron las generaciones pasadas y que, vista la realidad de hoy en día, no se atrevieron a ejecutar para poder llegar al tan ansiado puerto de la educación humanista. Hoy, seguimos teniendo la oportunidad de elegir entre una educación centrada y destinada a satisfacer las necesidades productivas de un mundo capitalista y consumista, o girar completamente el rumbo y comenzar a educar desde un punto de vista holístico del mundo en que vivimos.

Está en nuestras manos. En realidad, siempre lo ha estado. Solo hace falta una generación de adultos conscientes que sean capaces de llevar a cabo esta importante misión.

MÁS CONSCIENCIA Y MENOS CREENCIA

En esta nueva escuela que ya se está construyendo, el niño es el maestro y el adulto el aprendiz. El niño lleva siglos esperando a que el adulto despierte de su ignorancia y se acerque a él desde el conocimiento y la responsabilidad que suponen estar frente al ser capaz de regenerar la sociedad en la que vive. La misión de la infancia siempre fue esta. Una escuela de adultos es ahora más necesaria que nunca. Si queremos hacer un acompañamiento con responsabilidad, nuestra misión será —entre otras— la de quitarnos de la mochila buena parte de los hábitos adquiridos. Conocer al niño, sus necesidades y características de desarrollo, forma parte de las necesidades educativas de la educación del presente, dejando atrás ideologías y dogmas que lo único que han hecho ha sido confundir y desviar al ser humano.

El nuevo paradigma necesita equilibrar una balanza que, desde hace miles de años, ha estado oscilando entre el conocimiento universal y el conocimiento individual. El conocimiento universal siempre ha estado ahí, pero las diferentes culturas y sus intereses en que sus individuos sean un reflejo de lo que su sociedad espera de ellos, han hecho que apenas la hayamos atendido a lo largo de nuestra existencia. El conocimiento universal es el que mueve la vida desde sus inicios, son las leyes naturales, sus ritmos, sus movimientos. Hoy, muchos seres humanos siguen creyendo que pueden vivir sin tener en cuenta las leyes del universo. Y así nos va. De ahí precisamente proviene el conocimiento individual. Un conocimiento ficticio fruto de la ficción que un día inventó el ser humano para condicionar al ser humano. Curioso, ¿verdad?

Pero si hay una etapa de la vida capaz de blindar la esencia del ser humano, esa es la infancia. Los niños pequeños conocen mejor las leyes del universo que cualquier adulto. Lo puedes observar perfectamente viendo conductas en ellos que catalogan como la representación más pura de la evolución de la vida y del ser humano. Eso demuestra que el conocimiento ya existe de por sí, que es previo al origen de la inteligencia humana.

Es el momento del niño. Hoy ya conocemos algunos aspectos sobre cómo

aprende el cerebro del niño. Aprovechémoslo. El sentido de la escuela del presente ya no es el de preparar a ciudadanos para formar parte de cadenas de montaje industriales donde todos deban estar sincronizados, haciendo trabajos mecánicos y en cadena para obtener beneficios ajenos a las verdaderas necesidades de nuestra especie. La escuela del presente debe ocuparse de satisfacer las necesidades de desarrollo de cada individuo, pues cada niño debe formarse a sí mismo. Dejemos atrás la educación que condiciona, la educación que va de fuera a dentro, y centrémonos ahora en extraer la esencia que cada ser humano lleva en su interior, cuidando esa semilla para que pueda crecer acorde a las leyes que dicta su propia naturaleza. No estamos aquí para reproducir un modelo común.

Hoy sabemos la importancia que tiene la mezcla de edades en una misma aula, en la que los niños mayores puedan aprender de los más pequeños y viceversa porque —no sabemos por qué extraña razón— un niño aprende más de otro niño que de un adulto.

Conocemos también la importancia de aprender tocando, sobre todo en las primeras etapas de la vida. El niño toca, prueba, modifica y analiza, y no le importa lo más mínimo equivocarse. Por primera vez, el error es considerado una parte muy importante del aprendizaje, pues el adulto conoce las necesidades de desarrollo del niño y sabe de la importancia que tiene que esto ocurra para su correcto desarrollo.

Sabemos cómo se produce el aprendizaje de algo que tanto importa en la escuela como la lectoescritura. La importancia que tiene este entrenamiento fonológico en niñas y niños, que algo tan abstracto como son los sonidos, en las etapas iniciales, puedan ser elaborados con materiales que puedan ser tocados y trazados por los niños. El adulto sabe la importancia que tiene a estas edades aprender en concreto, es decir, tocando las cosas, pues las zonas cerebrales que codifican lo concreto en abstracto no maduran en niños hasta bien alcanzados los seis años de edad. Es algo que también podemos ver en las investigaciones llevadas a cabo por el Dr. Stanislas Deahene, quien nos dice que «convertir letras en sonidos es una etapa esencial en el aprendizaje de la lectura y que, por lo tanto, todos los esfuerzos de enseñanza deberían ir encaminados en este sentido de entrenar esa conciencia fonológica».

Reeducar el cerebro adulto conscientemente es hoy una tarea imprescindible para poder acercarnos a una nueva ventana de conocimiento. Esta es la escuela

que ya se está construyendo y de la que tú debes formar parte.

LA SABIDURÍA QUE LAS ESTACIONES QUIEREN ENSEÑAR A LA ESCUELA

Llega una época cada año en la que la naturaleza invita al ser humano a liberar aquello que quiere desechar; quitar peso de su mochila durante un tiempo y dejarla libre para que pueda llenarse de nuevas experiencias y sensaciones. Llega una época cada año en la que el ser humano parece no hacer caso o no querer ver la invitación que la naturaleza le está haciendo. Ver una hoja liberarse de un árbol podría ser un símil de ver a un ser humano liberarse de lo aprendido para, precisamente, poder seguir aprendiendo.

Desde pequeños nos han contado eso de que otoño es la época del año en la que se caen las hojas de los árboles; y ya de adultos nos hemos visto en la obligación de reflexionar sobre si de verdad esto es así, o si lo que de verdad ocurre es que la hoja se libera del árbol. Quienes tenemos la gran suerte de comenzar el año escolar coincidiendo con la entrada del otoño, tenemos la inmensa fortuna de poder aprovechar esta época para mirar al niño e invitarlo a que se muestre tal y como es; invitarlo a que dedique tiempo a verse, a mirarse y a conocerse, porque solo de esta manera estará en consonancia con la invitación que le está haciendo la naturaleza: liberarse de quien fue para, después de una etapa de recogimiento y autoconocimiento, poder volver a resurgir con toda la vida que lleva dentro, cuando llegue la primavera, aceptando de nuevo la invitación que la naturaleza le está haciendo.

Nos han educado en que tenemos que estar siempre alerta, dándolo todo en todo momento; y nunca nos han educado en el respeto a los ritmos que dicta nuestra propia naturaleza. Hoy, un niño empieza «full» el día y lo termina de igual manera; hoy, las niñas y los niños que acuden a las escuelas comienzan «full» el curso escolar y se les exige que mantengan ese ritmo a lo largo de todo el curso. Los niños sufren el sinsentido adulto de ser estudiantes a jornada completa (más sus respectivas horas extras diarias en las interminables actividades extraescolares).

Otoño es tiempo de recogimiento en la escuela, de conocer al niño y que el niño

nos conozca a nosotros. Docentes y alumnos, al igual que hace la naturaleza, tenemos que aprender a sentir en primera persona qué significa eso de soltar la hoja. A vivir un tiempo de reflexión, de recogimiento, a soltar todo aquello que ya no necesitamos. Es tiempo de calma.

Desde aquellos años universitarios decidí implantar en mi metodología de trabajo estas metodologías naturales. Partimos de la realidad de que los niños regresan a las aulas después de un periodo estival y tras haber vivido una época de total libertad. Entendiendo esto, opté por tomarme estas primeras semanas de curso para invitarlos a «volver a situarse». Que se sitúen, que se vuelvan a mirar. Es mi función confiar en que lo van a hacer, porque es su necesidad; es mi función creer en ellos, porque el paso de los días me va diciendo que ellos creen y necesitan de este espacio para poder situarse; es mi función saber que ellos lo necesitan, pero yo también.

La función del docente en otoño es la de remover esa tierra que lleva dentro la infancia; dejarla en barbecho para que se pueda airear y, poco a poco, día a día, ir sembrando en ellos las semillas de sus necesidades. Regar a diario esas semillas durante estos meses de recogimiento, cuidar sus primeros brotes, mimar aquellas ramas que sabemos van a dar sus mejores frutos y eliminar las malas hierbas que a veces aparecen y que quitan alimento a esa planta llamada infancia. Solo si lo hacemos así, podremos estar preparados para la explosión de vida a la que nos invitará la primavera.

La naturaleza está ahí para ser escuchada y respetada. La naturaleza cuida a los niños de la misma manera que prepara un árbol para que dé sus mejores frutos.

• ESTAR SIEMPRE EN CAMINO... •

No ir a ningún lugar y, sin embargo, estar siempre en camino...

No tener ni idea de quién eres y, sin embargo, ser consciente de que sigues caminando...

Errores, disgustos, desilusiones, dolores, estupidez y, a pesar de todo, saber que sigues caminando...

Y, de repente huir, observar, sentir y darte cuenta de tu verdadera esencia interior y, aun así, saber que sigues caminando...

Y mirar atrás y ver todo lo que has dejado por el camino... Y mirar de frente, sentirse lleno de confianza y alegría y ver que el camino sigue ahí y que nunca termina...

El camino tiene algo muy especial que decirnos, algo que ignoramos, un mensaje que espera nuestra escucha para ser transmitido...

Caminar no tiene que ser siempre bonito y placentero. Únicamente si sentimos un amor profundo por caminar podremos sentir en nuestro interior no querer abandonarlo nunca...

▪

INSTANTE PRESENTE, HONESTIDAD Y CONFIANZA. TU MEJOR PROGRAMACIÓN EDUCATIVA

Si existe alguna programación educativa que deberás seguir a partir de ahora, esta será la del instante presente, la honestidad y la confianza.

Vivir el presente es la clave. Pero ¿qué significa vivir el presente? ¿Significa que ya no me importará lo que ocurra mañana? No, vivir el presente significa adentrarnos en un nuevo mundo para nosotros.

Como bien hemos estado hablando a lo largo de todo este libro, somos seres condicionados que apenas sabemos quiénes somos en realidad. Esta inercia que llevamos desde hace miles de años es la que ha dominado nuestras vidas, la de la mayoría de los seres humanos. A lo largo de estos años, la balanza se ha inclinado del lado del desconocimiento, por eso es tan importante que, desde ya mismo, alinees tu comportamiento con la forma de funcionar de la mente, del organismo, del universo y de la vida. Es una ruta desconocida, sí, pero la otra ya la conocemos y solo nos ha traído miseria y sufrimiento. Un nuevo mundo nos está invitando a adentrarnos en él. ¿Acaso hay algo más emocionante que aceptar los retos que nos propone la vida?

La confianza y la honestidad, fruto de un trabajo personal de autoconocimiento, se van a convertir a partir de ahora en tu principal fuente de energía. Son tu confianza y tu honestidad los aspectos que te hacen un ser humano digno. Caminar por la vida con dignidad y honestidad debería ser una de las máximas aspiraciones a las que debe encaminarse cualquier ser humano.

El autoconocimiento y el desarrollo personal se convierten por lo tanto en una nueva ruta a seguir. Esa mirada hacia nuestro interior será la única forma posible de derribar los muros de la ignorancia que la cultura y la tradición han construido en nosotros, los seres humanos, desde hace miles de años.

Aceptemos el reto. Es el momento de que los adultos acudamos de nuevo a la escuela para desaprender lo aprendido. No es una escuela física. Se trata de una

escuela que cada uno tenemos dentro de nosotros. Es la hora de confiar en la fuerza de la semilla que cada ser humano lleva en su interior. Confiar sin esperar nada a cambio, sin negociar con la vida. Una apuesta decidida ante el reto que supone mirar de frente a la existencia para decirle que comenzamos un proceso de autoindagación, de mirar hacia nuestro interior para poder saber quiénes realmente somos.

Una nueva era ya se encuentra ante nosotros. Un sistema está muriendo para dar cabida a otro. La educación que ya se divisa en el horizonte ya tiene más en cuenta al ser humano y sus verdaderas necesidades que al sistema. La humanidad nos completa, aislados del mundo no podemos conocer nuestra mente en su totalidad.

NO ESTÁS SOLA

Seres humanos que continúan sin ver lo más preciado que llevan dentro. El corazón quedó encarcelado intencionada e interesadamente, dada su fuerza transformadora capaz de vencer al más fuerte de los condicionamientos. Por eso su sociedad lo encarcela y por eso los seres humanos sufren.

Hemos sido educados con la única intención de hacernos creer que nuestra misión en la vida es atender únicamente a lo que está fuera, y nunca nos han invitado a mirar dentro. La educación pasa, precisamente, por lo contrario, por mirar y atender lo que hay dentro para así poder mirar y atender lo que hay fuera. Si no nos conocemos ni nosotros mismos ¿cómo vamos a descubrir el verdadero sentido de la vida?

El ser humano está condenado a sufrir mientras no sea capaz de escuchar la luz interior que lleva dentro. Todos tenemos nuestra llama, nuestro fuego interior. El problema es que desde que somos muy pequeños nuestra luz es secuestrada por el peso de la tradición o las religiones. Desde ese momento, se apoderan de algo tan inmenso como el verdadero sentido de nuestras vidas. Comenzamos entonces un periplo que únicamente nos lleva a deambular por la vida. Somos sonámbulos creyendo estar viviendo una vida propia.

Hoy, la gran mayoría de docentes desempeña su labor profesional gracias a una llamada que un día recibieron en su interior que les decía que esa era su vocación. Llegaron a las escuelas y el sistema tradicional establecido les transmitió el mensaje de que dejaran de mirar dentro, pues la misión de la escuela es atender al niño bajo las premisas que se marcan desde fuera. Y esto sabemos que no es así. La función de la escuela es atender al niño desde lo que ya lleva dentro. Hacer florecer esa semilla que tiene intrínseca desde que fue concebido. Pasados unos años, el docente sufre porque un día se vio obligado a tener que dejar de atender esa luz interior que lo llamó a ejercer la docencia. Es curioso observar cómo las escuelas están repletas de docentes cuya esencia está en pausa esperando a ser atendida de nuevo.

No creo que esté diciendo nada nuevo. Tengo que asumir mi ignorancia; tengo que asumir que soy un ser humano que ha sido programado y condicionado desde muy pequeño. El mundo que yo he conocido no es mi mundo, es el que otros han decidido que debería ser mi mundo. Ahora, ya de adulto, comienzo un proceso para desaprender lo aprendido. Ningún gurú ni ningún libro puede hacer ese trabajo por mí. Es mi camino y únicamente yo lo puedo transitar. Me puedo ayudar de esos gurús o libros, pero únicamente a sabiendas que un día deberé abandonarlos, dándoles las gracias por haberme acompañado durante una parte del camino. No es fácil el inicio, tampoco tiene por qué serlo. Con ser consciente de que tengo que atender ese fuego que llevo dentro, ya es bastante, es el mejor de los principios. A partir de ahí, a ver qué pasa. Sin expectativas, sin pretensiones, simplemente escuchando y sintiendo.

He recibido muchos mensajes con un sentir común: «Me siento sola en mi idea de educación», comentan. Ten muy claro que no estás sola. Únicamente debes volver a atender a esa llama que un día te llevó a querer ser docente. Porque, por mucho que la evites, tarde o temprano tendrás que atenderla. La llevas dentro, es tu alma, es la energía que mueve tu vida. La misma soledad que tú sientes la tiene también la compañera o el compañero que hay junto a tu aula. El problema es que apenas nos comunicamos; apenas nos miramos; apenas dedicamos un tiempo cada día a tratarnos como seres humanos. Al sistema educativo esto le interesa, y mucho. Porque para él cuanto más apagadas estén las llamas del docente, mejor. Imagina qué pasará cuando vuelvan a prender todos los fuegos ocultos que hay en tu escuela. Desde ese momento, no habrá regresión posible y la revolución en las aulas se habrá puesto en marcha.

Si hoy estás leyendo estas líneas es porque estás buscando una transformación, y lo más honesto que puedes hacer es preguntarte por qué quieres iniciar ese camino. Es muy probable que sea porque no te satisface lo que ves, porque te genera conflicto y anhelas algo mejor, más noble. Quieres transformarte porque sientes conflicto en tu interior. Estamos aquí porque dentro de nosotros sentimos que es necesario cambiar. Y cuando lo sentimos, eso trae consigo claridad, y esa claridad es la que nos permitirá seguir caminando. No basta con cambiar, pues necesitamos una verdadera transformación personal como inicio de una nueva era.

ME COMPROMETO CON MI TAREA EDUCATIVA

Para poder mirar de frente a los ojos a esa nueva mirada educativa que ya se encuentra frente a nosotros, es necesario comprometernos con una idea de educación que parte de un camino en cuyo inicio está presente el niño. Lejos queda en esta idea esa concepción de la educación desde una perspectiva más sistémica, empeñada en educar desde fuera, sin tener en cuenta las necesidades del ser humano.

El primer paso de este camino consiste en tomar consciencia en la realización de un ejercicio personal e intransferible para dejar atrás cualquier tipo de hábitos y apegos adquiridos meramente por la imposición de otros. En definitiva, tomar consciencia de todos aquellos aprendizajes inoculados en nosotros para, desde ahí, desde ese contacto con nuestra realidad, liberarnos de lo que nos condiciona.

Nos encontramos en un momento de transformación, en una nueva revolución para el ser humano. Cada día podemos ver a nuestro alrededor la cantidad de desdicha existente. El ser humano se encuentra en una situación límite en la que cada vez más personas entran en una crisis de falta de sentido debido al vertiginoso cambio social. Si en nuestro pasado ha sido algo característico que el ser humano viva ajeno a su esencia; si, como hemos dicho anteriormente, el ser humano se encuentra perdido ante una profunda crisis existencial; quizás todo indica que lo próximo por venir será un acercamiento de carácter más espiritual, en el que el ser humano no tenga otra alternativa que conectarse con el fuego que siempre tuvo, pero que hasta la fecha nunca atendió. Este fuego es a su vez la fuerza capaz de mover al ser humano desde su fuero más interno.

Hasta ahora, las diferentes culturas y religiones han guiado y han dictado cuáles eran las reglas del juego de la vida; cuáles eran los caminos por lo que todos los individuos debíamos transitar de una manera homogénea. Aparentemente, todo era demostrable y todo se podía explicar; todo tenía, en definitiva, un porqué. Pero ese camino transitado por el ser humano, como estamos viendo, ha tenido más errores que aciertos, más lagunas que verdades. Sería algo así como ser conscientes hoy de que nos hemos creído todo lo que nos han contado y resulta

que la evolución nos dice que la realidad no es como la hemos imaginado.

Los tiempos venideros invitan a adentrarse en un mundo donde la realidad quizás no sea tan demostrable, tan tangible, sino que tengamos que adentrarnos en esa realidad desde una experiencia personal, donde no nos creamos nada de lo que nos cuentan y sí podamos comprobarlo siempre desde nuestra propia experiencia. Venimos de sociedades que han transmitido generación tras generación las creencias sin experimentación. El mundo que tenemos a la vuelta de la esquina nos invita primero a la experiencia para que, partiendo desde ese lugar, podamos obtener sensaciones que únicamente nos serán útiles a cada uno de nosotros de manera individual, dado que lo que a un ser humano le sirve o le es útil no tiene por qué serlo para su prójimo, más aún si no ha habido una experiencia personal por el camino.

El ser humano se encuentra inmerso ya en una revolución acelerada para su especie, sin que seamos conscientes de hacia dónde nos lleva esta nueva era del conocimiento. Se trata de una era de transformación tremenda, que nos está invitando a descubrir todas esas potencialidades y posibilidades ocultas en nosotros mismos.

Hasta este momento, la evolución del ser humano ha basado sus días en una lucha constante por asegurar su supervivencia. Pero en momentos como el actual, los seres humanos se enfrentan a nuevos retos que despertarán en ellos nuevas y desconocidas potencialidades. La educación recibida hasta este momento ha hecho que nuestra evolución se haya regido únicamente por el desarrollo ficticio de nuestras facultades mentales y causales, mientras que en nuestro interior, en ese lugar recóndito donde escondemos todavía nuestra esencia, hay potencialidades capaces de captar e interpretar la realidad de forma muy distinta.

Si las condiciones del ambiente planetario que compartimos continúan desarrollándose y evolucionando de la manera tan dramática en la que lo ha estado haciendo durante estos últimos cien años, el trabajo de búsqueda de estas potencialidades aún ocultas para su posterior salida a la luz debe ser trabajo prioritario en cualquier sistema educativo consciente con las necesidades del ser humano y del ambiente en el que este vive y se desarrolla.

La era de la tecnología ya está aquí y ha venido para quedarse. La capacidad de la raza humana de liberar nuevos potenciales es nuestra única esperanza para

llevarnos al progreso evolutivo y al despertar de la conciencia humana.

DÉJATE LLEVAR POR EL VERDADERO DOCENTE QUE HAY EN TU INTERIOR

La mente humana se sentirá perturbada y atacada si se encuentra frente a ella con un docente vocacional. Porque el docente de vocación es docente por pura esencia, por pura humanidad, por puro fluir, porque ha escuchado la llamada de su maestro interior. Esto hace que no piense la educación, sino que la viva instante tras instante, y esto es algo que ni nuestra mente ni nuestro sistema de pensamiento pueden soportar.

La educación de hoy pasa mayoritariamente por la adquisición de la tan ansiada varita mágica que resuelva al docente todos los problemas del día a día sin mover ni un solo dedo o sin mover «el culo del asiento». Curioso, pues parece que pretendemos obtener resultados diferentes haciendo más de lo de siempre, que no es otra cosa que nos sigan diciendo lo que tenemos que hacer, bien sea para ajustarnos a un nuevo modelo, o bien sea para acumular más información. Y así, con una mente que únicamente busca que la sigan guiando, no se puede aprender.

Una forma diferente de aprender comienza con la decisión de investigar dentro de uno mismo, un aprender en el que no hay profesor y alumno, discípulo y gurú. Únicamente eliminando de la mente todo lo viejo, el individuo podrá crear un mundo diferente, una relación diferente, una estructura moral distinta.

La oportunidad de generar un verdadero cambio siempre ha existido. Quizás se encuentre mucho más cerca de lo que imaginas. Es un lugar tan íntimo y tan profundo que ninguna receta milagrosa, ningún maestro, ningún gurú, podrá acceder si no eres tú el faro que ilumine el camino.

Por todo ello, es el momento de que conectes con tu verdadera esencia, pues seguir creyéndote todo lo que nos cuentan —lleve el nombre que lleve, sin haberlo experimentarlo— sería tropezar con la misma piedra y caer en el mismo error. Solo un trabajo, un entrenamiento personal diario de observar sin condenar, será lo que cree un camino nuevo donde el instante presente —lo que

es— se convierta en el más sensato de los aprendizajes.

Poco a poco hemos de ir transitando a ese momento de darnos cuenta de cada pensamiento o sentimiento en el instante en el que surge, sintiendo que, pasado un tiempo, te hace estar más tranquilo, más presente. Esto te permite estar en tu día a día desplegado con más amplitud, con más profundidad, dispuesto a que el momento presente te muestre lo que es y sobre ello transitar.

Dejar de mirar con el pensamiento para comenzar a mirar con el corazón es hoy una realidad muy interesante. Los adultos miramos a la infancia a través de nuestros pensamientos, y todavía no somos conscientes de ello. Mirar al niño a través de nuestros pensamientos significa mirarlo desde nuestro pasado o desde ese futuro inexistente al que tanto tiempo dedicamos, y con ello nos estamos perdiendo su presente. Perdernos su presente significa obviar su esencia, y su esencia es lo más noble que puede tener un ser humano. Perdernos lo más noble de un ser humano es obviar la vida, y este gesto es el que desde hace miles de años nos está sometiendo a tanto sufrimiento.

El verdadero cambio comienza con la observación de uno mismo. Observa tu mente. Observa si, cuando dices que miras al niño, es tu mente la que lo está mirando. Vivimos inmersos en un sistema que crea dependencia y que nos hace creer que no somos capaces de hacer florecer nuestra esencia, ese motor que llevamos dentro y que es el que da verdadero sentido a nuestra vida.

Los adultos debemos comenzar a mirar a la infancia con nuestros ojos, porque los niños nos demuestran a diario que vivir en el aquí y el ahora es lo único que saben hacer, y es lo que más nos aproxima con la vida y el verdadero sentido de nuestra existencia. Solo una mente condicionada y atrapada en el miedo como la de los adultos nos impide realizar este gesto.

Ver el hecho es una de las cosas más difíciles, y para ello necesitamos dejar de mirar con el pensamiento y comenzar a mirar con los ojos, los cuales proyectan hacia afuera lo que nuestro corazón siente adentro.

Un nuevo modelo de educación consciente se está abriendo paso y necesita de la apertura del adulto en todos los sentidos para poder ser atendida.

QUE NO SE TE OLVIDE NUNCA VIVIR

A veces tengo miedo de seguir siendo adulto. Los adultos somos algo así como lo opuesto a los procesos naturales; cuando crecemos, en lugar de ir dando nuestros mejores frutos, nos vamos apagando y nos convertimos en meros transmisores de la información y la cultura recibida. Afortunadamente, no ocurre en todos los casos.

Que no se te olvide nunca, por favor, cuando vivir era un juego; cuando la calle era la mejor escuela y cuando por tus amigos sentías, casi sin saberlo, lo más cercano al significado de amor profundo que podremos sentir en nuestra vida.

Que no se te olvide nunca, por favor, esa energía intrínseca al ser humano que un día de joven te hizo creer que otro mundo era posible y que tú podrías formar parte del equipo para cambiar el mundo. Hoy y ahora es ese momento soñado.

Que no se te olvide nunca, por favor, que de pequeño conociste el verdadero significado de las palabras respeto y valores, eso que los adultos parecemos haber olvidado por completo.

Que no se te olvide nunca, por favor, que has sido criado en un entorno de amor y respeto, y que no te quede ninguna duda que todo, absolutamente todo lo que han hecho tus padres y tus seres queridos por ti, lo han hecho siempre con las mejores intenciones.

Que no se te olvide nunca, por favor, que hoy formas parte del grupo de los adultos, esos a los que en su momento tanto criticabas, pues los considerabas parte de los problemas sociales por su inacción y por haberse acomodado en un mundo enfermo cuando tocaba luchar.

Que no se te olvide nunca, por favor, la visión limpia y nítida con que de pequeño podías ver la vida. Donde las relaciones y los sentimientos humanos prevalecían ante cualquier adoctrinamiento o dogma cultural inoculado.

Que no se te olvide nunca, por favor, que la vida es movimiento, sentir y vivir el

momento, y no eso tan aburrido y monótono en que lo convertimos los adultos.

La verdadera conexión del ser humano con su verdadera esencia se encuentra en un lugar muy profundo, muy íntimo. La vida misteriosa es profunda, extensa y distinta de todas las cosas; las raíces de una planta son profundas y extensas, y en ellas se encuentra todo el sustento de la planta; el azul de los mares y océanos esconde en sus profundidades todos los misterios del mundo submarino. Esta vida es profunda y misteriosa.

El ser humano sigue guardando en su profundidad su mejor tesoro jamás explorado. Es extenso y misterioso. Su labor es la de proporcionar amor a la vida. Hoy, sigue esperando a ser atendido. Todos los seres humanos hemos nacido con la capacidad de amar. La educación recibida basada en un sistema de creencias ha hecho que creamos que nuestras vidas inventadas tienen el poder de ensombrecer, incluso anular, esta capacidad tan esencial para la especie humana. Únicamente un gesto de voluntad por nuestra parte podrá acercarnos de nuevo a ese amor que todas y todos llevamos dentro y que aún hoy continúa esperando ser atendido.

Si la capacidad de amar lleva miles de años escondida en las profundidades del ser humano, el primer paso del nuevo camino debe comenzar con la observación e investigación de uno mismo.

BIBLIOGRAFÍA

BAUMAN, Z. (2005). Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos, Buenos Aires, FCE Argentina.

—, (2017). Retropía, Barcelona, Paidós.

BLAKEMORE, S. J., y FRITH, U. (2012). Cómo aprende el cerebro: las claves para la educación, Barcelona, Editorial Planeta.

BUENO, D. (2018). Neurociencia para educadores: Todo lo que los educadores siempre han querido saber sobre el cerebro de sus alumnos y nunca nadie se ha atrevido a explicárselo de manera comprensible y útil, Barcelona, Ediciones Octaedro.

CARBALLO, A., y PORTERO, M. (2018). Neurociencia y educación: aportaciones para el aula, Barcelona, GRAO.

DEHAENE, S. (2018). El cerebro lector: últimas noticias de las neurociencias sobre la lectura, la enseñanza, el aprendizaje y la dislexia, Madrid, Siglo XXI Editores.

GUILLÉN, J. C. (2017). Neuroeducación en el aula: de la teoría a la práctica, Barcelona, ASIRE.

HARARI, Y. N. (2016). Sapiens. De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad, Barcelona, Debate.

KRAMER, R. (2019). Maria Montessori: Biografía de una innovadora de la pedagogía, Barcelona, Ediciones SM España.

KRISHNAMURTI, J. (2010). Darse cuenta, Barcelona, Gaia Ediciones.

—, (2013). Aprender es vivir. Cartas a las escuelas, Barcelona, Gaia Ediciones.

—, (2014). Sobre la educación, Barcelona, Kairós.

MONTESSORI, M. (2013). El niño: el secreto de la infancia, Ámsterdam, Montessori-Pierson Publishing Company.

—, (2013). Formación del hombre, Ámsterdam, Montessori-Pierson Publishing Company.

—, (2014). Educar para un nuevo mundo, Ámsterdam, Montessori-Pierson Publishing Company.

—, (2014). La educación de las potencialidades humanas, Ámsterdam, Montessori-Pierson Publishing Company.

—, (2014). La mente absorbente del niño, Ámsterdam, Montessori-Pierson Publishing Company.

—, (2015). Educación y paz, Ámsterdam, Montessori-Pierson Publishing Company.

—, (2016). Dios y el niño y otros escritos inéditos, Barcelona, Herder Editorial.

—, (2016). El método de la pedagogía científica aplicado a la educación de la infancia en la casa de los niños, Madrid, Biblioteca Nueva.

MORA TERUEL, F. (2015). Neuroeducación, Madrid, Alianza Editorial.

MORAIS, J. (2001). El arte de leer, Madrid, A. Machado Libros.

REDONDO GARCÍA, E. (Ed.) (2015). Introducción a la Historia de la Educación, Barcelona, Editorial Ariel.

SPITZER, M. (2005). Aprendizaje: neurociencia y la escuela de la vida, Barcelona, Omega.

GRACIAS

A la vida, por elegir a este ser para trasmitir este mensaje. Cada día te siento más cerca.

A mis padres, Vicenta y Andrés, porque me han enseñado con su ejemplo que caminar dignamente por la vida es el mayor título al que puede aspirar una persona.

A mi familia, porque hoy soy gran parte de lo que hemos vivido y compartido juntos, y habéis sido un pilar muy importante en mi vida. Gracias por cuidarme tanto.

A Violeta, mi compañera de viaje, porque esta historia empezó a escribirse cuando me hiciste sentir que era capaz de hacerlo.

A Alaia, por mostrarme cada instante la verdadera grandeza que esconde el ser humano. Te amo.

A la gran familia de la Escuela Alma Montessori: compañeras, familias y niñas y niños, porque un buen pedacito de este libro es vuestro. Lo sabéis y os admiro muchísimo.

A todas aquellas personas con las que he compartido vida personal o profesional.

Gracias por los aprendizajes y las vivencias compartidas con cada uno de vosotros.

Y a ti, que me has acompañado a lo largo de estos años o que acabas de llegar, y ahora ya sientes que educar de otra manera es más necesario que nunca. Recuerda que en ti está el inicio de cualquier transformación posible.